LA CÁBALA



THORNTON WILDER

automática editorial

La fastuosa aunque frágil Roma de entreguerras es el escenario en el que un joven estudiante estadounidense entra en contacto con La Cábala, una misteriosa y excéntrica sociedad secreta compuesta por miembros de la alta aristocracia, adinerados intelectuales e incluso representantes del clero, en cuyas vidas se verá involucrado para ser testigo de su último esplendor.

Thornton Wilder

La cábala



Título original: *The cabala*
Thornton Wilder, 1926
Traducción: Enrique Maldonado Roldán, 2014

-

Revisión: 1.0
24/06/2024

A mis amigos de la American Academy en Roma, 1920-1921.

T.W.

LIBRO PRIMERO

Primeros encuentros

El tren que me llevó por primera vez a Roma llegaba con retraso y estaba abarrotado de pasajeros ateridos. Se habían producido varios parones inexplicables en pleno campo y la madrugada nos encontró aún desplazándonos lentamente a lo largo de la Campaña[1] hacia las nubes tenuemente coloridas que colgaban sobre Roma. Cada cierto tiempo nos deteníamos en andenes donde incandescentes farolillos iluminaban momentáneamente algún espléndido rostro moldeado por el clima. La oscuridad rodeaba estos apeaderos, permitiendo únicamente percibir los primeros metros de alguna carretera y los borrosos contornos de la cresta de alguna montaña. Era el país de Virgilio y soplaba un viento que parecía elevarse desde los campos y descender sobre nosotros en un largo suspiro virgiliano, puesto que la tierra que ha inspirado sentimientos en el poeta, finalmente termina por recibirlos de este.

El tren viajaba sobrecargado debido a que algunos turistas habían descubierto el día anterior que los mendigos de Nápoles olían a ácido carbónico. Llegaron inmediatamente a la conclusión de que las autoridades habían detectado uno o dos casos de cólera y estaban desinfectando los bajos fondos con un sistema de baños obligatorios. El aire de Nápoles genera leyendas. En el repentino éxodo, los billetes con destino a Roma se hicieron imposibles de obtener y los turistas de primera clase viajaron en tercera, mientras que los vagones de primera fueron ocupados por un conjunto variopinto de personas.

Hacía frío en nuestro vagón. Nos sentamos con los abrigos puestos y meditamos, con los ojos vidriosos por la resignación o la furia. En un compartimento, un grupo, seleccionado de entre esa raza que es la que más viaja y la que menos placer obtiene de ello, comentaba sin descanso la mala calidad de los hoteles; las señoras permanecían sentadas con las faldas enrolladas en torno a los tobillos para desincentivar las incursiones de las

pulgas piernas arriba. Frente a ellas se desparramaban tres ítalo-estadounidenses que regresaban a sus hogares en algún pueblo de los Apeninos tras veinte años de negociar fruta y joyas en la sección norte de Broadway. Habían invertido sus ahorros en los diamantes que cubrían sus dedos; sus ojos, anticipando la reunión familiar, brillaban tanto como las piedras preciosas. Era posible prever los rostros atónitos de sus padres, incapaces de comprender el cambio mediante el que sus hijos habían perdido la calidez que la tierra italiana confiere a sus más humildes hijos, percibiendo únicamente que habían regresado con facciones protuberantes, utilizando un lenguaje bárbaro y desprovistos para siempre de la aguda intuición psicológica de su raza. Esperaban a los recién llegados muchas noches desconcertadas y sin sueño sobre el suelo de tierra apisonada del hogar materno y entre los murmullos de las gallinas.

En otro compartimento, una cazafortunas envuelta en pieles plateadas apoyaba una mejilla contra la vibrante ventanilla. Frente a ella, una matrona de ojos relucientes la vigilaba con desafiante persistencia, dispuesta a interceptar cualquier mirada que la chica pudiera lanzar a su amodorrado marido. En el pasillo dos jóvenes oficiales del Ejército recostados contra la pared se pavoneaban y se combaban para lograr ver a la muchacha, como esos insectos de las bellas páginas de Fabre[2] que realizan el ritual de apareamiento en condiciones que lo hacen inútil, como ante una piedra, únicamente porque se han activado algunos mecanismos asociativos.

Había también un jesuita acompañado por sus estudiantes y ocupaban el tiempo conversando en latín; un diplomático japonés inclinado con veneración sobre una colección de sellos; un escultor ruso que leía sombríamente la estructura ósea de nuestras cabezas; algunos estudiantes de Oxford cuidadosamente vestidos para dar largas caminatas, aunque recorriendo en tren la región de más valor para pasear de Italia; la habitual anciana con una gallina; y el también habitual joven estadounidense boquiabierto. Una agrupación como la que Roma recibe diez veces al día, sin dejar por ello de ser Roma.

Mi compañero leía una copia manoseada del *Times* de Londres, con sus ofertas inmobiliarias, sus ascensos militares y demás. Su nombre era James Blair. Tras seis años de estudios clásicos en Harvard, lo habían enviado a Sicilia como asesor en materia arqueológica para una productora de cine decidida a transferir el corazón de la mitología griega a la gran pantalla. La empresa había quebrado y el personal se había disgregado. Desde ese momento Blair había vagado por el Mediterráneo, encontrando trabajos

ocasionales y llenando inmensos cuadernos con sus observaciones y teorías. Su mente desbordaba especulaciones: sobre la composición química de los pigmentos de Rafael, sobre las condiciones de iluminación en las que los escultores de la Antigüedad deseaban que sus obras fueran contempladas, sobre la fecha de creación de los mosaicos más inaccesibles de Santa María la Mayor[3]. Me permitía tomar notas de todas estas sugerencias y muchas otras, llegando incluso a copiar algunos diagramas en tinta a color. En caso de que naufragara con todos sus cuadernos (algo en absoluto improbable, puesto que cruzaba el Atlántico en embarcaciones oscuras y baratas que no aparecían en los periódicos ni siquiera cuando se iban a pique), sería mi confusa obligación entregar este material al bibliotecario de la Universidad de Harvard, donde su ininteligibilidad podría conferirles un valor incalculable.

Blair abandonó su periódico y se decidió a hablar: Puede que hayas venido a Roma para estudiar, pero antes de que te dediques a los antiguos deberías ver si hay por ahí algún moderno interesante.

No hay ningún doctorado en romanos modernos. Eso lo hará nuestra posteridad. ¿A qué modernos te refieres?

¿Has oído hablar de la Cábala?

¿Cuál de ellas?

Un grupo de gente que vive en Roma.

No.

Son muy ricos e influyentes. Todo el mundo los teme. Se sospecha que están implicados en conspiraciones para alterar el devenir de las cosas.

¿Políticas?

No, no exactamente. A veces.

¿De la gente bien?

Sí, claro. Pero mucho más que eso también. Empedernidos esnobs intelectuales, eso son. *Madame* Agaropoulos está constantemente atemorizada. Dice que cada cierto tiempo descienden de Tívoli y cuelan de soslayo alguna ley en el Senado, inducen algún nombramiento en la Iglesia o expulsan de Roma a alguna pobre dama.

¡Uf!

Es porque están aburridos. *Madame* Agaropoulos defiende que están terriblemente aburridos. Lo han tenido todo desde siempre. Lo más destacado en ellos es su odio por todo lo que sea reciente. Pasan el tiempo insultando los nuevos nombramientos, las nuevas fortunas y las nuevas ideas. Se puede decir por muchos motivos que son medievales. Por su

aspecto, por poner un ejemplo. Y por sus ideas. Los imagino así: ¿has oído algo acerca de los científicos que trabajan en Australia y llegan a regiones donde los animales y las plantas dejaron de evolucionar eras atrás? Encuentran un reducto de tiempo arcaico en mitad de un mundo que ha avanzado mucho más allá. Bueno, la Cábala debe de ser algo parecido a esto. Aquí tenemos a un grupo de gente perdiendo el sueño por un sinfín de ideas que el resto del mundo superó hace siglos: la prioridad de una duquesa para cruzar una puerta antes que otra; el orden de las palabras en un dogma de la Iglesia; la designación de los reyes por gracia de Dios, especialmente en el caso de los Borbones. Siguen estando profundamente apasionados por cuestiones que el resto de nosotros vemos como elementos más bien propios de anticuarios. Lo que es más, quienes abrazan estas ideas no son meramente ermitaños y excéntricos ignorados, sino miembros de un círculo tan poderoso y exclusivo que todos los romanos se refieren a ellos con el aliento entrecortado como la Cábala. Actúan con una sutileza inconcebible, todo hay que decirlo, y tienen recursos increíbles en términos de riqueza y lealtades. No estoy más que citando a *madame* Agaropoulos, que les tiene algo así como un miedo histérico y piensa que son sobrenaturales.

Pero ella tiene que conocer a alguno personalmente.

Por supuesto que los conoce. Y yo también.

Uno no teme a la gente que conoce. ¿Quiénes forman el grupo?

Te llevaré mañana a conocer a una de sus integrantes, una tal *miss* Grier. Es la líder de toda esta camarilla internacional. Yo le catalogué su biblioteca… jamás podría haberla conocido de ningún otro modo. Viví en sus aposentos del palacio Barberini[4], donde podía percibir el aroma de la Cábala. Junto a ella hay un cardenal. Y la princesa d'Espoli, que está loca. Y *madame* Bernstein, de la familia de banqueros alemanes. Cada uno tiene algún talento prodigioso; juntos se colocan a kilómetros de distancia del estrato social inmediatamente inferior al suyo. Son tan increíbles que están completamente solos. Estoy citando. Se reúnen en Tívoli y se consuelan como pueden con la excelencia de unos y otros.

¿Se denominan a sí mismos la Cabala? ¿Están organizados?

No lo veo así. Probablemente nunca se les ha ocurrido siquiera que lleguen a conformar un grupo. Mira lo que te digo: estúdialos. Investígalos a fondo, todo su secreto. Esto no es lo mío.

En la pausa que siguió a las palabras de Blair, de los varios rincones del compartimento fluyeron fragmentos de conversaciones hasta nuestras

mentes, tan recientemente ocupadas con personajes semidivinos. No tengo la más mínima intención de discutir, Hilda, murmuraba una de las inglesas. Por supuesto que hiciste los preparativos del viaje lo mejor que pudiste. Lo único que digo es que la chica no limpiaba el lavamanos todas las mañanas, no lo hacía. Había un cerco y otro y otro.

Y de un ítalo-estadounidense: Maldita sea, te digo que no es cosa *tua*, eso te digo. Déjame en paz de una puñetera vez. Se largó corriendo, te lo estoy diciendo; corría tanto que no podías ver ni el polvo, de rápido que iba.

El jesuita y sus estudiantes se habían interesado educadamente por la colección de sellos. El agregado japonés murmuraba: ¡Oh, de lo más exclusivamente excepcional! El de cuatro centavos es violeta pálido y cuando se sostiene contra la luz revela una marca de agua: un caballito de mar. Solo existen siete en el mundo y tres pertenecen a la colección del barón Rothschild.

Considerando las conversaciones a modo de sinfonía, oíamos que no tenía azúcar, que ella le había dicho a Marietta tres mañanas seguidas que le pusiera azúcar o que trajera azúcar, aunque la República de Guatemala los había eliminado inmediatamente, algunos habían llegado hasta los coleccionistas, y más melones de los que uno podía concebir se vendían cada año en la esquina de Broadway con la Calle 126. Quizá fue por repugnancia ante tanta conversación insustancial por lo que en primer lugar creció en mí el impulso de seguir a estos olímpicos, quienes, si bien podían estar aburridos y equivocados, tenían al menos, cada uno de ellos, «un talento prodigioso».

Fue, por tanto, con esta compañía y en la abatida atmósfera de la una de la madrugada, cuando llegué por primera vez a Roma, a esa estación que es más fea que la mayoría, con más anuncios de aguas medicinales y más cargada de olor a amoniaco. Durante el viaje había planificado lo que haría en el mismo momento de mi llegada: atiborrarme de café y vino y, en la orgullosa mitad de la noche, correr vía Cavour[5] adelante. Con las primeras señales del alba había de contemplar la tribuna de Santa María la Mayor, situada sobre mí como el arca sobre Ararat, y, apareciendo por una puerta lateral para dirigirse a toda prisa de vuelta al poblado hogar familiar, al fantasma de Palestrina con una sucia sotana y acompañado por un coro de cinco voces; correr hasta la plataforma situada ante el Letrán[6], donde Dante se mezcla con la multitud del jubileo[7]; situarme sobre el Foro y rodear el cerrado Palatino[8]; seguir el curso del río hasta la posada en la que Montaigne lamenta sus achaques[9]; y lanzar una mirada a los aposentos en

forma de risco del Papa, donde trabajan los mejores artistas de Roma, aquel que nunca es infeliz y aquel que nunca es nada más que un artista. Conocería el camino, pues mi mente está construida en torno al mapa de la ciudad que durante los ocho años de instituto y universidad pendía sobre mi escritorio, una ciudad tan ansiada que parecía que nunca hubiera creído con seguridad, en el fondo de mi corazón, que llegaría a verla.

Cuando finalmente llegué, la estación estaba desierta; no había café, vino, luna ni fantasmas. Solo el rodar por calles sombrías acompañado por el murmullo de las fuentes y ese tan especial eco de los adoquines de travertino.

Durante la primera semana Blair me ayudó a encontrar y preparar un apartamento. Eran cinco habitaciones en un viejo palacio al otro lado del río, a tiro de piedra de la Basílica de Santa María en Trastevere1[10]. Las habitaciones eran altas, húmedas y de un pobre estilo siglo XVIII. El techo del *salone* estaba modestamente artesonado y había restos de desmoronado estuco en el vestíbulo, aún tintado con débiles azules, rosas y dorados; cada mañana la escoba arrastraba un mechón más de los rizos de algún cupido o pedacitos de volutas y guirnaldas. En la cocina había un fresco de Jacob luchando con el ángel, pero los fogones lo ocultaban. Pasamos dos días eligiendo sillas y mesas, subiéndolas a carros y llevándolos nosotros mismos hasta nuestra humilde calle; regateando por grandes cantidades de brocado gris azulado en una decena de tiendas, siempre con los ojos atentos a una variedad de manchas, marañas y dobleces; seleccionando entre las burdas imitaciones de antiguos candelabros aquellos que con más fidelidad imitaban la época y la pureza de líneas.

La contratación de Ottima fue un triunfo de Blair. Había una *trattoria* en la esquina, una somnolienta taberna de conversaciones informales gestionada por tres hermanas. Blair las analizó durante un tiempo y terminó por proponer a la inteligente y divertida hermana de mediana edad que se viniera con nosotros y fuera mi cocinera «durante unas semanas». Los italianos tienen pánico a establecer acuerdos de larga duración y fue esta última cláusula la que convenció a Ottima. Le ofrecimos incorporar a cualquier hombre que ella nos recomendara para ayudarla con el trabajo más pesado, pero se mostró aturdida ante la propuesta y respondió que ella misma podía hacerlo perfectamente. El traslado a mi apartamento debió de resultar una solución providencial para algún problema en la vida de

Ottima, puesto que se dedicó con fervor a su trabajo, a mí y a sus compañeros en la cocina: Kurt, un pastor alemán, y Messalina, la gata. Obviando cada uno los defectos de los demás logramos crear un hogar.

Al día siguiente a nuestra llegada fuimos a visitar a la última dictadora de Roma y encontramos a una solterona con aspecto de chico y un rostro interesante y enfermizo, movimientos inquietos como de pájaro y que mostraba una perpetua oscilación entre la bondad y la irritabilidad. Eran casi las seis cuando entramos en su salón del palacio Barberini y encontramos a cuatro damas y a un caballero sentados con cierta rigidez en torno a una mesa y conversando en francés. *Madame* Agaropoulos dio un grito de sorpresa al ver a Blair, el distraído estudioso a quien tanto cariño guardaba; *miss* Grier se sumó al alarido. Una tal señora Roy, muy delgada, esperó hasta que en la conversación aparecieron referencias a nuestras conexiones familiares para relajarse y sonreír. El embajador español y su mujer se planteaban cómo diantres podía Estados Unidos existir sin un sistema de títulos que permitiera reconocer sin error a los de una misma clase, mientras que la marquesa se estremeció ligeramente ante la intrusión de dos toscos jóvenes pieles rojas y comenzó a construir mentalmente la imperfecta expresión en francés con la que terminaría por excusar su partida. Durante un tiempo la charla avanzó a trompicones, afectada por el cariz formal de toda conversación conducida en una lengua que no es la materna para ninguno de los presentes.

De pronto percibí que la atmósfera de la sala estaba cargada de tensión. Sentí las tentativas de una intriga sin ser capaz de obtener la más remota noción de sus objetivos. *Miss* Grier fingía mantener un diálogo banal, pero en realidad hablaba con toda seriedad, mientras que la señora Roy tomaba notas mentalmente. El episodio se resolvió por sí mismo en un típico, si bien no excesivamente complicado, ejemplo de la negociación social romana, con su característico conjunto de ramificaciones en la vida religiosa, política y doméstica. A la luz de la información recibida mucho más tarde, les hago una llamada de atención hacia lo que la señora Roy quería que *miss* Grier hiciera por ella y lo que *miss* Grier pedía como compensación por sus servicios:

La señora Roy tenía ojos entrecerrados y una boca que acababa de probar la quinina; mientras conversaba, sus pendientes tamborileaban sobre sus enjutas clavículas. Era católica romana y en su actividad política, conservadora, negra entre los negros. Durante su estancia en Roma se había ocupado con la tarea de despertar la atención del Sumo Pontífice hacia las

necesidades de algunas organizaciones caritativas estadounidenses. Las malas lenguas atribuían muy diversos motivos a sus buenas obras, el menos dañino de ellos: la esperanza de ser nombrada condesa de los Estados Pontificios. Lo cierto es que la señora Roy estaba moviendo los hilos en el Vaticano con la esperanza de inducir a Su Santidad a lograr un milagro, esto es: concederle la disolución de su matrimonio bajo el Privilegio Paulino[11][11]. Esta consumación, no sin precedentes, dependía de un conjunto de condiciones. Antes de dar un paso tal, el Vaticano se aseguraría muy cuidadosamente de la dimensión de la sorpresa entre los círculos católicos romanos; a los cardenales estadounidenses se les pediría secretamente un informe sobre el carácter de la matrona, mientras que los fieles de Roma y Baltimore, sin ser conscientes de ello, serían interrogados al respecto. Una vez hecho esto, sería oportuno estimar el grado de cinismo o aprobación que la medida despertaría entre los protestantes. La reputación de la señora Roy resultaba estar por encima de toda crítica y su derecho a la disolución del matrimonio era indiscutible (su marido la había ofendido en todas las categorías: había sido infiel, se había alejado de una fe aún mayor y se había convertido en una *animae periculum*, es decir, había tratado de arrastrarla a una irreverente discusión en torno a la licuefacción de la sangre de san Jenaro[12]); pero el imprimátur protestante era necesario. ¿Y qué opinión contaría con más valor para este propósito que la de la austera directora de la colonia estadounidense? La opinión de *miss* Grier sería consultada (y ambas mujeres lo sabían) a través de canales exquisitos en su delicadeza y resonancia; y si una nota vacilante partiera del palacio Barberini, la peticionaria recibiría el conocido veredicto «Improcedente» y la cuestión jamás volvería a ser sometida a consideración.

La señora Roy, teniendo tanto que pedir a *miss* Grier, quería saber si existía algún servicio que pudiera ofrecer como compensación.

Lo había.

Ninguna obra de arte italiana de los periodos clásicos puede abandonar el país sin el pago de un enorme impuesto a la exportación. ¿Cómo pudo entonces la «Madona entre san Jorge y santa Elena» de Mantegna[13] llegar al vestíbulo de estudiantes de la Universidad de Vassar[14] sin pasar por la aduana? La última vez que había sido vista fue tres años antes en la colección de la empobrecida principesa Gaeta; como tal aparecía en los informes del Ministerio de Bellas Artes durante los siguientes años a pesar del rumor de que estaba siendo ofrecida a los museos de Brooklyn, Cleveland y Detroit. Cambió de manos seis veces, pero los tratantes,

expertos y conservadores estaban tan dedicados a la cuestión de si el pie izquierdo de santa Elena había sido retocado por Bellini[15] (tal y como defiende Vasari[16]) que jamás se les ocurrió plantear si había sido registrada en la frontera. Fue finalmente adquirida por una viuda medio loca de Boston, tocada con una peluca violeta, quien, agonizante, la legó (junto con tres falsos Botticellis) a esa universidad que ya solo con la peculiar ortografía de su nombre habría impedido cualquier vinculación con la anciana excepto la de legataria.

El ministro de Bellas Artes acababa de enterarse en Roma de la donación y andaba desesperado. Su posición y su reputación quedarían por los suelos cuando todo saliera a la luz. De nada servirían sus inmensos esfuerzos en pro de su país (*exempli gratia*: había obstruido la excavación de Herculano[17] durante veinte años; había arruinado las fachadas de veinte magníficas iglesias barrocas con la esperanza de encontrar una ventana del siglo XIII; etc., etc.) ante el azote del periodismo romano. Todo italiano leal sufre al ver sus tesoros artísticos cruzar el océano hacia Estados Unidos; apenas esperan un pretexto para despedazar a un representante del Gobierno y así apaciguar su dolido honor. La embajada trataba ya con ahínco de lograr una conciliación. No se podía esperar que Vassar devolviera la pintura ni que pagara un impuesto de contrabandista. A la mañana siguiente los editoriales de la prensa romana mostrarían un país bárbaro como el americano que despoja a Italia de sus propios hijos, con amplias referencias a Catón, Eneas, Miguel Angel, Cavour y san Francisco. El *Senatus Romanus* se opondría a toda cuestión delicada en la que Estados Unidos estuviera tratando de obtener el favor italiano.

Resultaba que *miss* Grier, también ella, era benefactora de Vassar. Disfrutaba de una halagadora posición en las largas procesiones que se realizaban en junio entre los relojes de sol y los educativos jardines. Estaba dispuesta a pagar la multa, pero no sin haber aplacado a los próceres de la ciudad. Esto podría lograrse obteniendo los votos favorables del comité que había de reunirse esa misma tarde. Este comité estaba compuesto por siete miembros, cuatro de cuyos votos ya controlaba; los otros tres eran conservadores. Para que la cuestión se decantara a favor de los intereses de la princesa Gaeta era necesario un veredicto unánime.

Si la señora Roy se dirigía inmediatamente a su automóvil, tendría tiempo suficiente para llegar al Colegio Americano[18] de la Plaza de España y conversar con el querido y omnisciente padre O'Leary. ¡Magnífica es la acústica de la Iglesia! Antes de las diez de la noche los tres votos

conservadores serían decentemente emitidos a favor de la conciliación. *Miss* Grier necesitaba comunicar en torno a la mesita de té esta larga explicación a la señora Roy e insinuar la inefable compensación que ella, *miss* Grier, estaría dispuesta a conceder por cualquier favor. No era tarea fácil, puesto que era preciso garantizar que ni *madame* Agaropoulos ni la esposa del embajador (los hombres no importan) sospecharan la más mínima connivencia. Afortunadamente, la mujer del embajador era incapaz de comprender el francés cuando este se hablaba a gran velocidad y *madame* Agaropoulos, muy sensiblera, era fácilmente distraída de la cuestión principal mediante pequeñas concesiones al embellecimiento y el patetismo.

Miss Grier jugaba estas variadas cartas con la habilidad y precisión de una técnica impecable. Tenía esa cualidad que es parte esencial del talento que reviste a los grandes monarcas y que se percibe especialmente en Isabel y Federico[19]: la capacidad de ajustar las amenazas al nivel exacto en el que suponen un estímulo sin suscitar antagonismo. La señora Roy comprendió de inmediato lo que de ella se esperaba. Había estado apiñando comités y conciliando avinagrados chambelanes papales y devotos políticos italianos durante muchos años; el manejo de las influencias era su quehacer diario. A esto se sumaba que la felicidad puede ser el mejor de los estímulos para la inteligencia y ella sentía que la disolución de su matrimonio estaba próxima. Se levantó apresuradamente.

¿Me disculpan si me marcho a toda prisa?, murmuró. Le dije a Julia Howard que la visitaría en el Rosali. Y tengo un recado que hacer en la Plaza de España.

Hizo una inclinación y se marchó. ¿Qué emoción es aquella que ofrece alas a tan agotados pies y alegría a tan frágil temperamento? Al año siguiente se casó con un joven balandrista francés al que doblaba en edad, se estableció en Florencia y dio a luz a un hijo. Los conservadores dejaron de comentar sus votos cuando ella entraba en sus salones. Vassar mantiene la pintura y en sus archivos una carta del secretario italiano de Asuntos Exteriores confiere al asunto el carácter de donación. La influencia de una obra de arte sobre el casual viandante es demasiado sutil para su determinación, pero uno cree con firmeza que los cientos de chicas que pasan bajo el Mantegna a diario obtienen de este impulsos que las harán más nobles esposas y madres. Al menos eso es lo que el ministerio prometió a la universidad.

Cuando el resto de invitados se marchaba, *miss* Grier los despidió con una mueca a sus espaldas, disminuyó la iluminación y condujo nuestra

conversación hacia Nueva York. Parecía obtener cierto placer en tan exótica compañía como era la nuestra, no obstante, su mente se extraviaba hasta que, de pronto, dio un brinco, se alisó los pliegues del vestido y nos impelió a que nos apresuráramos, nos vistiéramos adecuadamente y regresáramos para la cena de las ocho. Quedamos sorprendidos, aunque, igualmente, salimos corriendo a la lluvia que regaba las calles.

Inmediatamente me abalancé sobre Blair con preguntas sobre ella. Pocos datos podía darme; el retrato de su mente e incluso de sus características físicas queda en la siguiente descripción de sus antepasados que elaboré yo mismo leyendo entre líneas y estudiando las fotografías de una historia de los Grier escrita por encargo por un primo segundo.

Parece ser que su bisabuelo llegó a Nueva York en 1800 con un perjudicado estado de salud. Adquirió una vieja casa en el campo con la intención de pasar sus días como ermitaño, estudiando los pasajes proféticos de la Biblia e incentivando la multiplicación de cuatro cerdos que en una cesta habían cruzado las aguas con él. Sin embargo, con la mejora de su estado de ánimo a la par que de sus negocios, pronto se vio casado con la heredera de la finca Dawes Corners, la señorita Agatha Frehestocken, lo cual, a la muerte de los padres de esta, diez años más tarde, supuso la unión de dos haciendas de considerable extensión. Sus hijos, Benjamín y Anne, crecieron con la educación que en las tardes de lluvia les facilitaba su padre a capricho. El abuelo de nuestra *miss* Grier, un hábil y resuelto chico de campo, desapareció durante muchos años en un torbellino de oscuras actividades en la ciudad, ejerciendo por turnos de camarero, aprendiz de impresor y director de un restaurante. Finalmente regresó a visitar a sus padres y los obligó a que le permitieran utilizar su tierra como garantía para una inversión en ferrocarriles. Tenemos una imagen suya en ese momento: el daguerrotipo del palurdo holandés de prominente labio inferior y sonrientes y agresivos ojos aparece reproducido en cualquier historia de las grandes fortunas estadounidenses. Posiblemente el discreto arte de azotar a los propios padres fue puesto en práctica esa tarde de domingo en Dawes Corners, ya que Anne insinúa que a ella la obligaron a llevarse sus agujas al granero y a aguardar sentada sobre sacos hasta que fuera de nuevo convocada. El anciano padre maldijo a su vástago rotundamente con blasfemos salmos y tuvo su curiosa venganza: el gusano de la introspección religiosa creció en la mente de Benjamín Grier y la mala salud se apropió de su cuerpo. Todo tuvo su resultado: se hizo diácono y millonario aproximadamente al mismo tiempo; acabó dirigiendo cinco líneas de

ferrocarril desde una silla de ruedas. Sus padres murieron en una mansión neoyorquina situada en Washington Square. No lo perdonaron jamás.

Benjamín se casó con la hija de otro magnate, una chica que en otra época, con otra fe, se habría retirado a un convento y habría aliviado la pobreza de su naturaleza mental y espiritual en un perpetuo brotar de húmedas e inexplicables lágrimas. Trajo a un enfermizo hijo al entorno de viviendas de caliza roja, un hijo en quien el impulso estético, sofocado durante tantas generaciones de Griers y Halletts, alcanzó un lastimero florecimiento: una pasión por las óperas de Rossini y por todo aquello que ingenuamente consideraba italiano (llamativos rosarios, las prendas de los agricultores de Capri y la pintura de Domenichino[20]). Se casó con una mujer firme y perspicaz, mayor que él, que lo había escogido deliberadamente en la sacristía de la iglesia presbiteriana. Eran increíblemente ricos, con esa riqueza que crece en la oscuridad y, desatendida, se duplica en un año. Con la incorporación de esta decidida Grace Benham, fue posible un último eslabón en la descendencia de los Grier: nuestra *miss* Grier. Para la veintena de institutrices que se despidieron lloriqueando una detrás de otra, la niña era un monstruo de astucia y virulencia. Fue arrastrada sin descanso de Nueva York a Baden-Baden, de Vevey a Roma, y vuelta a empezar; creció sin establecer vinculación con persona o lugar alguno. Sus padres murieron cuando ella tenía veinticuatro años y, finalmente, la mera soledad hizo lo que la exhortación nunca logró: su carácter se suavizó en un intento por atraer lastimeramente a personas para que le hablaran y vivieran con ella, para llenar de algún modo la adinerada soledad de sus días.

Un relato como este de su origen, si lo leyera, no la habría avergonzado ni interesado. Su mente descansaba bajo el cálido aliento de una gran irritabilidad; vivía para ridiculizar e insultar a los estúpidos e inocentes de su círculo social. En esta irritabilidad flotaba todo el entusiasmo y las frustraciones de su linaje: la tristeza de su bisabuelo, el azote de su abuelo y su pavor al Valle de los Huesos, los ojos rojos de su abuela y los amores reprimidos de su padre hacia las Normas y Semiramides de la Academia de Música. Era inquieta también, con las habilidades masculinas heredadas de su abuelo, las propias de un potentado de los negocios, las cuales, habida cuenta de su sexo y situación, podían encontrar su única aplicación en una pasión por hacer temblar a las mujeres y una manía por interferir en los asuntos de terceros. Con todo ello, era una mujer de inteligencia y fuerza; dominaba su excéntrica y rebelde parroquia con un mordaz placer; el día de

su muerte los salones de Roma resonaron con un extraño murmullo salvaje de callada alegría.

Su retrato no estaría completo sin la descripción de su hábito más extraño, debido parcialmente a las noches en vela de una vida de enfermedad y, también parcialmente, al miedo a los fantasmas que le infundieron las institutrices durante su infancia: nunca fue capaz de dormir hasta llegado el amanecer. Temía estar sola; hacia la una de la madrugada se la podía encontrar rogando a sus últimas visitas que permanecieran un rato más. *C'est l'heure du champagne*, les decía ofreciéndoles un aliciente tan poco adecuado para la hora. Cuando acababan por marcharse, dedicaba el resto de la noche a la música, puesto que, como los príncipes alemanes del siglo XVIII, contaba con su propio conjunto de músicos.

Estas sesiones previas al amanecer no eran leve y sentimentalmente musicales; eran en sumo grado eclécticas. Una noche podía escuchar las sonatas de Scriabin[21] o las marchas de Médtner[22]; otra podían ser ambos tomos del *Clavecín bien templado*[23]; todas las fugas para órgano de Händel, seis tríos de Beethoven… Gradualmente se alejó por completo de la música más fácilmente apreciable y cultivaba únicamente aquella compleja y cerebral. Regresaba a piezas con interés histórico y trataba de encontrar las partituras de los rivales olvidados de Bach y las óperas de Grétry[24]. Pagaba a un grupo de cantantes del coro del Letrán para que le interpretaran al inagotable Palestrina. Se convirtió en una prodigiosa experta. Harold Bauer[25] se sometía sumisamente a sus indicaciones para el fraseo de Bach (aseguraba que ella tenía el único oído verdadero para el contrapunto de la época) y los Flonzaleys[26] accedían a su solicitud de agilizar ligeramente ciertas páginas de Loeffler[27].

Con el paso del tiempo me encontré con muchas personas que, por un motivo u otro, eran incapaces de dormir entre la medianoche y el amanecer, y cuando yo mismo daba vueltas en la cama o cuando regresaba tarde a mis habitaciones a través de las desiertas calles (a la hora en la que el parricida siente un gato ronronear contra sus pies en la oscuridad) me venía a la mente la imagen del anciano Baldassare, el antiguo obispo de Shandong, visitante apostólico al Lejano Oriente, levantándose en el Borgo[28] a las dos para estudiar con ojos llorosos a los Padres de la Iglesia y los concilios, maravillándose, decía, con el continuo florecer del rosal de la Doctrina; o recordaba a Stasia, una refugiada rusa que había perdido el hábito del sueño nocturno debido a su experiencia como enfermera en la guerra, Stasia jugando al solitario a lo largo de la noche sin dejar su mente de dar vueltas a

las torturas a las que habían sometido alegremente a su familia los soldados de Taganrog; y evocaba a Elizabeth Grier escuchando en la profundidad de su larga y sombría habitación algún nuevo trabajo que D'Indy[29] le hubiera enviado o inclinada sobre la partitura mientras su pequeña orquesta revivía la obertura de *Las indias galantes*[30].

Cuando volvimos a ascender la escalera una hora más tarde, encontramos que los invitados ya habían llegado y esperaban a la anfitriona. Entre otros privilegios, *miss* Grier se había reservado tiempo atrás una prerrogativa de la realeza: ser la última en llegar a sus propias fiestas. En el vestíbulo el *maître* me entregó una nota que decía: Por favor, aproxímese a *mademoiselle* de Morfontaine, una importante señorita merovingia que quizá lo invite a su villa en Tívoli. Instantes después *miss* Grier hizo acto de presencia y comenzó a saludar a sus invitados en un acelerado zigzag a lo largo del salón. Llevaba un vestido basado en un diseño de Fortuny, concebido en los tonos rojo y negro de una salamandra. En torno al cuello colgaba una rara medalla del Renacimiento, mucho más larga que la que cualquier otra mujer se hubiera atrevido a portar.

Puesto que pretendía estar en posición de oír toda palabra pronunciada en sus cenas, los romanos tenían desde tiempo atrás buenos motivos para quejarse de la apiñada disposición de la mesa de *miss* Grier; estábamos apilados como en las apresuradas cenas en Modane[31]. Pero *miss* Grier aún tenía otras convenciones que desafiar: comentaba la comida; variaba la dirección de la conversación de derecha a izquierda en los momentos menos oportunos; hablaba con los sirvientes en un tono de lo más informal; cambiaba la lengua de comunicación a capricho, del francés al inglés o al italiano; y señalaba las personas que, habiendo sido invitadas, no habían podido asistir. De pronto percibí que ella no comía los platos que nos servían al resto. Comenzó con un pequeño cuenco de pan migado y nueces; a esto se sumaron más tarde (mientras nosotros nos enfrentábamos a un *faisan souvaroff* acompañado de trufas y *foie gras* y bendecido con esa oscura intensidad que el *madeira* tiene el privilegio de otorgar a las piezas de caza) unos cereales estadounidenses bañados en agua caliente con un toque de mantequilla. Tampoco era capaz de contenerse a la hora de burlarse de sus invitados de modo peligroso y con una precisión cercana a la genialidad: de un duque metido en política, por sus aburridos discursos; de la señora Osborne-Cady, por la carrera de pianista que había sacrificado por una vida

hogareña más decepcionante de lo habitual. Por un instante, al inicio de la cena, sus eléctricos ojos se detuvieron en mí y comenzó a murmurar en tono amenazador, pero se lo repensó y ordenó al camarero que me ofreciera más *oeufs cardinal*, añadiendo con cierta insolencia que eran los únicos *oeufs cardinal* que uno podía comer en Europa y que Mémé (la anciana princesa Galitzine) era un tanto estúpida al alardear de su chef, quien contaba por toda formación su paso por estaciones de tren, etc., etc.

La importante señorita merovingia sentada a mi izquierda era *mademoiselle* Marie-Astrée-Luce de Morfontaine, hija de Claude-Elzéar de Morfontaine y Christine Mézières-Bergh; su abuelo, el conde Louis Mézières-Bergh, se había desposado con Rachel Krantz, la hija del gran financiero Maxi Krantz, y había ejercido de embajador francés ante el Vaticano en 1870. Ella era, por tanto, excesivamente rica, puesto que poseía, según decían, más acciones en el canal de Suez que los Rothschild. Era alta, de largos miembros y huesuda, sin, no obstante, ser excesivamente delgada. Su elevado rostro blanquecino, enmarcado entre dos pendientes de cornalina, recordaba a alguna figura simbólica de un fresco de Giotto[32], con pocos detalles, pero capaz de emanar sobrias pasiones espirituales. Tenía una voz ronca y una expresión embelesada. Durante los primeros diez minutos dijo muchas estupideces porque su mente se encontraba en otro lugar; se podía sentir vagamente que regresaría a su debido momento. Finalmente esto sucedió y lo hizo con un considerable impacto. Me resumió el movimiento monárquico francés en su conjunto. Parecía creer tan apasionadamente en el objetivo que perseguían como despreciaba sus estrategias. No podrá existir rey en Francia, se lamentó, hasta que el catolicismo no haya logrado un majestuoso renacimiento. Francia no será magnífica si no es con la mediación de Roma. Somos latinos, no godos. Nos están imponiendo sistemas extranjeros. Terminaremos por encontrarnos a nosotros mismos, a nuestros reyes, nuestra fe, nuestros corazones latinos. He de ver a Francia regresar a Roma antes de morir, añadió uniendo las manos ante su barbilla. Respondí débilmente que tanto el temperamento francés como el italiano me parecían singularmente poco republicanos, ante lo que posó su larga y pálida mano en mi brazo y me invitó a ir ese fin de semana a su villa.

Escuchará toda la argumentación, me anunció. Y el cardenal estará allí.

Le pregunté a qué cardenal se refería. El pesar de su rostro me mostró que, al menos en el círculo en el que ella se movía, no existían setenta cardenales, sino uno solo.

El cardenal Vaini, por supuesto. El Colegio está en la actualidad singularmente desprovisto de sacerdotes de interés, pero sin duda el único cardenal con erudición, con distinción, con carisma, es el cardenal Vaini.

Yo había encontrado con tanta frecuencia erudición, distinción y carisma (por no hablar de piedad) en los escalones más bajos de la Iglesia que quedé estupefacto al saber que estas cualidades eran tan poco habituales en los peldaños superiores.

Además, añadió, ¿quién más es amigo de Francia, esa hija rebelde? ¿Todavía no conoce al cardenal? ¡Cuán versado es! ¡Y pensar que se niega a escribir! Si puedo pronunciar algo así sin faltarle al respeto, Su Eminencia sufre de una suerte de… apatía. El mundo entero está esperando una explicación sobre ciertas contradicciones de los Padres de la Iglesia; es el único hombre capaz de hacerlo, pero, aun así, guarda silencio. Le suplicamos con nuestras oraciones. Está en su mano lograr el regreso de la Iglesia a la literatura. Quizá él podría, sin más ayuda, llevar a buen puerto la causa que todos tenemos tan arraigada en nuestro corazón.

Le pregunté tímidamente a qué causa se refería.

Se giró hacia mí sorprendida. Pues, la promulgación del derecho divino de los reyes como dogma de la Iglesia. Aspiramos a que se produzca la convocatoria de un concilio ecuménico con este fin en los próximos veinticinco años. Pensé que usted, por supuesto, lo sabía, de hecho había asumido que era uno de nuestros colaboradores.

Contesté que yo era tanto estadounidense como protestante, una respuesta que sentí que me liberaba de la carga de ser católico monárquico.

Oh, exclamó, tenemos muchos partidarios que a primera vista parecerían no tener interés en el movimiento: tenemos judíos y agnósticos, artistas y, sí, incluso anarquistas.

Sentí en ese momento con certeza que estaba sentado junto a una persona demente. No te encierran cuando tienes millones, me dije. La idea de intentar reunir un concilio, en el siglo XX, para otorgar una sanción sobrenatural a la corona e incluir esta sanción entre los artículos de obligatoria fe no era una mera ensoñación vana: era una locura. Se nos impidió regresar a la cuestión esa noche, pero en varias ocasiones encontré su amplia mirada medio enloquecida posada sobre mí con una insinuación de intimidad mayor de la que yo estaba dispuesto a reconocer.

Enviaré el coche para que lo recoja a las once, murmuró al pasar junto a

mí cuando abandonaba la mesa. Debe venir. Tengo un gran favor que solicitarle.

Al regresar a los salones, me vi junto a Ada Benoni, hija de un popular senador. Si bien parecía demasiado joven para salir por las noches, tenía esa suave y cauta sofisticación de las chicas italianas bien educadas. Le pedí casi inmediatamente que me contara algo sobre la Cábala.

Oh, la Cábala no es más que una broma de alguna gente, respondió. No existe ninguna Cábala en realidad. Aunque sé a lo que se refiere. Los ojos de la joven estimaron cuidadosamente la distancia entre nosotros y el resto de nuestros acompañantes. Con la Cábala se refieren a un grupo de gente que está siempre junta y tiene mucho en común.

¿Son todos ricos?, pregunté.

No… señaló pensativamente. Pero no debemos hablar en voz tan alta. El cardenal Vaini no puede ser rico, tampoco puede serlo la duquesa d'Aquilanera.

¿Son todos, entonces, intelectuales?

La princesa d'Espoli no es una intelectual.

¿Qué es, por tanto, lo que tienen en común?

Oh, no tienen nada en común, excepto… excepto que desprecian a la mayoría de la gente, a usted, a mí, a mi padre y así en adelante. Cada uno de ellos tiene algo, un gran don, y eso es lo que los une.

¿Cree que trabajan juntos y planifican intrigas aquí y allá?

La frente de la chica se llenó de pliegues y enrojeció ligeramente. No, no creo que sea su intención, pronunció suavemente.

¿Pero lo hacen, acaban por hacerlo?, insistí.

Bueno, se sientan allí, en Tívoli, y charlan sobre nosotros y, de algún modo, sin ser conscientes, en ese caso sí que hacen algo.

¿A cuántos de ellos conoce?

Oh, los conozco un poco a todos, respondió rápidamente. Todo el mundo los conoce. Excepto, por supuesto, al cardenal. Me encantan, la verdad. Solo son malvados cuando están juntos, me explicó.

Mademoiselle de Morfontaine me ha pedido que pase el fin de semana en su villa de Tívoli. ¿Los veré allí?

Oh, sí. A eso lo llamamos el semillero.

¿Le parece bien? ¿Tiene algún consejo que darme antes de ir?

No.

Sí, sí que lo tiene.

Bueno, concedió enarcando las cejas, le recomiendo que sea… que sea estúpido. Es difícil. Debe esperar que se muestren muy cordiales de inicio. Les da por alterarse mucho con la gente nueva y luego cansarse de ellos y dejarlos de lado. Excepto de cuando en cuando, que encuentran a alguien que les gusta y lo adoptan a él o a ella definitivamente, y así se une un nuevo miembro a la Cábala. Roma está llena de personas que se enfrentaron a la criba y no la superaron. *Miss* Grier, especialmente, se comporta así. Acaba de conocerlo, ¿verdad?

Sí… apenas nos han presentado esta tarde.

Pues procurará tenerlo a su alrededor en todo momento durante un tiempo. Vendrá en un minuto a pedirle que se quede a su cena de medianoche. Son famosas sus cenas de medianoche.

Pero no puedo… vine a tomar el té e inmediatamente me pidió que me quedara a cenar. Sería ridículo permanecer hasta la medianoche…

No es ridículo en Roma. Usted no está más que afrontando la criba, eso es todo. Todo el mundo cultiva sus amistades a empellones. Es fascinante. No trate de luchar contra ello. Si lo hace, se perderá lo mejor de todo. ¿Quiere saber cómo sé que usted está en la criba? Bueno, se lo contaré. Mi prometido había de venir a la cena esta noche, sin embargo, una hora antes llevaron una nota a su casa pidiéndole que, en lugar de eso, acudiera el viernes, con una invitación para la ópera también. Ella hace esto a menudo y solo significa que ha encontrado un nuevo amigo que insiste en mantener a su lado esa noche. Por supuesto, la segunda invitación, la de consolación, es siempre mayor y más ostentosa que la primera, pero nos enojamos.

Es de entender. Siento haber sido quien impidió…

Oh, no pasa nada, respondió. Vittorio está fuera ahora, esperándome en el coche.

Y así sucedió que, cuando Blair y yo nos presentamos ante *Miss* Grier para anunciar nuestra partida, esta me hizo a un lado con una vehemencia irresistible y, hablándome al oído, dijo: Tendrán que volver esta noche. Vendrán algunas personas a una cena tardía a las que me gustaría que conocieran. Cuento con ustedes, ¿verdad?

Fingí una protesta cuyo efecto fue atroz. Mi querido joven, suplicó, tendré que pedirle que confíe en mí. Hay algo de la mayor importancia que quiero plantearle. Lo cierto es que ya he llamado por teléfono a una muy querida amiga mía… Se lo ruego, solo como un favor personal, cancelen lo que hubieran planeado. Hay un servicio muy importante que queremos

encargarle.

Por supuesto, ante tales palabras, cedí, con tanta sorpresa como sumisión. Aparentemente la Cábala al completo necesitaba de mis favores.

Gracias, muchísimas gracias. Sobre las doce.

Eran entonces en torno a las diez. Teníamos dos horas por delante. Estábamos a punto de partir rumbo al Circo cuando Blair exclamó:

Oye, ¿te importa si me acerco a ver a un amigo un minuto? Si me marcho el martes, debería despedirme de él y ver cómo está. ¿Te molesta visitar enfermos?

No.

Es un buen tipo, aunque no le queda mucha vida. Ha publicado algunos versos en Inglaterra, uno de tantos miles, ya sabes. Tuvieron una acogida terrible. Quizá es muy buen poeta, pero es incapaz de escapar de su propio lenguaje. Es terriblemente adjetival.

Descendimos la escalinata de la Plaza de España y giramos a la izquierda. Aún descendiendo los escalones, Blair se detuvo y me susurró: Olvidé decirte que lo cuida otro amigo, es algo así como un acuarelista. Son pobres de solemnidad y lo poco que consiguen es para pagar un médico. Tengo intención de prestarles algo más de dinero… ¿Cuánto llevas[33]?

Reunimos cien liras y llamamos a la puerta. Al no recibir respuesta alguna, la abrimos de un empujón. Había un candil encendido en la más alejada de dos humildes habitaciones. Descansaba junto a una cama y derramaba su luz en los despiadados detalles de una barricada, hecha de cuencos, botellas y ropa manchada, construida contra una pequeña bóveda durante las últimas etapas de la tisis. El enfermo dormía recostado con el tronco elevado en la cama y la cabeza girada hacia la pared.

El artista ha debido de salir un minuto a buscar algo de dinero, dijo Blair. Vamos a quedarnos un rato.

Entramos en la otra habitación y nos sentamos en la oscuridad contemplando la luz de luna que llenaba la Fontana della Barcaccia. Estaban lanzando fuegos artificiales en el monte Pincio[34] en conmemoración de alguna batalla del Piave[35] y el delicado verde del cielo parecía temblar tras las flores chinas que se elevaban en la noche. Un peculiar tranvía se adentraba en la plaza cada cierto tiempo, se detenía inquisitivamente y volvía a marcharse. Traté de recordar si Virgilio había muerto en Roma… no, lo enterraron cerca de Nápoles, ¿en Tasso?; algunas

desgarradoramente dulces páginas de Goethe, la particular interpretación de Moissi[36], que les otorga sus ojos abiertos de par en par y su elegiaca voz. En ese momento oímos una voz desde la otra habitación: Francis, Francis.

Blair entró: Supongo que ha salido un minuto. ¿Puedo hacer algo por ti? Me marcho en uno o dos días y vine a ver cómo de recuperado estás. ¿Te cansará mucho si nos sentamos contigo un rato?… Entra, venga.

Mi amigo no recordaba el nombre del poeta y nuestra presentación quedó algo borrosa. El enfermo parecía en las últimas, pero la fiebre daba a sus ojos un aire impaciente y entusiasmado; parecía desear escuchar o charlar por horas. Mi mirada cayó sobre una tosca nota escrita a lápiz que descansaba sobre la mesa, más allá del alcance del enfermo: Estimado doctor Clarke: escupió unas dos tazas de sangre a las 14:00. Se mostraba tan hambriento que tuve que darle más de lo que usted dijo. Regreso de inmediato. F.S.

¿Has sido capaz de escribir algo últimamente?, comenzó Blair.

No.

¿Lees mucho?

Francis me lee. Señaló un libro de Jeremy Taylor[37] que estaba a sus pies. Sois estadounidenses, ¿verdad? Tengo un hermano en Estados Unidos. En Nueva Jersey. Yo también iba a ir allí.

La conversación se extinguió, pero continuó mirándonos fijamente, sonriente y con los ojos brillantes, como si la compañía fuese algo breve y poco habitual.

Por cierto, ¿hay algún libro que te gustaría que te prestáramos?

Sí, gracias. Eso estaría bien.

¿Qué? ¿Por ejemplo?

Cualquier cosa.

Piensa en algo que te apetezca especialmente.

Oh, cualquier cosa. No soy nada particular. Lo único… supongo que será difícil encontrar traducciones del griego.

En ese momento me ofrecí a llevar algo de Homero en su lengua original y tartamudear una traducción improvisada.

Oh, eso sería lo que más me gustaría, exclamó. Conozco bien la obra de Chapman.

Respondí, sin pensarlo, que el trabajo de Chapman difícilmente se parecía a Homero[38], y de pronto observé una mirada de dolor, como fruto de una herida mortal, aparecer en su rostro. Para recuperar el control de sí

mismo, se mordió un nudillo y trató de sonreír. Inmediatamente añadí que, a su modo, eran textos muy bellos, no obstante, no podía ya retirar mi crueldad; parecía que el corazón le sangrara en su interior.

Blair le preguntó si tenía suficientes poemas para un nuevo libro.

Ya no pienso más en libros, contestó. Solo escribo para mí mismo.

Pero el insulto a Chapman había continuado su demoledor avance; giró el rostro y grandes lágrimas bañaron sus manos. Disculpadme. Disculpadme, se excusó. No me encuentro bien, y parece que… parece que hago esto por nada.

Comenzó a buscar un pañuelo, sin embargo, al no encontrar ninguno, lo persuadimos de que utilizara el mío.

No quiero marcharme sin ver a Francis, dijo Blair. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Sí, sí. Está ahí al lado, en el Café Greco. Le rogué que se marchara y se tomara un café; ha estado aquí todo el día.

Así pues, Blair me dejó a solas con el poeta, que parecía haberme perdonado y estaba dispuesto a afrontar los azares de una nueva conversación. Sintiendo que sería mejor si era yo quien hablaba, comencé a charlar sobre cualquier cosa, sobre los fuegos artificiales, sobre las flores silvestres del lago Albano[39], sobre la sonata de Pizzetti[40], sobre un robo en la biblioteca del Vaticano. Su rostro mostraba claramente qué cuestiones le agradaban; probé varias y descubrí que estaba deseoso de escuchar halagos. Estaba demasiado enfermo para sentirse indignado por los abusos, para agradecer el humor, para los sentimientos, para interesarse por cualquier minucia propia de anticuarios. Aparentemente, durante semanas, en la infeliz atmósfera de la habitación del enfermo, Francis había olvidado alabar nada y el poeta deseaba, antes de abandonar el extraño mundo, escuchar algo sobre las bondades de este. A ello me dediqué. Sus ojos brillaban y le temblaban las manos. Deseaba por encima de todo los elogios a la poesía. Me lancé a desarrollar una historia del verso, llamando a los trovadores por su nombre de pila, equivocándome al hacerlo, asignándolos a épocas y lenguas incorrectas, caracterizándolos con los manidos epítetos de un enciclopedista y elaborando cuantas anécdotas era capaz (todas malas, pero en cierto modo sirvieron de presentación de la gloriosa multitud). Hablé de Safo; de cómo una línea de Eurípides enloqueció a los ciudadanos de Abdera[41]; de Terencio suplicando a la audiencia que se quedara con él en lugar de con los funambulistas[42]; de Villon escribiendo los rezos de su madre ante el gran mosaico de los muros de una catedral[43]; de Milton en

sus últimos años, con unas aceitunas en la mano para recordarle su época dorada en Italia[44].

De improviso, en mitad del catálogo, rompió a gritar: Yo estaba destinado a estar entre esos nombres. Yo.

El brote de orgullo debió de molestarme ligeramente y mi rostro seguramente lo reflejó, ya que exclamó de nuevo: Lo estaba. Yo. Aunque ahora es demasiado tarde. Quiero que destruyan todas las copias de mis libros. Dejad morir toda palabra, dejadla morir. Cuando muera no quiero que una sola alma me recuerde.

Murmuré algo sobre su recuperación.

Yo sé más de eso que el médico, me respondió, clavando sus ojos en mí con severa furia. Estudié medicina. Y vi a mi madre y a mi hermano morir, tal y como yo muero ahora.

No había respuesta para eso. Nos quedamos en silencio. Con voz más dulce, dijo:

¿Me prometerás algo? Mis versos no eran suficientemente buenos, apenas comenzaban a ser mejores. Cuando esté muerto quiero que te asegures de que Francis hace lo que me prometió. No quiero que mi lápida porte ningún nombre. Escribid únicamente: Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en agua[45].

Llegó un ruido desde la otra habitación. Blair había regresado con el acuarelista. Nos marchamos. Días más tarde el poeta se encontraba demasiado enfermo para vernos de nuevo. Cuando regresé del campo había muerto y su fama había comenzado a propagarse por todo el mundo.

LIBRO SEGUNDO

Marcantonio

La duquesa d’Aquilanera era una Colonna[46] y provenía del ala conservadora de una familia incapaz de olvidar sus tradiciones cardenalicias, reales y papales. Su marido era vástago de una casa toscana que había recibido su distinción en torno al siglo XIII, era alabada en las historias de Maquiavelo y execrada por Dante. Ninguna de las dos familias había realizado un matrimonio equivocado en veintidós generaciones, e incluso en la vigésimo tercera incurrieron únicamente en un estigma como es un desposorio con un Medid ilegítimo o con la «sobrina» de un Papa. La duquesa jamás podría olvidar (entre un millar de honores similares) que su tatarabuelo, Timoleo Nerone Colonna, príncipe de Velletri, había enviado numerosos mensajes insultantes a los antepasados del actual rey de Italia, la antigua pero apologética Casa de Saboya; que su padre había rechazado el título de Grande de España porque este le había sido retirado a su padre; y que a través de su sangre confería a su hijo los títulos de chambelán de la corte de Nápoles (si esta existiera), príncipe del Sacro Imperio Romano (si tan soberbia organización hubiera sobrevivido) y duque de Brabante (un título que, por desgracia, reaparece entre las pretensiones de las familias reales de España, Bélgica y Francia). Tenía todos los motivos para reclamar el tratamiento de «Alteza», hasta de «Alteza Real», al menos de «Serenísima», puesto que su madre había sido el último miembro de la familia real de Craburg-Hottenlingen. Tenía la más amplia red de parentesco a excepción de la casta sacerdotal budista. Los heraldos de las cortes europeas se inclinaban ante ella con particular distinción, conscientes de que, por algún tipo de azar, muy diversos y elevados linajes convergían en su persona sin par.

Tenía cincuenta años cuando la conocí; una mujer pequeña, de rostro oscuro, con dos aristocráticos lobanillos en la ventana izquierda de la nariz, manos amarillas y sucias cubiertas con esmeraldas de bisutería (una alusión

a sus reclamaciones portuguesas, pues era archiduquesa de Brasil, si Brasil hubiera continuado siendo colonia portuguesa), afectada por la cojera que persigue a los Della Quercia; al igual que su tía había sido epiléptica, con la epilepsia de los verdaderos Vani. Vivía en un diminuto apartamento del palacio Aquilanera, en la plaza Araceli[47], desde cuyas ventanas observaba las suntuosas bodas de sus rivales, ceremonias a las que había sido invitada, pero a las que no se atrevía a asistir previendo que le sería asignado un lugar por debajo de su categoría; aceptar un asiento humilde sería admitir que había renunciado a todo el abanico de amplias pretensiones históricas. Había abandonado muchas grandes celebraciones repentinamente al descubrir que su asiento estaba detrás del de alguno de esos primos Colonna que habían desechado todos sus derechos a la distinción aristocrática al casarse con una actriz o un estadounidense. Rechazaba ser ubicada detrás de columnas, entre dudosos títulos aristocráticos napolitanos (a la sombra de las tumbas de su propia familia), ser abandonada entre los lacayos durante una velada musical, ser invitada a última hora, así como verse obligada a esperar en antecámaras. Permanecía fundamentalmente en sus feas y sofocantes habitaciones, regresando una y otra vez a las ignoradas glorias de su linaje y envidiando los esplendores de sus familiares con mejor situación económica. Lo cierto es que, desde el punto de vista de un italiano de clase media, la duquesa no era verdaderamente pobre, pero carecía del capital para permitirse la limusina, los atuendos y los grandes entretenimientos; no contar con esto y estar investida de tales dignidades implicaba ser más pobre que el último cadáver anónimo rescatado del Tíber.

Poco tiempo antes, no obstante, había comenzado a recibir reconocimientos inesperados y apasionantes. Si bien salía poco, cuando hacía aparición en sociedad, su rostro austero, su majestuosa cojera y sus extrañas joyas la cargaban de convicción. Era temida. Los árbitros de la precedencia en Roma se atrevieron finalmente a dar a entender a los Odescalchi[48], Colonna y Sermoneta que esta pequeña mujer de aspecto ligeramente desaliñado, a la que volvían la espalda y apartaban como a una pobre familiar retardada, tenía todo el derecho a precederlos en una función formal. Los círculos franceses, aquellos que no habían perdido toda deferencia señorial bajo la esponja del republicanismo, reconocían sus alianzas ultramontanas. Ella fue la primera en percibir la mejora en las atenciones al recibirla y, aunque un tanto desconcertada, no tardó en desplegar las velas ante el inesperado soplo de viento. Tenía un hijo y una

hija que promocionar y fue por ellos por los que decidió inmolar su orgullo. Desde los primeros signos de su rehabilitación se obligó a salir al mundo y, al descubrir que su prestigio era mayor entre la colonia internacional, se rebajó al poco grato deber de visitar a sus pares estadounidenses y a los representantes suramericanos. Terminó por descubrirse siendo parte de las cenas de medianoche de *miss* Grier. El reflejo de la consideración que recibía en tales escenarios finalmente alcanzó a su propia gente y le fueron gradualmente evitadas las humillaciones más evidentes.

Se le hizo entonces necesario abandonar a sus anteriores amistades, las aburridas y amargadas ancianas, más quejumbrosas que ella misma y con menos motivos, con las que se había acostumbrado a pasar largas tardes sumidas en la inquietud tras las cortinas de los ventanales con vistas a la plaza Araceli. Se vio obligada asimismo a abandonar un sórdido hábito que la vinculaba no con menos seguridad a los siglos anteriores, en concreto: interponer litigios. La innata capacidad para la gestión que poseía esta mujer había encontrado en sus días de oscuridad este extraordinario resquicio. Marchaba de un lado a otro olfateando viejas reclamaciones y escrituras, las leves equivocaciones de los comerciantes y las sutiles omisiones de los abogados. Estaba siempre protegiendo a sus más tímidas amistades de las imposiciones, siempre tenía éxito y a menudo lograba una buena cantidad de dinero. Contrataba a oscuros y jóvenes abogados y, cuando era llamada a declarar como testigo, valiéndose de sus distinciones para evitar ser interrumpida, utilizaba la oportunidad para resumir el caso al completo. Las clases medias, después de ver en los diarios matutinos que S. A. Leda Matilda Colonna, duquesa d'Aquilanera, se enfrentaba a la ciudad de Roma por la valoración de propiedades junto a una línea férrea o impugnaba las facturas de una papelería o frutería popular del Corso[49], sufrían gustosas las inconveniencias de permanecer en un asiento de los tribunales durante horas para poder ver a la malvada e ingeniosa mujer, así como para escuchar su mordaz sarcasmo y su insuperable acumulación de pruebas. Sin embargo, sus familiares siempre habían desdeñado esta pasión, incapaces de ver que la duquesa representaba más claramente que ellos las cualidades que siempre habían caracterizado a la aristocracia.

Fue, pues, a esta mujer a la que nos enfrentamos cuando regresamos a medianoche para nuestra tercera cita del día en el antiguo palacio. La cena se sirvió en una sala aún más amplia y luminosa que las que hasta ese momento había visto. Al cruzar la inmensa puerta mis ojos se posaron sobre una extraña figura que de inmediato supe que había de ser una cabalista.

Una pequeña, oscura y fea mujer, que sujetaba un bastón entre las rodillas, me miraba fijamente con espléndidos y fieros ojos. Al observar el canesú que vestía, así como su cabeza con rasgos de águila, noté la presencia de sus joyas: siete amatistas gigantes y desiguales colgaban en torno al cuello en un cordón de oro. Me presentaron a esta bruja, quien inmediatamente, y por la más negra magia, lograba que uno simpatizara con ella. Al oír que Blair abandonaría Roma en poco tiempo, centró su atención en mí.

Permaneció sentada ante mí, haciendo resbalar el extremo de su bastón de forma nerviosa por el suelo, mordiéndose el labio superior y mirándome fijamente a los ojos. Se interesó por mi edad. Yo tenía veinticinco años.

Soy la duquesa d'Aquilanera, comenzó. ¿En qué lengua quiere que hablemos? Creo que lo haremos en inglés. No lo hablo bien, pero la conversación será sencilla. Así debe ser para que me comprenda perfectamente. Soy íntima amiga de *miss* Grier. He conversado con ella a menudo sobre un gran problema —una gran pena, mi joven amigo— que sucede en mi familia. De repente, hoy, a las siete en punto, me llamó por teléfono y me contó que había encontrado a alguien que podría ayudarme: se refería a usted. Ahora, escuche: tengo un hijo de dieciséis años. Es una persona importante porque es alguien… ¿Cómo lo dicen ustedes?… Es un personaje. Provenimos de una familia muy antigua. Nuestros antepasados han estado a la cabeza de Italia, todos y cada uno de ellos, tanto para los triunfos como para las dificultades. Ustedes no son muy partidarios de este tipo de grandeza en Estados Unidos, ¿verdad? Aunque usted habrá leído historia, ¿cierto? La Antigüedad y la Edad Media y esas cosas, ¿verdad? Usted debe de ser consciente de lo importantes que son las grandes familias… siempre lo han sido para… los países…

En ese momento manifestó nerviosismo, abrió varias veces la boca para hablar sin llegar a hacerlo y comenzó a realizar esos espléndidos gestos italianos que muestran dificultad, quizá futilidad, y resignación ante lo imposible. Me apresuré a asegurarle que tenía un gran respeto por los principios aristocráticos.

Quizá usted lo tenga y quizá no, dijo finalmente. Sea como sea, piense en mi hijo como un príncipe cuya sangre contiene la de todo tipo de reyes y miembros de la nobleza. Pues bien, debo ahora decirle que ha caído en malos hábitos. Algunas mujeres lo han atrapado y ya no lo reconozco. Todos nuestros chicos, en Italia, se comportan así cuando tienen dieciséis años, pero Marcantonio, oh, Dios, no sé qué es lo que le sucede y me voy a volver loca. Claro, que en Estados Unidos descienden todos de los

puritanos, ¿verdad?, y sus ideas son muy diferentes. Solo se puede hacer una cosa, esto es: tiene usted que salvar a mi hijo. Tiene que hablar con él. Tiene que jugar al tenis con él. Yo ya he hablado con él, el cura ha hablado con él y un buen amigo mío, un cardenal, ha charlado con él y, aun así, Marcantonio no hace más que ir a ese espantoso lugar. Elizabeth Grier defiende que la mayor parte de los chicos estadounidenses de la misma edad que usted son, sencillamente… de forma natural… buenos. Ustedes son *vieilles filles*, son tan moderados como no sabría decir qué. Es muy extraño, si es cierto, y supongo que no me lo creo; de cualquier modo, no es lo más acertado. Sea como sea, usted tiene que hablar con Marcantonio y hacer que se mantenga alejado de ese terrorífico lugar o, de lo contrario, me voy a volver loca. Mi plan es el siguiente: el próximo miércoles vamos a marcharnos una semana a nuestra hermosa villa en el campo. Es la más bella de toda Italia. Usted tiene que venir con nosotros. Marcantonio comenzará a admirarlo, usted puede jugar al tenis y practicar tiro y nadar y luego pueden tener largas conversaciones y puede usted salvarlo. Y bien, ¿hará esto por mí?, porque nadie se ha presentado ante usted con un problema tan grave como el que le presento yo hoy, ¿verdad?

En esto, repentinamente temerosa de que todos sus esfuerzos hubieran sido en vano, comenzó a hacer oscilar su bastón para atraer la atención de *miss* Grier. Esta había estado vigilándonos con el rabillo del ojo y vino a toda prisa. La duquesa explotó en un torrente de lágrimas, cubriéndose los ojos con su pañuelo de bolsillo: Elisabetta, habla con él. Oh, Dios mío, he fracasado. No quiere nada con nosotros y todo se ha perdido.

Yo estaba a caballo entre la furia y la risa y me limité a murmurar al oído de *miss* Grier: Estaré encantado de conocerlo, *miss* Grier, pero no puedo sermonear al chico. Me sentiría estúpido. Además, ¿qué iba a hacer yo toda una semana…?

Se lo ha planteado de forma incorrecta, respondió *miss* Grier. No digamos ni una palabra más esta noche sobre esto.

Entonces la Reina Negra comenzó a agitarse en su sillón con los movimientos que la preparaban para levantarse. Apoyó el bastón contra mi zapato para hacer palanca sobre el pulido suelo y se incorporó. Debemos rogar a Dios para encontrar otro medio. Soy una estúpida. No culpo al joven. No puede comprender la importancia de nuestra familia.

Nada de eso, Leda, respondió *miss* Grier en italiano con firmeza. Tranquilízate. Entonces, girándose hacia mí: ¿Le gustaría pasar un fin de semana en Villa Colonna-Stiavelli o no? No hay ninguna condición que lo

obligue a convencer al príncipe. Si le cae bien, le apetecerá, de cualquier modo, charlar con él, y si no le gusta, tiene permiso para dejarlo a su aire.

Dos cabalistas me estaban rogando que fuera a echar un vistazo a la más famosa villa del Renacimiento, la cual, por si fuera poco, estaba completamente cerrada al público y solo podía ser observada desde la carretera, a casi un kilómetro de distancia. Me giré hacia la duquesa y, con una prolongada reverencia, acepté su invitación, momento en el que ella besó el hombro de mi abrigo, murmuró con una hermosa sonrisa: *Christiano! Christiano!*, y, dándonos las buenas noches, se alejó tras realizar una leve inclinación.

Lo veré el domingo en Tívoli, dijo *miss* Grier, y le contaré todo al respecto.

Durante los siguientes días mi mente quedó atrapada bajo el temor de los dos compromisos que tenía ante mí: el fin de semana en Villa Horacio y la empresa misionera en Villa Colonna. Pasé el tiempo en casa, deprimido, leyendo un poco o dando largos paseos por los bajos fondos del Trastevere pensando en Connecticut.

El automóvil que vino a buscarme la mañana del sábado ya incluía a otro invitado. Se presentó como *monsieur* Léry Bogard y señaló que *mademoiselle* de Morfontaine se había ofrecido a enviar dos vehículos distintos, pero que él se había tomado la libertad de solicitar que fuéramos trasladados juntos, no solo porque cualquier compañía al cruzar la Campaña romana es mejor que ninguna, sino porque había oído mucho sobre mí que lo había llevado a creer que no nos resultaríamos desagradables. Contesté, con ese lenguaje en el que toda cortesía suena sincera, que la posibilidad de resultar agradable a tan distinguido miembro de la Academia Francesa, a tan reputado intelectual, era un honor mayor del que me atrevía a desear. Estas palabras iniciales no provocaron un enfriamiento de nuestro encuentro. *Monsieur* Bogard era un caballero frágil y anciano, vestido sin mácula. Su rostro estaba delicadamente tintado por las exquisitas lecturas y la comida cara, bermejo y violeta en torno a los ojos y con las mejillas de un tono ciruela pálido del que se elevaba el blanco marfil de la nariz y la barbilla. Sus maneras eran suaves y conciliatorias, expresadas fundamentalmente en el movimiento de los párpados y las manos, que aleteaban al unísono como pétalos a punto de lanzarse a volar con la brisa. Comenté dubitativo el placer que había obtenido de sus obras,

especialmente de aquellas páginas tan tenuemente impregnadas de malicia sobre la historia de la Iglesia. Pero en ese momento exclamó: ¡Ni las mencione! ¡Esas indiscreciones tempranas! ¡Horribles! ¡Qué no daría por retirarlas! ¿Puede haber llegado ese sinsentido hasta Estados Unidos? Debe hacer saber a sus amigos, joven, que esos libros no representan ya en absoluto mi actitud. Después de aquello me he convertido en un obediente hijo de la Iglesia y nada me aportaría más sosiego que saber que han sido quemados.

¿Qué debo decir a mis amigos que representa ahora su verdadera postura?, le pregunté.

¿Y para qué leerme en absoluto?, se lamentó con fingida tristeza. El mundo tiene ya demasiados libros. No leamos más, hijo. Busquemos algunos amigos agradables. Sentémonos en torno a una mesa (bien servida, *pardi!*) y charlemos de nuestra Iglesia y nuestros reyes y quizá de Virgilio.

Mi rostro debió de haber mostrado una señal de la asfixia que experimenté ante un plan de vida tal, puesto que *monsieur* Bogard volvió de nuevo a un tono impersonal. Las tierras que atravesamos ahora, comenzó, han conocido tiempos emocionantes… y se lanzó a una instructiva guía de viaje, como si yo fuera algún conocido estúpido o el hijo de su anfitriona, y como si él no fuera, ni jamás hubiera sido, un intelectual distinguido.

Al llegar a la villa fuimos recibidos por el mayordomo, quien nos mostró nuestras habitaciones. La casa había sido un monasterio durante muchos años y, al adquirirla, *mademoiselle* de Morfontaine había obtenido conjuntamente la iglesia colindante que aún atendía a los agricultores de la colina. Ella aseguraba que la vivienda era la misma que Mecenas entregó a Horacio: la tradición local así lo afirmaba; los cimientos eran del mejor *opus reticulatum* y la localización cumplía con los bastante vagos requerimientos de las alusiones clásicas; hasta las onomatopeyas servían de testigo, defendía nuestra anfitriona, que afirmaba que desde su ventana se podía oír literalmente el ceceo de la cascada:

«… *domus Albuneae resonantis*
et praeceps Anio ac Tiburni locus et uda
mobilibus pomaria rivis»[50].

Al amueblar su monasterio, nuestra anfitriona había combinado, como mejor había podido, un gusto por los efectos estéticos y un anhelo de

severidad. Villa Horacio era un largo y bajo edificio laberíntico, enlucido y sin ninguna gracia en sus líneas. Desordenadas rosaledas lo rodeaban, con senderos de gravilla intencionalmente descuidados y desportillados bancos de mármol. La entrada desembocaba en un largo vestíbulo en cuyo extremo varios escalones dirigían a una biblioteca. El vestíbulo estaba rodeado de puertas distribuidas a una distancia regular a ambos lados, puertas que comunicaban con lo que habían sido celdas y que habían terminado siendo unidas para formar salones de recepción. Muchas de estas puertas permanecían abiertas durante el día, con lo que el largo pasillo, enlosado con baldosas rojizas, quedaba iluminado por tiras de luz. El techo había sido artesonado y, como las puertas, estaba decorado con un toque verde oscuro y dorado, así como con ese rico rojo de ladrillo gastado que es el color de las baldosas napolitanas. Las paredes eran de un blanco amarillento, con la escayola empastada y desmigajada. La belleza de la panorámica, con la ilusión óptica de la distancia, la profundidad y la luminosidad de la biblioteca, contemplada como un gran pozo verde y dorado en el extremo, reflejaba ese sentido del equilibrio y la imaginación táctil como hace la perspectiva en las pinturas de Rafael, cuyo encanto se dice que reside en ese secreto. A la izquierda se encontraban los salones de recepción, con una alfombra monocroma y las paredes pobladas de hornacinas y obras del Renacimiento temprano, mientras que inmensos candelabros, jarrones con flores y mesas cubiertas de brocados, cristales y joyas sin tallar aliviaban la severidad de las sobrecargadas paredes. Hacia el final del vestíbulo, a la derecha, se elevaban unos escalones hacia el refectorio, la habitación más desnuda de la casa. Durante el día el refectorio era un ocasional salón de reuniones sin propósito. El almuerzo era un asunto insignificante en la villa; lo más adecuado era ahorrar la conversación para la cena; en el almuerzo apenas se miraba a los demás comensales, se comentaban las últimas lluvias y la próxima sequía o cualquier asunto que no aludiera ni mínimamente a las devoradoras pasiones de la casa: la religión, la aristocracia y la literatura. La belleza del refectorio era una mera cuestión de iluminación y, a las ocho en punto, se revelaba la auténtica grandeza de la sala, que residía en la fuente de luz de color vino amarillento que bañaba el mantel rojo, los platos verdes con escudo heráldico, la plata y el oro, las copas, los vestidos y los adornos de los invitados, las cintas embajatorias, los violetas pontificios y el pequeño ejército de lacayos vestidos de satén que aparecían de pronto como de ninguna parte.

La noche de mi llegada el cardenal fue el último en aparecer para la

cena y entró directamente al refectorio, donde lo esperábamos sin tomar asiento. Su expresión era benigna, incluso sonriente. Mientras bendecía la mesa, *mademoiselle* de Morfontaine permaneció arrodillada con su admirable vestido amarillo, mientras que *monsieur* Bogard apoyó una rodilla en el suelo y se ocultó los ojos con una mano. La bendición fue pronunciada en inglés, con un extraño texto descubierto por nuestro erudito invitado entre los restos literarios de cierto clérigo desilusionado de Cambridge.

Oh, pelícano de eternidad,
que tu corazón desgarras por nuestro alimento;
incapaces de conocer tu aflicción, somos nosotros, tus polluelos.
Bendice este oscuro y visionario alimento de sustancia,
cuyo último comensal será el gusano,
y aliméntanos en su lugar con la vital nutrición
de los sueñas y la gracia.

El cardenal, aunque en perfectas condiciones físicas y mentales, aparentaba sus ochenta años. La expresión de seca serenidad que jamás abandonaba su amarillento rostro, con su colgante bigote y puntiaguda barba, le confería el aspecto de un sabio chino que hubiera vivido un siglo. Era hijo de agricultores de las llanuras entre Milán y Como, y había comenzado su educación en manos de los sacerdotes locales, quienes pronto descubrieron en él a un verdadero genio para la latinidad. Progresó de colegio en colegio obteniendo en su avance todos los premios que los jesuitas podían ofrecer. La atención de un amplio conjunto de eclesiásticos influyentes se dirigió gradualmente hacia él y, alcanzada su graduación del gran colegio de la plaza de Santa María sobre Minerva[51] (en la que presentó una tesina de un brillo e inutilidad sin parangón sobre los cuarenta y dos casos en los que el suicidio es permisible y las doce circunstancias en las que un sacerdote puede tomar las armas sin riesgo de homicidio), le ofrecieron elegir entre tres grandes carreras. Los detalles de cada una se habían preparado bajo los más altos auspicios: podría convertirse en un predicador de moda, en uno de los cortesanos-secretarios del Vaticano o en un instruido profesor y argüidor. Para sorpresa y dolor de sus profesores, repentinamente anunció su intención de proseguir un camino que para ellos significaba ruina: se pronunció a favor de las misiones. Sus padres adoptivos se enfurecieron, sollozaron y pidieron al cielo que ejerciera de testigo ante

su ingratitud, pero el chico no estaba dispuesto a escuchar nada que no estuviera relacionado con el puesto más peligroso de la Iglesia en China Occidental. Hacia dicho destino partió llegado el momento sin apenas bendición alguna de sus profesores, que habían ya desviado su atención hacia estudiantes más dóciles si bien menos brillantes. Soportando incendios, hambre, disturbios e incluso tortura, el joven sacerdote trabajó durante veinticinco años en la provincia de Sichuan. Esta fiebre misionera, no obstante, no emanaba por completo de la piedad. El chico, consciente del gran potencial desatado en su interior, había sido insolente y despectivo a lo largo de su juventud con sus profesores y compañeros. Conocía y desdeñaba a todo tipo de clérigo que pudiera encontrarse en Italia; nunca había visto que estos hicieran algo de forma adecuada, por lo que soñaba con un campo de trabajo en el que no tuviera que rendir cuentas ante ningún estúpido. En todo el reino de la Iglesia existía únicamente una región que concordara con sus requisitos; un mes de viaje en rudimentarios carros separaba a un sacerdote del siguiente en Sichuan. Una vez allí, tras un naufragio, algunos meses de esclavitud y otras experiencias que nunca relató pero que llegaron a ser conocidas a través de sus colaboradores nativos, se estableció en una posada, se vistió en consonancia con los hábitos locales, se dejó crecer una trenza y vivió entre sus vecinos durante seis años sin mencionar su fe. Pasaba el tiempo estudiando la lengua, los clásicos, el comportamiento de sus vecinos, congraciándose con los funcionarios locales e identificándose tan a la perfección con la vida diaria de la ciudad que acabó por perder el aroma a extranjero. Cuando finalmente comenzó a anunciar su misión a esos comerciantes y funcionarios en cuyas viviendas se había convertido en visitante casi diario, su trabajo avanzó con presteza. Quizá el mayor de todos los misioneros de la Iglesia desde la Edad Media, caminó una senda que estaba destinada a conmocionar Roma profundamente. En cierto modo, alcanzó una armonización de la cristiandad y las religiones e ideas aceptadas en China únicamente comparable con esas atrevidas lecturas que Pablo descubrió en su culto palestino. Tan sutiles fueron las adaptaciones del sacerdote que jamás se les ocurrió a sus primeros conversos que estuvieran repudiando su vieja fe, hasta que, después de veinte sermones, les demostró lo lejos que habían llegado y lo carbonizados que estaban los puentes que descansaban tras ellos. Una vez los hubo bautizado, no obstante, podía darles poco más que el más amargo pan para comer: los cimientos de su catedral descansaban directamente sobre una veintena de tumbas de mártires, pero una vez

construida no sufrió más asaltos y creció lenta e irresistiblemente. Finalmente, la mera estadística hizo lo que la envidia no podía evitar y fue nombrado obispo. A la conclusión de su decimoquinto año en Oriente regresó a Roma por primera vez y fue recibido con fría aversión. Su salud se había visto parcialmente mermada y le concedieron un año de reposo, durante el que trabajó en la biblioteca vaticana en una investigación no relacionada en absoluto con China: la Donación de Constantino[52]. Esto fue considerado escandaloso para un misionero y, cuando se publicó, su erudición y objetividad le granjearon la indiferencia de los revisores eclesiásticos. Fue tratado con condescendencia por los cortesanos del Palacio; mediante insinuaciones le mostraron su idea acerca de la gran creación que había logrado en China Occidental: un salón de encuentro de una altura hecho de adobe y una congregación de mendigos que simulaban la conversión para lograr algo de alimento. No se molestó en describirles la catedral de piedra con dos extrañas pero elevadas torres, el amplio pórtico, las aulas, la biblioteca y el hospital; las procesiones en días festivos ondeando estridentes aunque ardientes pancartas al entrar en la gran caverna de la iglesia y cantando el más correcto gregoriano; tampoco las concesiones gubernamentales, las exenciones tributarias, el respeto militar durante la revoluciones y la cooperación de la ciudad.

Terminó regresando, de muy buena gana, para enterrarse durante otros diez años en el remoto interior de China. Su visita a Roma no había alterado su actitud adolescente hacia los clérigos. Había oído extrañas historias sobre sí mismo: cómo había amasado una inmensa fortuna aceptando sobornos de los comerciantes chinos, cómo había interpretado la expiación en términos budistas y había permitido estampar símbolos paganos en la propia hostia.

Los honores eclesiásticos que con el tiempo le llegaron tuvieron que ser extrañamente merecidos, puesto que se produjeron sin negociación por su parte ni de sus amistades. Sus meros logros debieron de haber saltado tan a la vista en el Vaticano que allí debieron de sentir que les arrancaban de las manos los trofeos que acostumbraban a otorgar solo ante la recepción de peticiones cargadas con diez mil firmas o a instancias de la riqueza y el poder. Para recibir estas nuevas distinciones, el obispo regresó a Roma de nuevo después de una ausencia de diez años. Esta vez pretendía permanecer en Italia, habiendo decidido que en adelante su trabajo sería mejor realizado por los propios nativos. Los eclesiásticos asistieron a su retorno con considerable agitación, ya que, si regresaba como erudito ansioso de debates

doctrinales, temían ver expuesta su carencia de interés o preparación; si regresaba como crítico de la Propaganda, estaban todos en peligro. Lo vieron asentarse con dos sirvientes chinos y una ridícula campesina a la que insistía en llamar su hermana en una pequeña vivienda, un *villino*, en el Janículo[53], unirse a la Sociedad Arqueológica Papal y dedicarse a la lectura y a la jardinería. Pasados cinco años, su retiro se había convertido en una vergüenza aún mayor para la Iglesia de lo que lo pudieran haber sido sus panfletos. Su fama entre los papistas afincados fuera de Roma no conocía límites; todo visitante distinguido se dirigía inmediatamente desde la estación a conseguir que le presentaran al recluso del Janículo; el mismo Papa acabó siendo puesto un tanto a prueba por el entusiasmo de los visitantes, que imaginaban que Su Santidad no disfrutaba nada tanto como discutir el trabajo, la enfermedad y la modestia del constructor de catedrales de China. Los católicos ingleses, estadounidenses y belgas, que no comprendían la exquisita sutileza de estas cuestiones y que había que dejarlas estar, continuaban reclamando: ¿Por qué no se hace algo por él? Rechazó humildemente el puesto de bibliotecario honorario en el Vaticano, pero su negativa no fue aceptada y su nombre coronaba la imprenta; lo mismo sucedió con los grandes comités de la Propaganda; no acudía a las reuniones, sin embargo, ningún discurso fue tan influyente como los rumores sobre palabras casuales que se desprendían de la conversación con sus discípulos en su vivienda, el *Villino* Wei Ho. La propia falta de ambición atemorizaba a los eclesiásticos; suponían que debía de provenir de una emoción similar a la que mantuvo a Aquiles enfurruñado en su tienda, y estaban horrorizados ante la idea de la llegada del momento en el que terminaría por levantarse, blandiendo su poderoso prestigio, para aplastarlos por los honores que le escatimaban. Finalmente le ofrecieron la birreta, lo hizo un comité del Colegio incapaz de dejar de temblar ante la idea de que la rechazara. En esta ocasión aceptó la oferta y cumplió con los formalismos con un rígido decoro y con una observancia de las minucias tradicionales que hubo de ser profusamente explicada a sus compañeros hiberno-estadounidenses.

Sería difícil decir cuáles eran sus pensamientos en aquellas limpias mañanas en que se sentaba entre sus flores y conejos, con un tomo de Montaigne que se había caído al camino de grava desde el taburete situado a su lado, cuáles eran sus pensamientos cuando se miraba las amarillas manos y oía la susurrada excitación del Acqua Paola[54] exclamando su eterna alabanza de Roma. Debía seguramente de haberse preguntado a

menudo en qué año desaparecieron su fe y su felicidad. Algunos decían que había trabado amistad con un converso que había recaído en el paganismo; otros aseguraban que un día, siendo torturado por unos bandidos, había renunciado al cristianismo para salvar su vida. Quizá se trataba únicamente de que había intentado la más difícil tarea del mundo y, después de todo, no la había encontrado tan compleja; que había reflexionado sobre la inmensa fortuna que podría haber acumulado en el mundo financiero destinando la mitad de la energía y una décima parte de su talento; que era la única persona viva que podía escribir en un latín que hubiera hechizado a quienes compartieron siglo con Augusto; que era el último hombre capaz de mantener en su cabeza por un instante todo el saber de la Iglesia; y que era consciente de que para convertirse en Príncipe de la Iglesia no se requería más que una devota indiferencia hacia los trabajos de esta. Reflexionando sobre estas cuestiones podría haber sentido que el mundo no merecía el atronador aplauso y la admiración que tan continuamente ascendía al cielo en su alabanza. Quizá cualquier otra estrella merece en mayor medida el esfuerzo.

Concluida la bendición, la cena no podía comenzar hasta que el cardenal supiera del paradero de Alix. ¿Pero dónde está Alix?

Alix siempre llega tarde.

¿Estás segura de que vendrá?

Llamó esta tarde, decía…

¿No es una vergüenza por su parte? Llega jadeando cuando la cena está casi acabada y entonces se disculpa. Padre, es demasiado amable con ella. Siempre la perdona inmediatamente. Tiene que mostrarse contrariado.

Todos debemos parecer contrariados.

Que todo el mundo parezca enojado cuando Alix entre.

Había asumido que la conversación de la Cábala *in camera* sería vertiginosa. Si bien anticipaba el ingenio y la elocuencia de su comunicación de sobremesa, también temía su gradual descubrimiento de que a mí me había comido la lengua el gato o era un tanto estúpido. Cuando, por tanto, la conversación se inició, tuve sentimientos encontrados al descubrir que no se diferenciaba de la de una cena festiva a orillas del Hudson. Aguarda, me dije, irán entrando en calor. O quizá es mi presencia la que evita que alcancen su mejor nivel. Recordé la tradición literaria según la cual los dioses de la Antigüedad no habían muerto, sino que continuaban

vagando por la tierra, desprovistos de la mayor parte de su gloria: Júpiter, Venus y Mercurio extraviados por las calles de Viena como músicos itinerantes o recorriendo la Francia meridional como jornaleros. Los conocidos casuales serían incapaces de percibir su carácter sobrenatural; los dioses tendrían buen cuidado de atenuar sus talentos, pero una vez que el extraño se hubiera marchado, dejarían a un lado su incómoda humanidad para relajarse con las reflexiones de su antigua divinidad. Me dije que yo era el obstáculo, que estos olímpicos parlotearían y bromearían durante un tiempo, y tras mi marcha el aire cambiaría… qué divina conversación…

Finalmente apareció su Alix, la princesa d'Espoli, resollando y alterada por las disculpas. Se arrodilló ante el zafiro del cardenal. Nadie pareció mínimamente contrariado. Los mismos sirvientes sonreían. Conoceremos mucho más sobre la princesa más tarde; baste saber que era una francesa de lo más pequeña y elegante, con el pelo rubio, hermosa y dotada de un talento para la conversación en el que cada matiz de inteligencia, humor, patetismo y hasta capacidad trágica se seguían en inmediata sucesión. Instantes después estaba deleitando a la compañía con todo un sinsentido acerca de un caballo que había comenzado a hablar en el monte Pincio y los esfuerzos de la policía por reprimir tal aberración de la naturaleza. Al saludarnos murmuró rápidamente: *Miss* Grier me pidió que le transmitiera que llegará en torno a las diez y media.

Tras la cena, *madame* Bernstein tocó el piano un rato. Era aún la autoridad tras la gran familia alemana de banqueros. Sin siquiera presentarse en los despachos de sus hijos o en las reuniones de los directores, todavía tomaba todas las grandes decisiones de la compañía mediante secos comentarios durante ciertas cenas, a través de posdatas en sus cartas y con guturales mandatos a la hora de desear las buenas noches. Disfrutaba con la sensación de haberse retirado de la dirección: toda su vida adulta había sido destinada a una magnífica exhibición de don de mando e imaginación financiera, sin embargo, era incapaz de mantener la mente alejada de los problemas bancarios. La pertenencia a la Cábala estaba comenzando a reconciliarla con su avanzada edad y sumiéndola cada vez más en su amor por la música.

Siendo niña había escuchado a menudo a Liszt y a Tausig[55] en la casa familiar de su madre; a fuerza de jamás interpretar a Schumann o Brahms, había preservado sus dedos de plata y cristal, e incluso entonces, prácticamente alcanzada la vejez, evocaba la gran época de los virtuosos, un tiempo en el que la orquesta no había conducido la técnica pianística hacia

una desesperada imitación de los instrumentos de metal y cuerda. *Mademoiselle* de Morfontaine descansaba sentada sosteniendo en la palma de la mano el hocico de uno u otro de sus espléndidos perros. Tenía los ojos bañados en lágrimas, pero si estas eran la superficial muestra de su naturaleza medio loca o testigos de recuerdos recuperados al sonido de la sonata de Chopin, era imposible saberlo. El cardenal se había retirado temprano y la princesa permanecía en la sombra, no escuchando la música, sino persiguiendo algunos de los fantasmas que poblaban su hermética mente.

Apenas había terminado de ejercitarse el batallón con sus banderas en el sol invernal del último movimiento cuando un sirviente me susurró al oído que el cardenal deseaba verme.

Lo encontré en la primera de las dos pequeñas habitaciones que le habían sido destinadas. Estaba escribiendo una carta, erguido ante uno de esos elevados escritorios conocidos por los escribanos dickensianos y los iluminados de la Edad Media. Recibiría posteriormente muchas de estas famosas cartas, nunca por encima ni por debajo de las cuatro páginas de longitud, siempre alcanzando una sorprendente finura, nunca demasiado ingeniosas o intensas y, no obstante, siempre impregnadas de inicio a fin de la valía mental de su pluma. Si bien se trataba de rechazar una invitación, sugerir una lectura de la obra de Freud sobre Leonardo o aconsejar sobre la alimentación de los conejos, siempre la primera oración anticipaba la última y, como en un movimiento de la música de cámara de Mozart, el conjunto al completo descansaba bajo un mismo ánimo en el que la perfección de los detalles estaba al servicio de la perfección de la forma. Me sentó en un sillón sobre el que incidía toda la luz que entraba en la habitación, concediéndose él una tenue sombra.

Comenzó diciendo que había oído que yo iba a vigilar un tiempo al hijo de *donna* Leda.

Me acaloré y las palabras se me trastabillaron en un esfuerzo por defender que nada podía garantizar, que me mostraba sumamente reticente y que conservaba el derecho a retirarme en cualquier momento.

Déjeme que le hable sobre él, comenzó. Quizá debería primero decir que yo soy algo así como un viejo tío de la familia, además de su confesor desde mucho tiempo atrás. Bueno… este Marcantonio. ¿Qué podría decir? ¿Lo ha conocido?

No.

El chico está colmado de buenas cosas. El… él… colmado de buenas

cosas. Quizá este es su problema. Dice que aún no lo ha conocido, ¿verdad?

No.

Todo pareció comenzar bien. Era buen estudiante. Hizo muchos amigos. Actuaba de forma particularmente adecuada en los ceremoniales que su posición requiere, su presencia en la corte y en el Vaticano. Su madre estaba un tanto nerviosa por sus disipaciones propias de adolescentes. Ella tenía a su padre en mente, me temo, y quería que el chico las superara lo antes posible. *Dorna* Leda es una mujer más ingenua de lo habitual. Se mostró encantada cuando el chico se trasladó a su propio apartamento en la vía Po y comenzó a ser muy hermético con respecto a este.

En ese momento el cardenal se mostró dubitativo de nuevo, quizá sorprendido por su propia incomodidad. Finalmente, no obstante, tomó nuevamente las riendas con renovada determinación y dijo: Y entonces, mi querido joven, algo se torció. Pensamos que atravesaría las experiencias habituales de un joven romano de su clase y saldría indemne. Pero nunca salió. Quizá usted sea capaz de decirme por qué este joven no podía haber tenido sus cinco o seis pequeñas aventuras y haberlas superado.

Mostré no ser el más indicado para responder a esta cuestión. De hecho, estaba tan sorprendido ante las cinco o seis pequeñas relaciones en un chico de dieciséis años, que todo lo que podía hacer era mantener una expresión natural. No quería por ningún medio parecer sorprendido y traté de expresar alzando una ceja que el chico podía tener una veintena si le apetecía.

Marcantonio, continuó el eclesiástico, salía con un grupo de chicos mayores que él. Su más ferviente anhelo era ser como ellos. Puede imaginárselos en las carreras, en los musicales, en la corte, en los salones de té y en los vestíbulos de los hoteles. Vestían monóculos y sombreros estadounidenses, y lo único de lo que hablaban era de mujeres y de sus propios éxitos. Esto… quizá debería comenzar por el principio.

Se produjo una pausa.

Fue iniciado (quizá tendría que utilizar una palabra más contundente) en el lago Como. Solía jugar al tenis con unas chicas suramericanas muy cálidas, herederas de Brasil, creo, para quienes no había secretos. Supongo que nuestro Tonino sencillamente pretendía hacerles un par de tímidos cumplidos, un beso repentino bajo los laureles. Pero pronto se vio con una pequeña… algo como un derroche rubensiano en sus manos. Bueno, comenzó como una imitación de sus amigos mayores. De la imitación pasó

a un ejercicio de vanidad. Lo que era vanidad se convirtió en placer. El placer se hizo hábito. El hábito pasó a manía. Y ahí es donde se encuentra ahora.

Hubo una nueva pausa.

Usted debe de haber oído cómo ciertas personas dementes se vuelven enormemente inteligentes… es decir, se hacen taimadas y reservadas… intentando ocultar sus delirios de sus custodios. Sí… y tengo entendido que los niños despiadados realizan proezas de duplicidad propias de los criminales más expertos, en un esfuerzo por ocultar sus travesuras a sus padres. ¿Ha oído estas cosas? Bueno, pues ahí es donde Marcantonio está ahora. ¿Qué se puede hacer? Algunas personas dirían que debemos dejarlo tranquilo y que termine por hartarse él mismo. Quizá tengan razón, pero nosotros preferiríamos interponernos antes, si es posible. Especialmente ahora que se ha producido un nuevo avance en la historia.

Mi estado de ánimo en ese instante estaba absolutamente en contra de nuevos avances. En la distancia podía oír que *madame* Bernstein había retomado su Chopin. Habría dado casi cualquier cosa por tener la capacidad de ser lo suficientemente maleducado como para lanzarme hacia la puerta y desear las buenas noches a mi anfitriona, una despedida con todas sus letras del consentido principito y de su madre.

Sí, continuó el cardenal, su madre ha encontrado finalmente un matrimonio adecuado para él. Por supuesto, ella no cree que exista una familia en el mundo que pueda otorgar una nueva distinción a las que ya posee, pero ha encontrado una chica con un apellido ilustre y cierto capital, y espera que yo haga el resto. Sin embargo, los hermanos de la chica conocen a Marcantonio. Pertenecen al grupo que le describía antes. Se niegan a permitir el matrimonio hasta que Marcantonio haya, esto… estado quietecito un tiempo.

En ese momento mi rostro debió de mostrar una abundante mezcla de terror, diversión, rabia y estupefacción, puesto que el cardenal quedó perplejo. Nunca sabes lo que sorprenderá a un estadounidense, pensó posiblemente.

No, no. Discúlpeme, padre. No puedo, no puedo.

¿A qué se refiere?

Ustedes quieren que me marche al campo y lo tenga maniatado durante unas cuantas semanas de moderación. No comprendo cómo pueden sugerir algo así, pero lo hacen. El semejante un ganso al que quieren atiborrar de virtud, ¿verdad?, para su matrimonio. ¿Es que no ve…?

¡Exagera!

Discúlpeme si mis palabras suenan groseras, padre: es evidente que no pudo impresionar al chico… usted no creía en lo que estaba diciendo. Usted no cree realmente en la moderación.

¿Creer en la abstinencia? Por supuesto que creo en ella. ¿Acaso no soy sacerdote?

¿Entonces por qué no hacer al chico…?

A fin de cuentas, ¡este es el mundo en el que estamos!

Me dio la risa. Solté un alarido en forma de carcajada que habría resultado un insulto si no hubiera contenido un toque de histeria. Oh, alabado sea, querido padre Vaini, me dije. Alabado sea por esas palabras. Cómo explica toda Italia, toda Europa. *Nunca tratar de hacer nada en contra de las inclinaciones de la naturaleza humana*. Yo provengo de una colonia guiada exactamente por el principio opuesto.

Discúlpeme, padre, pronuncié. No puedo hacerlo. En toda circunstancia me sentiría un terrible hipócrita hablando con el chico. Pero sabiendo que se trata únicamente de una medida para hacer que se comporte bien durante uno o dos meses, me sentiría diez veces más hipócrita. No es discutible, se trata sencillamente de la forma en que uno se siente. Debo decirle a *miss* Grier que no puedo visitar a su amiga. Llegará aquí a las diez y media. Si me disculpa, debería acercarme ahora para saludarla en el salón de música.

No se enfade conmigo, hijo. Quizá usted tiene razón. Quizá no creo en estas cosas.

Apenas había regresado al salón de música con la sublevación impresa en pleno rostro cuando la princesa d'Espoli se me aproximó. Con esa telepatía que la Cábala utilizaba para sus asuntos, supo de inmediato que tendría que convencerme de nuevo. Me hizo sentarme a su lado y, con la más breve expresión de esos dones de súplica y encanto para los que solo ella tenía el secreto, obtuvo mi promesa. En dos minutos había hecho parecer lo más natural del mundo que yo hiciera el papel de severo hermano mayor de un talentoso aunque descarriado amigo suyo.

Y como ordenado por algún invisible director de escena, *miss* Grier entró en la habitación.

¿Qué tal? ¿Qué tal?, dijo arrastrando sus ropajes bermellones por el embaldosado para acercarse hasta mí. No adivinará quién me ha traído hasta aquí. Tengo que darme prisa. El coro de Letrán vendrá para cantarme a Palestrina en torno a las doce… quizá conozca usted los motetes del

Cantar de los Cantares, ¿no? Marcantonio me trajo aquí. Le encantan los coches potentes; y como su madre no puede darle uno, lo dejo jugar con el mío. ¿Puede salir usted ahora a conocerlo? Es mejor que coja su abrigo. ¿Le gustan los paseos nocturnos?

Me guio hasta la carretera donde, detrás de dos faros cegadores, un motor murmuraba impaciente. Antonino, gritó ella. Este es un amigo estadounidense de tu madre. Enséñale el coche durante media hora, ¿te parece? No matéis a nadie.

Un increíblemente delgado y resuelto pequeño dandi, con el aspecto preciso de sus dieciséis años y ojos negros y brillantes, se inclinó rígidamente ante mí en la tenue luz del interior del vehículo. Los príncipes italianos no se levantan cuando se aproximan las damas.

No dañes el coche ni a mi amigo, Marcantonio.

No.

¿Adónde iréis?

Pero decidió no responder y el excitado motor ahogó las preguntas de la dama. Durante diez minutos permanecimos en silencio mientras la carretera avanzaba bajo la luz de los faros. Tras una angustiosa lucha con su propio egoísmo, don Marcantonio me ofreció tomar el volante. Una vez le aseguré de que nada me alteraría más, se dedicó a conducir con una concentración casi voluptuosa. Mostró amables deferencias hacia pendientes y esquinas, tomó pronunciados descensos *cantabikmente* e interpretó *scherzi* sobre el empedrado. El perfil de los montes Albanos destacaba ante las estrellas que, como un enjambre de abejas doradas, recordaban a ese altivo Barberini que había declarado que el mismo cielo era el escudo de armas de su familia. En las granjas todas las luces estaban apagadas, aunque ocasionalmente atravesábamos un pueblo cuyo estanco mostraba un farol y a un grupo de amantes de los juegos de cartas. Más de un alma insomne en esas inmensas camas familiares debió de girarse, santiguándose, ante el susurrante silbido de nuestro paso.

Finalmente, no obstante, el conductor optó por conversar. Me hizo muchísimas preguntas sobre Estados Unidos. ¿Podía uno lanzarse a la vida del Salvaje Oeste de buenas a primeras? ¿Había muchas ciudades tan grandes como Roma? ¿Qué lengua se hablaba en San Francisco? ¿Y en Filadelfia? ¿Dónde se entrenaban nuestros atletas para los Juegos Olímpicos? ¿Se permitía al público asistir a los entrenamientos? ¿Sabía yo algo de todo esto? Le contesté que en el instituto y la universidad era inevitable adquirir ciertas nociones sobre deporte y entrenamiento.

Entonces él anunció que había ordenado a los jardineros de Villa Colonna que construyeran una pista de atletismo, hecha con cenizas y dotada de vallas, foso, vestuarios y curvas peraltadas. Y que la íbamos a utilizar todas las mañanas. Se imaginaba a sí mismo cubriendo distancias increíbles en un tiempo inaudito. Me esbozó un plan, según el cual, bajo mi dirección, comenzaría corriendo una milla cada mañana y añadiría media milla diaria durante semanas. Esto se prolongaría unos años y terminaría por estar preparado para participar en los Juegos Olímpicos de París en 1924.

En mi cabeza los nervios vinculados a la capacidad de sorpresa se mostraban un tanto cansados últimamente, con *mademoiselle* de Morfontaine y su concilio ecuménico, el cardenal y su tolerancia, *miss* Grier y sus cereales. Pero he de confesar que recibieron un considerable sobresalto cuando este espíritu frágil y vacío anunció su candidatura al récord mundial de la larga distancia. No sin malicia, comencé a subrayar los sacrificios que tal ambición requeriría. Mencioné la dieta y los madrugones correspondientes; los aceptó encantado. Pasé después a esas abnegaciones que lo afectarían más profundamente, y entonces, con creciente exaltación, casi con celo religioso, se comprometió a toda abstinencia. El hecho de que yo quedara estupefacto muestra mi inmadurez. Pensé estar asistiendo a una magnífica conversión. Me dije que el chico quería que lo salvaran, que estaba enrolando fuerzas externas que pudieran protegerlo de su debilidad y que esperaba encontrar en el atletismo una liberación de la desesperanza.

Al regresar a la villa encontramos a los invitados aún escuchando música. Cuando entramos en el salón todos los ojos se giraron hacia nosotros y supe que en aquel instante la Cábala había dejado de lado toda actividad y se dedicaba a un único fin: el rescate del hijo de *donna* Leda.

Cuando llegué a mi apartamento en Roma encontré varias notas de un tal señor Perkins, de Detroit, un industrial de éxito que había cruzado el océano conmigo. Perkins, en Italia por primera vez, estaba decidido a verla en todo su esplendor. No había colecciones de pintura lo suficientemente privadas como para que él no lograra garantizarse una carta de invitación; sabios tan ocupados que no pudieran servirle de cicerones; las audiencias que logró con el Papa fueron, tal y como él las describió, «superespeciales»; las excavaciones arqueológicas todavía cerradas al público sufrieron su decepcionada contemplación. Alguna secretaria de la embajada debió de haberle mencionado que yo había ya establecido un puñado de relaciones personales en Italia, puesto que ahí estaban esas notas suyas recordándome que quería conocer a verdaderos italianos. Quería ver cómo eran en sus

propias casas y esperaba que yo le mostrara a algunos. Recuerda, verdaderos italianos. Le respondí inmediatamente que todos los italianos que conocía eran medio franceses o medio estadounidenses, pero le aseguré que en cuanto lograra realmente aislar a un nativo, los presentaría. Añadí que me marchaba al campo, aunque regresaría en una semana o dos y veríamos qué se podía hacer.

Y al campo me marché, tras pasar la mayor parte del día en el automóvil que conducía el propio Marcantonio. Su entusiasmo por el atletismo no se había abatido en modo alguno; de hecho, parecía verse fortalecido por momentos, probablemente debido a ciertos paréntesis en el programa de entrenamiento. La tarde ya consumía sus últimos minutos y una roja puesta de sol se filtraba a través de una oscuridad azulada cuando cruzamos las grandes puertas de acceso a la finca. Cruzamos primero un robledal; más tarde, un largo kilómetro de pastos abiertos con algunas aceleradas ovejas; después, un pinar con un arroyo; las casas de labranza entre una nube de palomas; una terraza elevada con buena perspectiva sobre las fuentes; y, finalmente, el *casino* con la Reina Negra arrastrando su vestido de sarga cubierto de polvo a lo largo del camino de conchas marinas molidas. Poco tiempo hubo para admirar la fachada marrón anaranjada de la villa, salpicada de guirnaldas que se deshacían a causa del sol y la lluvia, o el famoso friso de las mujeres de los poemas de Ariosto, recuerdo de los días en los que el papa Silvestre Manoizquierda[56] alojó allí su academia e inventó el soneto silvestrino. Lo único que podía hacer era ocultar mi placer ante el descubrimiento de que viviría a la luz de las velas en habitaciones que, aunque habían sido burdamente copiadas en cientos de ocasiones en Long Island, eran aquí la secreta vergüenza de sus propietarios. El ideal de residencia de mis anfitriones era un hotel en los diques del Támesis y se limitaban a susurrar disculpas por las enormes habitaciones a las que fui dirigido y en las que quedé paralizado, perdido en ensoñaciones de anticuario, hasta que Marcantonio llamó a mi puerta para convocarme para la cena.

En la mesa me presentaron a *donna* Julia, la hermanastra de Marcantonio, y a una solterona, prima de la familia, siempre presente, siempre en silencio, si bien sus labios nunca cesaban de moverse, como hacen los de los solitarios, siguiendo sus pensamientos. Como todas las chicas de su clase, *donna* Julia nunca había estado sola más de media hora

en toda su vida. Su inmenso talento para la malicia había sido atajado a cada paso y se había visto obligado a obtener refugio en sus ojos. Nunca le habían permitido leer nada más incendiario que las comedias de Goldoni[57] o *I Promessi Sposi*[58], pero adivinaba el mundo como una entidad criminal y, cuando llegó el momento en que el matrimonio le abrió repentinamente las puertas a toda libertad, decidió desempeñar su papel en él. *Donna* Julia era un tanto rígida, casi fea a causa de su penetrante y siniestra mirada. Se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo, no mostró la más mínima curiosidad por mí y parecía fundamentalmente ocupada en cazar la mirada evasiva de su hermano para sembrar en esta alguna idea importante y jovial.

La retirada de los presentes hacia sus aposentos era temprana en Villa Colonna. Sin embargo, Marcantonio, para quien mis comentarios más sencillos eran asombrosos, se detenía en mi habitación, donde conversábamos durante horas con algunas copas de *marsala*. No cabe duda de que su madre, percibiendo las visitas a través de la puerta entreabierta de su habitación, situada en el extremo contrario del vestíbulo, asumió con gran satisfacción que yo estaba aleccionándolo en cuestiones de higiene. Pero, especialmente al avanzar la semana, nos dedicamos fundamentalmente a un diagrama que mostraba día a día cómo había corrido el pequeño campeón y el tiempo empleado para ello.

Debió de ser al concluir una semana dedicada a estos quehaceres cuando, en una de nuestras tardías conversaciones, su cordialidad se transformó de pronto en desdén. Tras una semana de dedicación a cuestiones en absoluto sentimentales, llegó la hora de la revancha. A su mente regresaron en avalancha las imágenes de la pasión, de las que le apetecía alardear. Quizá percibió que el dominio de la pista de atletismo no era para él, y su egoísmo, sediento de todo superlativo posible, decidió reemplazarlo con un catálogo de los primeros premios que había logrado en otros estadios. Recordó a las chicas brasileñas bajo las pérgolas de Como. Me describió cómo había regresado a Roma después de esa iniciación, decidido a comprobar si el juego era tan sencillo como le había parecido. Sus ojos se habían abierto repentinamente a un mundo con el que no había soñado. ¡Así que era cierto que hombres y mujeres nunca estaban realmente dedicados a lo que parecían estar haciendo, sino que vivían en un mundo de secretas invitaciones, señales y evasiones! Ahora comprendía las cejas alzadas de las camareras y el roce de la mano del acomodador al abrir una de ellas el palco. No es un accidente que el viento traiga la bufanda de la

gran dama a tu rostro al salir por la puerta del hotel. Los amigos de tu madre cruzan el pasillo que conduce a los salones, pero no por casualidad. Descubría entonces que todas las mujeres son demonios, aunque estúpidos, y que él se había internado en la única verdadera y satisfactoria actividad vital: su persecución. Un instante exclamaba la facilidad de todo ello; al siguiente describía sus dificultades y sutileza. Por un momento versaba la uniformidad de sus debilidades y al otro la infinita variedad de sus temperamentos. A la postre presumía de su completa indiferencia y superioridad sobre ellas; conocía sus lágrimas, si bien no creía que realmente sufrieran. Dudaba de que tuvieran alma.

A sucesos que eran ciertos añadía otros que deseaba que lo hubieran sido. A su familiaridad con un rincón de Roma añadía, con los ojos de un quinceañero, la visión de una civilización en la que nadie pensaba en nada que no fueran caricias. Esta fantasía le llevó unas dos horas. Yo escuchaba sin pronunciar palabra. Debió de ser esto lo que mermó su regocijo. Había estado hablando para impresionarme. E impresionado estaba, sin duda; ningún oriundo de Nueva Inglaterra podría evitarlo; pero sabía que mucho dependía de que yo no lo mostrara. Quizá fue su repentina consciencia de que, vistas a través de mis ojos, estas aventuras no eran envidiables; quizá se trataba de que la marea negra de la contradicción le pisaba los talones a tal orgullo; quizá no era más que la verdad haciéndose espacio entre sus palabras ante su creciente fatiga… sea como fuere, aún restaban fuerzas para un estallido más: ¡Las odio a todas! Lo odio. No hay final para esto. ¿Qué puedo hacer? Cayó de rodillas junto a la cama y hundió su rostro en una esquina del colchón, con las manos febrilmente asidas al edredón.

Los sacerdotes y los médicos deben de oír a menudo el grito: «¡Sálveme! ¡Sálveme!». Yo estaba destinado a oírlo en boca de dos almas más antes de que mi año en Roma llegara a su fin. ¿Quién puede pensar que no es habitual?

Apenas recuerdo lo que pronuncié cuando finalmente llegó mi turno. Lo único que sé es que mi mente despertó a la cuestión con regocijo. Solo Dios sabe qué teólogos de Nueva Inglaterra me prestaron sus despiadados consejos. Me vi poseído por el vino de los puritanos y, alternando el vocabulario del Pentateuco con el de la psiquiatría, le mostré en qué lugares estaba errando su mente: le mostré en qué comenzaba a parecerse a su tío Marcantonio, un aviso nada irrelevante; le hice ver que incluso su interés por el atletismo era un síntoma de su desintegración; cómo era incapaz de fijar su mente en los intereses generales del hombre y cómo todo lo que

pensaba y hacía (humor, deporte, ambición) se le presentaban como símbolos de la lujuria.

Mi pequeña diatriba fue efectiva más allá de toda expectativa. Y lo fue por varias razones: en primer lugar, tenía la energía y la sinceridad que el puritano siempre es capaz de sumar para censurar esas actividades que no puede permitirse a sí mismo; no una demostración latina de gestos y lágrimas, sino el frío odio que deja pasmada al alma mediterránea. Por otra parte, todas mis palabras contaban ya con su oscuro equivalente en el interior del chico. Es el libertino y no el predicador quien concibe con mayor veracidad el ideal de pureza y firmeza, puesto que lo paga, moneda a moneda, con pesar, conscientemente, inevitablemente. Todas mis palabras acudieron a sumarse a las propias impresiones en la mente de Marcantonio. Aunque, ¿cómo podía yo saber que el chico había alcanzado recientemente ese nivel de fracaso en el que todo el ser reverbera, como con una campana de la desesperanza, con las palabras: nunca saldré de esta; estoy perdido? Así, descubrí más tarde que Marcantonio tenía una veta de delirio religioso en su interior, que durante un año se había visto alternando comunión y disipación, la exaltación de la primera traicionándolo hacia la segunda y la desesperación de la segunda conduciéndolo angustiado a la primera. Finalmente, en un ejercicio de pleno cinismo, tras asistir a sus tan frecuentes derrotas, llevaba varios meses sin acudir a misa. Todas estas razones sirven para explicar el efecto postrador que mi breve y rencoroso discurso había logrado. Se encogió sobre la alfombra rogándome que me detuviera, jadeando sus promesas de enmienda. Pero habiéndolo llevado hasta una convicción que quizá nunca volvería a alcanzar, consideré poco acertado dejarlo en paz. Aún me restaban reservas de indignación. Sin embargo, Marcantonio se arrodilló entonces llorando en la alfombra, cubriéndose las orejas con las manos y sacudiendo el húmedo rostro ante mí, cargado de pavor y súplicas. Me detuve y nos miramos fijamente el uno al otro, sombríamente, temblorosos a causa de nuestros distintos quebraderos de cabeza. Se marchó inmediatamente a la cama.

A la mañana siguiente parecía eterizado, de una materia casi transparente, por sus nuevas resoluciones. Caminaba a paso ligero y con un aire de humildad. No se mencionó en ningún momento la escena de la noche anterior, no obstante, sus miradas sobre la red de tenis implicaban una obediencia y una deferencia que eran más molestas que la insolencia. Después de jugar dos sets paseamos hasta la fuente más inferior y, recostado en el banco semicircular, durmió durante tres horas. Me parecía, mientras

observaba la mañana convertirse en mediodía y el sol penetrar su delgado cuerpo en la deliciosa fatiga que sigue a los arrebatos histéricos, me parecía que no sería precipitado considerar que podríamos haber logrado éxito. Soñaba despierto. De la terraza simétrica situada bajo el *casino* llegaba hasta nosotros el clic-clac de la podadera; desde el terreno donde el antiguo altar había estado ubicado, con forma de tambor y con un friso casi borrado, se oían los gritos de algunos seminaristas (a quienes se les había ofrecido la pequeña villa de la finca como residencia vacacional) que jugaban al fútbol con las sotanas remangadas por las rodillas; desde el pinar, las exclamaciones de dos pastores que descansaban mientras su rebaño avanzaba casi imperceptiblemente hacia la carretera situada en el extremo. La fuente ubicada frente a mí ofrecía sus variados sonidos: el zumbido de su chorro inicial y el tintineo del agua al caer de nuevo en el primer tazón; el redoble de tambores al rebosar este y caer el agua al siguiente; y la sonora locuacidad con la que el cuenco más bajo recibía todo lo que le llegaba desde los distintos niveles. Tácito descansaba sin ser leído sobre mi rodilla mientras mis ojos seguían a las lagartijas que aparecían y desaparecían vertiginosamente sobre la soleada gravilla, percibiendo su confusión cuando una repentina brisa acariciaba el sereno velo de la fuente y nos bañaba con una fina llovizna. La monotonía de la luz y el ruido del agua, los insectos y las palomas en las alquerías situadas a mi espalda, se combinaban para recordar esa trémula red de sonidos que los compositores modernos hacen vibrar sobre sus orquestas para despertar a la postre a los oboes en su gimoteante melodía en terceras.

Mientras descansaba sentado allí me trajeron una nota desde la casa. El señor Perkins, de Detroit, había oído que yo estaba en la villa y desde el hotel de la población vecina anunciaba su intención de visitarme, satisfecho por tener un pretexto para entrar en la villa más inaccesible de Italia. Garabateé en la parte posterior de su sobre que un acontecimiento desafortunado en la familia me impedía invitarlo a la casa por el momento.

Al calor del sol matutino lo había sucedido una tormenta y pasamos toda la tarde sentados en el interior. Marcantonio y *donna* Julia intentaban enseñarme el dialecto napolitano mientras la silente prima permanecía sentada a nuestro lado, profundamente escandalizada. Pero la lección pronto degeneró en una sutil y mordaz disputa entre los profesores. Se desarrolló fundamentalmente en rápidos paréntesis cargados de odio, completamente incomprensibles para mí, en su denso argot. El motivo por el que ella se burlaba de él solo lo puedo adivinar. Marcantonio perdía

invariablemente todas las lides; comenzó a gritar enfurecido. En dos ocasiones dio la vuelta a la mesa para golpearla; ella esperaba el golpe, irguiéndose zalamera y mirándolo con sus magnéticos ojos. Finalmente, Marcantonio me pidió que nos alejáramos de ella y subiéramos a la primera planta, y los dos se separaron como niños de siete años con un combate de muecas y una competición para ver quién pronunciaba el último insulto.

La guerra se reanudó después de la cena. La duquesa daba cabezadas junto a la chimenea; la prima murmuraba frente a ella. Y los dos niños permanecían en la sombra intercambiando improperios. Aquella curiosa disputa me hacía sentir extrañamente incómodo. Me disculpé y me marché a la cama. Lo último que vi fue un enfurecido golpe que Marcantonio dirigió al hombro de su hermana y el último sonido que oí fue el trémolo de la provocativa risa de ella mientras peleaban en la cómoda de madera tallada situada en un rincón. Me debatí entre dudas en la escalera: seguramente lo había imaginado; mi pobre cabeza enferma estaba repleta de la narrativa erótica de la semana; seguramente había imaginado la mezcla de amor y odio en esos golpes que eran caricias salvajes, y esa risa que era mitad desprecio y mitad invitación.

Pero no lo había imaginado.

En torno a las tres me despertó Marcantonio. Aún estaba vestido. Vertió sobre mi somnolienta cabeza un torrente de arremolinadas palabras en las que no distinguí nada más allá de una febril reiteración de la oración: Tenías razón. Entonces salió de la habitación tan abruptamente como había entrado.

¡Menuda suerte tuvo siempre el señor Perkins! Incluso aquel día, cuando sacó a relucir toda su determinación estadounidense y se coló en los jardines de la villa prohibida, ¿qué ángel guardián dispuso que había de verla con sus atributos más característicos? Sin duda, una vieja y adinerada villa italiana los suma cuando un príncipe muerto descansa entre los rosales. Cuando Frederick Perkins, de Detroit, saltó la valla en el aire cristalino de las siete de la mañana, descubrió a sus pies el cuerpo de Marcantonio d’Aquilanera, decimocuarto príncipe y decimocuarto duque de Aquilanera y Stoli, duodécimo duque de Stoli-Roccellina, marqués de Bugnaccio, de Tei, etc., barón de Spenestra, de Gran-Spenestra, señor de los Lagos Escientrianos; patrón de la magistratura de la orden de San Estéfano; príncipe asimismo de Altdorf-Hottenlingen-Craburg, elector intendente de

Altdorf-H-C.; príncipe del Sacro Imperio Romano, etc., etc.; chambelán de la corte de Nápoles; lugarteniente y primo de la familia pontificia; Orden de la Grulla (primera clase); muerto tres horas antes y con un revólver húmedo asido en la mano derecha.

LIBRO TERCERO

Alix

Los cabalistas asumieron la noticia de la muerte de Marcantonio con filosofía. El relato de lo sucedido que la afligida madre transmitió a *miss* Grier fue un derroche de malentendidos. Según ella, yo había obrado milagros; de hecho, fue lo repentino y meticuloso de la transformación del chico lo que hizo estragos en su salud. Ella, ¡ella!, era a quien había que culpar. Tendría que haber anticipado que no se podía esperar continencia de un simple muchacho; Marcantonio había enloquecido por un exceso de virtud para acabar pegándose un tiro por ser demasiado santo. Estas cosas están fuera de nuestro alcance, querida Leda, murmuró *miss* Grier. El cardenal no hizo comentario alguno.

La Cábala regresó a sus ocupaciones habituales. Como biógrafo de los individuos, que no historiador del grupo, no dedicaré mucho espacio aquí a los detalles de la turbación de la señora Pole (se había comportado de forma insolente con *miss* Grier), ni a la puesta en escena de Renan[59] (*L'Abbesse de Jouarre* no fue finalmente ofrecida al Costanzi[60]). Por mero amor desinteresado a la tradición eclesiástica impidieron la canonización de varias personas mediocres y aburridas que habían sido propuestas para complacer a los fieles de Sicilia y México. Ahorraron a los contribuyentes romanos la compra de cientos de pinturas modernas italianas y el establecimiento de un museo permanente para estas. Lograron interesar a la opinión pública en el débil olor a cañerías que flotaba en la Capilla Sixtina. Cuando un robledal enfermó en Villa Borghese[61], solo la Cábala tuvo el sentido común de solicitar la presencia de un botánico de Berlín. A decir verdad, sus logros no eran de gran consideración. Pronto comprendí que había llegado a Roma en pleno declive de sus facultades. Inicialmente pensaron que podrían hacer algo para detener las huelgas y el fascismo, así como las blasfemias en el Senado; no fue hasta que no hubieron gastado una gran cantidad de dinero y cientos de personas fueron incitadas sin éxito a la acción, que fueron

conscientes de que el siglo había liberado fuerzas que no eran capaces de contener y terminaron por contentarse con actividades menos ambiciosas.

Poco a poco fui pasando más y más tiempo con ellos. Mi juventud y condición de extranjero nunca dejó de divertirlos y se mostraban casi incómodos al saber que yo los valoraba tanto. Pensaban que habían superado la línea que los hacía susceptibles de ser apreciados. De cuando en cuando levantaban el índice señalando hacia donde yo me encontraba boquiabierto, absolutamente maravillado.

Es como un perro ansioso, con la lengua fuera, exclamaba Alix d'Espoli. ¿Qué es lo que ve en nosotros?

Nunca pierde la esperanza en que de pronto digamos algo memorable, señalaba el cardenal mirándome meditabundo (con la mirada de un gran conversador que es consciente de que, ante la ausencia de un Boswell[62], su grandeza morirá con él).

Proviene de un país nuevo y rico que aumentará más y más su esplendor mientras nuestras naciones quedan reducidas a ruinas, a montañas de basura, apuntaba *donna* Leda. Por eso brillan tanto sus ojos.

Pues no, exclamaba Alix. Creo que nos ama. Sencillamente, nos ama de un modo desinteresado propio del Nuevo Mundo. Una vez tuve un bellísimo cachorro de *setter* llamado Samuele. Pasó toda su vida sentado a nuestro alrededor y mirándonos con la mayor de las emociones en los ojos.

¿Mordía?, preguntó *donna* Leda, quien tenía una mente literal.

No tenías que darle un bocadillo a Samuele para lograr su devoción. Le gustaba gustar. ¿Se enfadará si de cuando en cuando lo llamo Samuele para recordarlo?

No debéis hablar de él cuando está presente, murmuró *madame* Bernstein, que jugaba al solitario. Joven, tráigame mis pieles, que están sobre el piano, mientras esta gente recuerda quién es.

La princesa había acertado al explicar mi comportamiento. ¿Qué servicio más hermoso se puede ofrecer? ¿Qué otra cosa podía yo hacer que vincularme a alguien con un entendimiento tan veloz y refinado?

Alix d'Espoli no era verdaderamente moderna. Del mismo modo que los científicos al observar una determinada ave casi extinta en Australia son capaces de evocar toda una era perdida, de esta forma, en la persona de esta maravillosa princesa nos sentíamos autorizados a contemplar el siglo XVII y a reconstruir en la intimidad lo que debió de ser el sistema aristocrático en su plenitud.

La princesa d'Espoli era extremadamente hermosa al delicado modo de

París; su vivaracho rostro, rodeado por una masa de cabello rubio cobrizo, estaba permanentemente inclinado sobre uno u otro de sus delgados y puntiagudos hombros; todo su carácter descansaba en sus ojos de risa triste y su pequeña boca encarnada. Su padre provenía de la nobleza provenzal y ella había pasado su infancia parcialmente en escuelas conventuales provinciales y parcialmente escalando como una cabra las montañas que rodeaban el castillo de su padre. A los dieciocho años su hermana y ella habían sido llamadas a descender los riscos, habían sido vestidas con toda formalidad y exhibidas como mercancía en los salones de sus familiares más influyentes de París, Florencia y Roma. Su hermana había acabado con un fabricante de automóviles y sufría el buen y mal tiempo de Lyon; Alix se había casado con el malhumorado príncipe d'Espoli, quien inmediatamente se había sumido en una profunda misantropía. El príncipe permanecía en casa aferrado a la última de las disipaciones. Los amigos de su mujer jamás lo veíamos ni hablábamos de él, ocasionalmente intuíamos su existencia, pensábamos, detrás de las llegadas tardías de la princesa, detrás de sus marchas apresuradas y su aire angustiado. Había perdido dos hijos siendo estos aún niños. Alix no tenía vida propia excepto en los salones de terceras personas. Sin embargo, la suma de sus sufrimientos había sido el producto de la más dulce veta de alegría que jamás veremos, un puro pozo de frivolidad desconsolada. Magnífica en todos los escenarios de la vida social, mostraba sin duda lo mejor de sí sentada a la mesa, donde ofrecía cortesías y miradas que las actrices de mayor talento serían incapaces de concebir para sus Millamants, Rosalindas y Célimènes[63]; en ningún otro lugar se ha visto tal encanto, tales maneras y tanto ingenio. Parloteaba sobre sus mascotas, describía una despedida presenciada por azar en una estación de tren o denunciaba el trabajo del cuerpo de bomberos romano con la perfección en su interpretación de Yvette Guilbert[64], una perfección incluso más pura, puesto que no parecía ser teatro. Poseía la más sutil mímica y era capaz de mantener un monólogo infinito, pero el atractivo de sus habilidades residía en que requería la colaboración de todos los presentes; eran necesarias las exclamaciones, contradicciones y hasta los gritos al unísono de una multitud shakesperiana para que la princesa pudiera mostrar su más cuidado arte. Utilizaba un discurso de una pureza nada habitual, un don que iba más allá de la mera aptitud para adquirir corrección gramatical en las cuatro lenguas principales de Europa; su origen radicaba en las características de su mente. Sus pensamientos avanzaban de forma compleja, si bien no sin orden, en prolongados y curvados paréntesis,

una delicada red de cláusulas de relativo, concluidas invariablemente en algún elegante giro a modo de clímax, cierta generalización repentina o un sorprendente resumen. En una ocasión la acusé de hablar en párrafos, ante lo que confesó que las monjas que la habían educado en Provenza le exigían cada día una composición oral construida sobre una fórmula derivada habitualmente de la marquesa de Sévigné[65] y concluida con un *concetto*.

Personalidades tan poco usuales no son capaces de nutrirse de alimentos comunes. Nos llegaban de forma continua rumores de los extraños y tormentosos amoríos de la princesa. Parecía que estaba condenada a buscar a través de los pasillos de Roma una sucesión de vinculaciones tan breves y fantásticas como apasionadas e insatisfactorias. La naturaleza había decidido atormentar a esta mujer obligándola a enamorarse (esa sucesión de entrevistas febriles, búsquedas, amagos de indiferencia, monólogos solitarios que abarcaban toda una noche, ridículas visiones de remota felicidad) de precisamente el tipo de jóvenes que no podían sentirse atraídos por ella, de fríos e impersonales estudiosos o jóvenes atléticos de Europa del Norte: un secretario de la embajada británica, un violinista ruso o un arqueólogo alemán. Como si estas pruebas no fueran suficientes, la sociedad les había añadido un agravante: sus anfitrionas romanas, conscientes de esta debilidad y con el deseo de asegurarse de que en sus mesas la princesa mostraría sus más delicadas peripecias, incluían entre los invitados al último encaprichamiento de la princesa, a quien a lo largo de la noche ella cantaría, como un cisne, su canción del amor vencido.

Siendo no más que una niña, si se me permite reconstruir a modo de suposición el desarrollo de su personalidad, sintió que albergaba en sí algo que evitaba ligeramente que hiciera amigos, esto es: inteligencia. Las pocas personas inteligentes que verdaderamente ansían ser apreciadas aprenden pronto, entre decepciones del corazón, a ocultar su genialidad. Gradualmente conducen sus entusiastas percepciones hacia canales más prácticos: hacia toda una técnica de halagos implícitos a terceros, hacia habilidades discursivas, hacia los eufemismos del afecto expresivo, hacia suavizar para otros las crudas líneas de su insipidez. Toda la perfección de la princesa era un intento prácticamente inconsciente de convertir en amigos a aquellos que inicialmente serían sus admiradores, siendo consciente, no obstante, de que un exceso artístico los deslumbraría pero al mismo tiempo los repelería, y de que, si ella fuera menos que perfecta, la rechazarían por ser una histérica brillante y trivial. Durante muchos años había practicado una forma titubeante de expresión hacia sus amigos, tomando nota de

forma inconsciente de sus rostros y de qué tonos de voz, qué apropiado gesto con las manos, qué adjetivos demorados lograban mayor y menor éxito. En otras palabras: había alcanzado la perfección de un delicado arte, el casi olvidado arte de la conversación, bajo el impulso del amor. Como un ratón blanco en pleno ataque de pánico en la jaula de un experimento psicológico, había tratado de alcanzar sus fines mediante la primitiva regla del ensayo y el error, solo para descubrir que finalmente uno queda excesivamente magullado por los errores como para disfrutar de los éxitos. El exquisito y frágil mecanismo de su temperamento no había logrado soportar la presión a la que se veía sometido, el doble agotamiento de la inspiración y la aflicción; tan adorable ser había perdido ya ligeramente la cabeza. Cada día que pasaba era un tanto más delirante y cada cierto tiempo se la podía sorprender en estados de ánimo que oscilaban entre la estupidez y el patetismo. Pero su herida más profunda aún había de abrirse.

James Blair y sus cuadernos todavía se hospedaban en Roma. Había encontrado nuevas vetas de investigación. Diez vidas serían pocas para avanzar hacia los horizontes de su curiosidad. Piensa, decía, que serían necesarios unos diez años para elaborar al completo el aparato crítico que permitiera abordar los problemas históricos que rodean la vida de san Francisco de Asís. Un tiempo similar requeriría estudiar el sistema romano de carreteras, las rutas de la sal y del trigo (¡Dios!, la problemática completa de la alimentación durante la República). Otro día se dedicaba a ensoñaciones vinculadas a los ocho o diez libros en francés y alemán sobre Cristina de Suecia[66] y su vida en Roma; entonces sería necesario estudiar sueco y leer los diarios y la inmensidad de notas; cuando uno supiera más sobre ella que ningún otro humano vivo, habría de dedicarse a su padre y enterrarse durante meses en bibliotecas para dominar las medidas políticas y el genio militar de Gustavo Adolfo. Así avanzaba la vida… tomos… tomos… catálogos… notas al pie… Se estudiaban los santos sin pensar ni un instante en la religión. Quien sabía todo sobre Miguel Ángel nunca se sentía profundamente emocionado por una de sus obras. James pasaba semanas de fascinada atención hacia las mujeres de los césares y, aun así, difícilmente podía ser arrastrado para cenar en el palacio Barberini. Encontraba triviales a todos los seres modernos, era víctima del gran estilo de los historiadores, que fracasa a la hora de relacionarse con la condición humana (para Blair, trivial) de sus héroes. El presente recubre con un velo de ordinariez el mundo: mirar de frente cualquier rostro, si bien hermoso, es ver poros y pliegues en torno al ojo. Solo aquellos rostros que no están

presentes son bellos.

Lo cierto es que James Blair se había mostrado atemorizado bien pronto ante la vida (de un modo que, más tarde, la princesa, en un momento de tristeza e inspiración, evidenció al exclamar: ¿Qué tipo de estúpida madre pudo tener?) y había consagrado para siempre a los libros las mareas de su energía. En ocasiones su erudición se asemejaba al pánico: actuaba como si temiera que al elevar los ojos de la página vería el mundo, o su participación en este, disolverse entre las ruinas. Su persecución sin fin de datos (que no ofrecían fruto en forma de obra publicada ni generaban placer estético intrínseco alguno) no era tanto el deseo de hacer algo como el deseo de escapar de algo. La liberación de algunos hombres radica en los sueños, la de otros, en los datos.

Todo esto daba como resultado una verdadera inocencia, la cual, junto con su juventud, conocimiento y gentileza ligeramente *distrait*, lo hacía merecedor de la simpatía de las mujeres mayores. Tanto *miss* Grier como *madame* Agaropoulos rondaban a su alrededor con maternal regocijo y suspiraban afligidas ante su obstinado rechazo a ir a visitarlas. Me recordaba a los leones que miran fijamente, sin parpadear y sin discernir, a la multitud que rodea su jaula, la multitud que hace muecas y ondea sombrillas admirada, pese a que la bestia se niega a aceptar ni una galleta de tan vulgares admiradores.

El día en que nuestra historia de la princesa comienza, James Blair estaba enzarzado en el establecimiento de la ubicación exacta de las antiguas ciudades de Italia. Leía descripciones medievales de la Campaña romana y establecía, a través de topónimos, de cursos de agua ya secos y de agrietadas pinturas, la posición exacta de caminos y poblaciones abandonadas. Estaba aprendiendo acerca de la antigua vegetación y la fauna del país: era bastante feliz. A veces tomaba notas de todo esto, pero la mayor parte del tiempo prefería conocer la verdad y luego olvidarla.

Cuando comenzó a hacer frío en su apartamento, tranquilamente se dispuso a hacer uso del mío, cubriendo mis mesas con sus papeles envueltos en vitela, colocando imágenes en mis paredes y alfombrando el suelo con sus mapas. Había logrado deslumbrar a uno de los bibliotecarios del Collegio Romano[67] con sus alusiones y alcanzado el privilegio de poder llevarse el material a casa.

Un día la princesa d’Espoli vino a verme. Ottima la hizo pasar. Se topó con James Blair, arrodillado en el suelo, gateando de ciudad a ciudad sobre algunos mapas amarillentos. James se había desprendido del abrigo, tenía el

pelo enmarañado y las manos negras de polvo. No la había visto con antelación y no le gustó su atuendo. No quería ser arrastrado a una conversación y permaneció en pie, hermoso y malhumorado, lanzando miradas a los mapas del suelo. Le explicó que yo había salido. Quizá no regresaría pronto. No olvidaría informarme de la visita.

A Alix no le importó. Incluso pidió una taza de té.

Ottima acababa de comenzar a pensar en la cena. Mientras el té terminaba de prepararse, Alix pidió a Blair que le explicara los mapas. La princesa era más capaz de implicarse en el entusiasmo por las antiguas ciudades que la mayor parte de los cientos de mujeres que conocía, pero sin un doctorado *Thornton Wilder* en arqueología no era buena idea adentrarse en tal materia con James Blair. Secamente, altanero y con largas citas de Tito Livio y Virgilio, pronunció toda una conferencia para mi invitada. La arrastró despiadadamente ladera arriba y abajo de las siete colinas; la estrujó una y otra vez en el cambiante lecho del Tíber. Cuando al fin regresé, la encontré sentada mirándolo por encima del borde de su taza de té con una expresión ligeramente socarrona. No era consciente de que pudiera existir un hombre como aquel. A lo largo de todo su encuentro, Blair había actuado como poco menos que un niño malcriado de siete años que es interrumpido en su juego de indios y vaqueros. Sería difícil decir qué era lo que más había cautivado a la princesa, pero posiblemente se trataba de esa traza de enérgico egocentrismo consentido. Pudo tratarse, parcialmente, de la ducha de agua fría que supuso no ser bienvenida (ella, que era el encanto de la gente más encantadora de Europa, que jamás había cruzado una puerta sin despertar un remolino de saludos, que nunca había llegado demasiado pronto ni se había marchado demasiado tarde). De pronto había probado el lujo de ser despreciada.

En cuanto me presenté, Blair protagonizó una súbita y torpe despedida.

¡Es encantador! ¡Es encantador!, exclamó Alix. ¿Quién es?

Le expliqué brevemente su origen, su avance por las universidades y sus hábitos de estudio.

¡Es extraordinario! Dime: ¿es… tímido? ¿Es *boudeur* con todo el mundo? ¿Quizá hice algo que lo molestó? ¿Qué pude haber dicho, Samuele?

Me apresuré a tranquilizarla. Es así con todo el mundo. Y la mayor parte de la gente lo aprecia aún más por esto mismo. Especialmente las mujeres mayores. Por ejemplo, *miss* Grier y *madame* Agaropoulos lo adoran y lo único que él hace es posarse en sus sillas inventando excusas para no

participar en la cena.

Bueno, yo no soy vieja y me gusta. ¡Oh, es tan maleducado! Podría haberlo abofeteado. Y solo me miró una vez. Tendrá una vida difícil, Samuele, a no ser que aprenda a ser más cortés. ¿No hay nadie que le caiga bien excepto tú?

Sí, está prometido con una chica en Estados Unidos.

¿Rubia o morena?

No lo sé.

Toma nota de lo que te digo, será muy infeliz si no aprende a ser más amistoso. ¡Pero piensa! ¡Qué inteligencia, qué ojo! Y lo maravilloso que es contemplar tal ausencia de supercherîa, ya sabes, tal simplicidad. ¿Vive aquí?

No, sencillamente se trae sus libros cuando hace demasiado frío en su propio apartamento.

¿Es pobre?

Sí.

¡Es pobre!

No muy pobre, la verdad. Cuando realmente se queda sin un centavo siempre puede encontrar algo que hacer de inmediato. Es feliz siendo pobre.

¿Y vive completamente solo?

Sí. Oh, sí.

Y es pobre. (Esto le causó un momento de reflexión y estupefacción, hasta que estalló). Aunque, sabes, ¡eso no está bien! Es la obligación de la sociedad… es decir, la sociedad debería estar orgullosa de proteger a personas así. Alguien con mucho talento debería ser nombrado para que cuidara de este tipo de gente.

Pero, princesa, James Blair valora su independencia por encima de cualquier otra cosa. No quiere que nadie lo cuide.

Deberían ser cuidados a su pesar. Mira, lo vas a traer a tomar el té algún día. Estoy segura de que la biblioteca de mi marido tiene algunos mapas viejos de la Campaña. Tenemos los informes del administrador de los Espoli desde el siglo XVI. ¿Lo atraería eso?

Sorprendida incluso ante sí misma, la princesa trató durante un tiempo de charlar sobre otras cuestiones, sin embargo, finalmente retornó a halagar lo que ella denominó «la resolución» de Blair, si bien lo que realmente quería decir era «independencia», puesto que cuando nos enamoramos de una persona, nuestro conocimiento de sus debilidades queda agazapado en

un rincón de la mente y la idealización del amado no es tanto una exageración de sus virtudes como una cuidada «racionalización» de sus defectos.

La siguiente vez que lo vi, Blair estuvo dos o tres horas dando rodeos hasta que reunió el coraje para preguntarme quién era ella. Escuchó con expresión amenazante mientras yo desplegaba mi entusiasmo. Finalmente, me enseñó una nota en la que la princesa le pedía que la acompañara a Espoli para que pudiera contemplar la finca y examinar los archivos. Podía llevarme si le apetecía. James deseaba en gran medida ir, pero recelaba de la dama. Lo atraía y al mismo tiempo lo repelía. Estaba tratando de decirme que solo le gustaban las mujeres que lo despreciaban inicialmente. Retorció la carta tratando de tomar una decisión, entonces se dirigió a la mesa y escribió una nota para rechazar la invitación.

Comenzó en ese momento lo que es simplemente cruel denominar un asedio. Atravesando el Corso, Alix se decía: No hay nada inusual en que me detenga en su apartamento para ver si quiere pasear por Villa Borghese. Podría hacer lo mismo con una decena de hombres y sería perfectamente natural. Soy mucho mayor que él, tanto más que sería sencillamente un acto de… amabilidad. Cuando se detenía frente a su puerta (puesto que no se contentaba con enviar al chófer), experimentaba un ataque de pánico, anhelando no haber llamado, imaginando, cuando nadie respondía, que estaba oculto tras la puerta cerrada, oyendo, quién sabe si con rencor o desprecio, los sonoros latidos de su corazón. O debatía toda la tarde entre los dorados sillones de su pequeño salón si era oportuno enviarle una nota. Contaba los días desde la última vez que había hablado con él y valoraba la conveniencia (la interior, la conveniencia espiritual, no la conveniencia mundana: para los cabalistas esta última había dejado de existir) de un nuevo encuentro. Siempre se lo encontraba por casualidad en la ciudad (a esto lo denominaba la muestra de la existencia de los ángeles de la guarda) y era con estos encuentros azarosos con los que había habitualmente de contentarse. Ella llamaba su atención a una distancia como la extensión de la plaza Venecia[68] y lo llevaba a cualquier destino hacia el que él admitiera dirigirse. Nadie ha sido más feliz que Alix en aquellas escasas ocasiones en las que se sentaba junto a él en el automóvil. Con qué docilidad lo escuchaba dar una clase magistral, con qué ternura observaba en secreto su corbata, sus zapatos y sus calcetines, y con qué intensidad fijaba la mirada en su rostro tratando de grabar en la memoria las proporciones exactas de sus facciones, esa imagen que la indiferencia retiene en mucha mayor

medida que el amor más apasionado. Existía una posibilidad de que se convirtieran en los más cercanos amigos, puesto que él sentía vagamente que había algo en ella que la emparentaba con las grandes damas de sus investigaciones. Si ella hubiera logrado, sencillamente, ocultar su cariño… Ante el más mínimo signo de aprecio hacia ella, la princesa quedaba tan embriagada con esa insinuación de cordialidad que inmediatamente realizaba un tímido comentario con una vaga transcendencia sentimental, alababa su aspecto o lo invitaba a comer. Y lo perdía.

Un día Blair entregó a la princesa un libro que habían mencionado en sus conversaciones. No se detuvo a pensar que era el primer movimiento que había realizado de forma espontánea en toda su relación. Hasta ese momento toda sugerencia, toda invitación, había procedido de ella (de ella, temblorosa, sufriendo con antelación un desaire a la ligera) y la princesa ansiaba una primera muestra de su interés. Cuando el libro llegó a sus manos, ante ese gesto, perdió el equilibrio, pensó que justificaba impulsar su amistad a nuevos niveles, a citas casi diarias y a largas y perezosas tardes de camaradería. Nunca fue consciente de que a ojos de Blair ella era, en primer lugar, un enemigo para sus investigaciones, y en segundo, ese extraño monstruo cercado que todas sus lecturas no habían sido capaces de humanizar: una mujer casada. Lo visitaba demasiado a menudo. De pronto Blair cambió: se volvió maleducado y brusco. Cuando ella subía las escaleras hacia su apartamento, él se ocultaba, ahora sí, tras la puerta, y el timbre sonaba en vano y con un tono amenazante, si bien ella tenía sus medios para saber que él estaba en casa. La princesa quedó aterrorizada. De nuevo se enfrentó a esa caverna de terror en su naturaleza: parecía siempre amar a aquellos que no la amaban. Vino a mí, desconsolada. Yo actué con cautela y le pedí serenidad hasta que pude sondear a Blair al respecto.

Mi amigo vino a verme *motu proprio*. Paseaba de un lado a otro de la habitación, desconcertado, sublevado, enfurecido. Su estancia en Roma se había hecho imposible. No se atrevía ya a pasar tiempo en su apartamento y cuando salía se obligaba a avanzar por calles menores. ¿Qué podía hacer?

Le recomendé que abandonara la ciudad.

¿Pero cómo podía hacerlo? Estaba en pleno trabajo que… un trabajo que… maldita sea. De acuerdo, se marcharía.

Le rogué que antes de marcharse viniera una vez conmigo a una cena en la que la princesa estuviera presente. No, no. Todo menos eso. Yo, por mi parte, me enfurecí. Analicé los distintos tipos de estupidez en que mi amigo estaba incurriendo. Una hora más tarde le comentaba que el mero hecho de

ser amado de este modo, independientemente de que uno pudiera corresponder a este amor, conllevaba una obligación. Más que una obligación de ser meramente amable, una obligación de mostrar agradecimiento. Blair no lo comprendía, aunque terminó por ceder bajo la difícil condición de que yo no revelara a la princesa que él se marcharía a España la misma noche de la cena.

La princesa, por supuesto, llegó temprano, tan deliciosamente vestida que verdaderamente me planteé si dejarla pasar. Tenía entradas para la ópera; ya nadie se preocupaba por escuchar *Salomé*[69], pero tras esta se representaba *Petrushka*[70], a las diez y media. El tren de Blair partía a las once. Mi amigo llegó y se mostró de lo más cortés. Fuimos realmente felices, todos, mientras descansábamos junto a la ventana abierta, fumando, charlando largamente y degustando el excelente *zabaglione* de Ottima y el áspero café del Trastevere.

No dejaba nunca de ser una sorpresa para mí que, en presencia de Blair, la princesa se mostrara siempre como una orgullosa e indiferente aristócrata. Hasta sus comentarios ligeramente cariñosos eran tales que no serían percibidos si hubieran sido destinados a alguien de quien no estaba secretamente enamorada. Su particular orgullo incluso la llevaba a exagerar su desapego; se burlaba de él, fingía no oírlo cuando le dirigía la palabra, simulaba estar enamorada de mí. Solo cuando él no estaba presente se mostraba humilde la princesa, casi servil; solo entonces podía ella imaginar visitarlo sin aviso previo. Finalmente, se levantó: Es hora de ir al *ballet* ruso, ordenó.

Blair se disculpó: Lo siento, tengo que regresar a casa y seguir trabajando.

Ella pareció haber sido atravesada por una espada. Pero, qué duda cabe, tres cuartos de hora con Stravinsky es parte de tu trabajo. Mi coche está aquí mismo.

Blair se mantuvo firme. También él tenía un billete para la noche.

Por un momento Alix pareció petrificada. Nunca se había encontrado con tanta obstinación en condiciones tales y no sabía qué hacer a continuación. Después de un instante, inclinó la cabeza y dejó sobre la mesa su taza de café. Muy bien, dijo suavemente. Si no puede, no puede. Iremos Samuele y yo.

La despedida fue triste. En el trayecto hasta el Costanzi la princesa permaneció en silencio, manoseando los pliegues del abrigo; durante el *ballet* se mantuvo en la parte trasera del palco, pensando, pensando,

pensando, con la mirada fija y los ojos secos. A la salida, decenas de amigos se arremolinaron en torno a ella en los pasillos. Se alegró: Vayamos al cabaré que dirigen los refugiados rusos, propuso. En la puerta del cabaré mandó a casa al chófer y le pidió que transmitiera a su doncella que no tenía que esperarla despierta. Bailamos durante mucho tiempo en silencio, con la depresión regresando a su rostro.

Cuando abandonamos el salón, una amenazadora luz de luna bañaba las calles. Encontramos un coche y nos dirigimos a su casa. Pero, enfrascados en la más sincera conversación desde que nos conocíamos, no fuimos conscientes de que el conductor había alcanzado la puerta y llevaba parado ya un tiempo.

Escucha, Samuele, no me hagas marcharme a la cama ahora. Déjame que entre y me cambie rápidamente de ropa. Vayamos después a dar un paseo en coche para ver amanecer sobre la Campaña. ¿Te enojaría hacer esto conmigo?

Le aseguré que esto era precisamente lo que yo deseaba y se apresuró a entrar en la casa. Pagué al conductor, que estaba bebido y a la gresca y, cuando la princesa regresó, caminamos por las calles charlando y cediendo gradualmente a una resignada modorra. Habíamos tomado vodka en el cabaré y el alcohol ejercía sobre nuestro ánimo el mismo efecto que la luz de luna sobre la cúpula de hielo del Panteón. Nos adentramos en el patio de la Cancillería[71] y criticamos las arcadas. Regresamos a mi habitación a por cigarrillos.

Anoche no fui valiente en absoluto, dijo Alix, recostada en la oscuridad sobre el sofá. Estaba desesperada. Eso fue antes de recibir tu invitación. ¿Podía ir a verlo o no? Había pasado una semana. Dudaba si se sentiría… bueno, insultado, si una dama llamaba a su puerta a las diez. Eran alrededor de las diez. Realmente, no hay nada peculiar en que una dama realice una visita completamente impersonal en torno a las nueve y media. No hay nada que me cohíba, Samuele, por estar aquí ahora, por ejemplo. Además, tenía una razón perfectamente coherente para ir. Me había preguntado qué pensaba de *La Villegiatura*[72], y ya la había leído. Ahora dime, mi querido amigo, ¿habría sido ridículo desde el punto de vista estadounidense si yo hubiera…?

Hermosa Alix, usted nunca es ridícula. Pero ¿acaso no fue el encuentro con él esta noche aún más fresco, más feliz, sencillamente porque no lo había visto durante tanto tiempo?

¡Oh, qué inteligente eres!, exclamó. Dios te ha enviado en mi ayuda.

Ven junto a mí, deja que te tome la mano. ¿Te avergüenzas de mí por haberme visto sufrir tanto? Supongo que tendría que estar avergonzada. Me has visto sin dignidad alguna. Tienes ojos nobles y no estoy avergonzada frente a ti. Pienso que has debido de amar también, puesto que tomas todas mis insensateces como algo completamente habitual. Oh, querido Samuele, cada cierto tiempo pienso que me desprecia. Tengo todos los defectos de los que él carece. Cuando sufro esta pesadilla de que no solo le disgusto, sino que también se ríe de mí, sí, se ríe de mí, mi corazón deja de latir y me sonrojo durante horas. Lo único que puedo hacer para salvarme en esos momentos es recordar que me ha dirigido muchas expresiones amables, que me envió ese libro, que se ha interesado por mí. Entonces ruego a Dios que, sencillamente, ponga en su mente un poco de estima hacia mí. Solo un poco de respeto hacia esas cosas… esas cosas que otra gente parece apreciar de mí.

Quedamos sentados en silencio durante un tiempo, con su febril mano clavada profundamente en la mía y sus brillantes ojos mirando fijamente la oscuridad. Finalmente, comenzó de nuevo a hablar con una voz todavía más baja:

Él es bueno. Es sensato. Cuando lo analizo de este modo, me siento inadecuada para su amor. Tengo que aprender a ser sencilla. Sí. Samuele, has hecho mucho por mí, ¿puedo pedirte un favor más? Toca para mí. Debo sacar de mi mente esa maravillosa música en la que Petrushka lucha consigo mismo.

Me avergoncé ante la idea tocar para ella, que interpretaba mucho mejor que cualquiera de nosotros, no obstante, saqué mis folios y me lancé directamente con la *Armida* de Gluck[73]. Había ansiado que mi pobre interpretación despertara en ella un malestar estético y la sacara de su abatimiento, pero al fin vi que se había quedado dormida. Después de un prolongado y hábil decrescendo, dejé el piano, encendí una tenue luz junto a ella y me marché a mi dormitorio. Me cambié de ropa y me tumbé, preparado para el paseo en el que contemplaríamos el amanecer. Mi cuerpo temblaba con una extraña y feliz excitación, constituida en parte por mi amor y compasión hacia ella, y en parte por la mera experiencia de presenciar los últimos coletazos del orgullo y sufrimiento de un espíritu hermoso. Estaba así tumbado, orgulloso y feliz en el papel de guardián, cuando mi corazón se detuvo repentinamente. Alix sollozaba en sueños. Suspiros emergían de las profundidades de su sopor, roncas protestas, obstinadas negativas y gemidos se seguían los unos a los otros. De pronto,

su rota respiración se detuvo y supe que estaba despierta. Hubo medio minuto de silencio, luego una llamada en voz baja: Samuele.

Apenas había yo aparecido en la puerta cuando gritó: Sé que me desprecia. Huye de mí. Piensa que soy una mujer estúpida que lo persigue. Ordena a su sirviente que me diga que se ha marchado, pero permanece detrás de la puerta y me escucha marcharme. ¿Qué debo hacer? Sería mejor no estar viva. Sería mejor no vivir más. Es lo mejor, querido Samuele, que salga ahora mismo, sola, y ponga fin a todo este equivoco, este… este inútil sufrimiento mío. ¿No lo ves?

Se había levantado y buscaba a tientas su sombrero. Esta noche sí tengo suficiente coraje, murmuró. James es demasiado bueno y demasiado simple para que me preocupe por él del modo en que lo hago. Sencillamente, me marcharé…

¡Alix!, la interrumpí. Nosotros te queremos. Hay tanta gente que te quiere…

No puedes decir que la gente me quiere. Les gusta saludarme en la escalera. Les gusta escuchar y sonreír. Pero nadie jamás ha espiado bajo mi ventana. Nadie ha aprendido en secreto lo que hago cada hora del día. Nadie…

Se recostó en el sofá con las mejillas encendidas y húmedas. Hablé con ella durante mucho tiempo. Le dije que su talento era social, que estaba hecha para el deleite de la compañía, que aliviaba a otros del peso de su propio aburrimiento, del disimulado odio hacia sí mismos. Le garanticé que sería capaz de encontrar la felicidad en el ejercicio de su don. Pude ver momentáneamente en su húmeda mejilla girada que la calmaba oír estas palabras, ella poseía esa forma de talento que en muy rara ocasión es valorado cuando se tiene presente. Se fue tranquilizando. Tras una pausa comenzó a hablar con un tono ensoñador:

Lo dejaré en paz. No volveré a verlo, comenzó. Cuando era niña y vivíamos en las montañas, Samuele, tenía una cabra como mascota llamada Tertullien a la que amaba con toda mi alma. Un día Tertullien murió. Era imposible consolarme. Yo era una niña odiosa y obstinada. Las monjas con las que fui a la escuela no sabían qué hacer conmigo y cuando me tocaba recitar me negaba a abrir la boca. Finalmente, mi querida madre superiora me llamó a su despacho y al inicio me comporté muy mal, incluso con ella. Pero, cuando comenzó a hablarme de los seres que había perdido, estiré los brazos hacia ella y lloré por primera vez. Como castigo me impuso detener a toda persona que encontrara y decirle dos veces: ¡Dios es suficiente! ¡Dios

es suficiente!

Tras una pausa, añadió: Sé que puede ser cierto para otras personas, sin embargo, yo aún quería a Tertullien. ¿Cuándo se acabará tu paciencia conmigo, Samuele?

Nunca, respondí.

Las ventanas comenzaban a mostrar la primera luz del amanecer. Una pequeña campana repicó en las inmediaciones, un tintineo de la plata más pura.

¡Ssss!, exclamó. Es la misa más temprana en alguna iglesia.

Santa María en Trastevere está ahí mismo.

¡Corre!

Salimos del palacio y respiramos el aire gris y frío. Una neblina parecía pender baja sobre la calle; ráfagas de humo azul cruzaban las esquinas. Un gato pasó junto a nosotros. Temblando pero eufóricos entramos en la iglesia junto a dos ancianas cubiertas por ropas acolchadas y a un obrero. La basílica se elevaba sobre nosotros, los cirios de nuestra capilla lateral despedían reflejos en los curiosos mármoles y en el dorado de los mosaicos de la vasta cripta oscura. El servicio eucarístico se desarrolló con expedición y precisión. Cuando salimos, una luz lechosa había comenzado a llenar la plaza. Los tenderos retiraban los postigos de varias tiendas; somnolientos viandantes cruzaban la diagonal a trompicones; una mujer hacía descender una cesta con gallinas desde un quinto piso dando inicio a un largo día de lucha por la subsistencia.

Caminamos hasta el Aventino[74], cruzando el Tíber, que serpenteaba como una gigantesca cuerda amarilla bajo un delicado vapor. Nos detuvimos a comprar un vaso de amargo vino de un color negro azulado y una bolsa de papel cargada de melocotones.

En ese momento al menos, la princesa parecía haber cerrado para siempre su mente incluso a la más remota esperanza de volver a ver a Blair. Sentados en un banco de piedra en el lúgubre Aventino, mientras el sol se abría paso a empellones a través de anaranjadas nubes bajas, regresamos a nuestras reflexiones. La princesa pareció por un instante haber regresado a su anterior abatimiento; retomé los argumentos que ensalzaban con más entusiasmo sus talentos.

Se incorporó repentinamente. De acuerdo. Lo intentaré por ti. Debo hacer algo. ¿Dónde vas a ir hoy?

Balbucí que *madame* Agaropoulos ofrecía algo parecido a una velada musical: iba a presentar a un joven compatriota que aseguraba haber

descubierto el secreto de la música griega antigua.

Escríbele una nota. Llámala por teléfono. Pregúntale si puedo asistir. También yo debo aprender sobre la música griega antigua. Me tienen que presentar a todo el mundo esta noche. Me tienen que invitar a todas sus casas. Escucha, Samuele, puesto que tú defiendes que es mi mayor talento, debo conocer a todo el mundo en Roma. Moriré a fuerza de compromisos sociales: Aquí descansa la mujer que jamás rechazó una invitación. Tengo que conocer a dos mil personas en diez días. Debo dedicarme a complacer a todo humano sobre la tierra. Y recuerda, Samuele, si esto no me basta, tendremos que dejar de intentarlo, ya sabes…

Madame Agaropoulos se mostró encantada cuando descubrió que la inesperada, la princesa imposible de convencer, visitaría su casa. *Madame* Agaropoulos no era esclava de las categorías sociales, sin embargo, aspiraba a frecuentar la Cábala como si de un cierto anhelo de vida ulterior se tratara. Asumía que en tal compañía todo era ingenio, amor y paz.

Entre ellos no encontraría personas estúpidas, envidiosas ni pendencieras. Había conocido a la princesa d'Espoli en una ocasión anterior y desde entonces la había considerado el tipo de persona en el que ella misma se habría convertido si hubiera sido más hermosa, más delgada y hubiera contado con más tiempo para leer, inconsciente de que todo esto había estado más a su alcance que al de Alix y de que había limitado su propio progreso por una perezosa bondad, una gran bondad, pero perezosa.

La princesa pasó a buscarme con su coche a las cinco en punto. Me es imposible describir las prendas que vestía; suficiente será decir que contaba con la más increíble capacidad de aportar nuevos ángulos, sombras y líneas que interpretaban su carácter. Esta habilidad había recibido un brillo aún mayor gracias a su residencia en Italia, puesto que las mujeres italianas, si bien habitualmente más bellas, carecen tanto de figura como de criterio. Desesperadas, gastan enormes sumas en París y no logran más que un amasijo de prendas caras que sobresalen, se arrastran o parecen volar a su alrededor en efectos que parcialmente entienden como infructuosos y tratan de enmendar con una colección de piedras preciosas.

Avanzamos por la vía Po durante dos o tres kilómetros y descendimos del vehículo en la más fea de sus viviendas, un ejemplo de esa arquitectura alemana moderna que tanto ha hecho por las factorías. Al ascender las escaleras, la princesa repetía en murmullos: ¡Obsérvame! ¡Obsérvame! En el vestíbulo encontramos a una multitud de rezagados con un dedo sobre los labios, mientras desde los salones emanaba el sonido de una apasionada

declamación acompañada por el punteo de una lira, el desolado *moto perpetuo* de una flauta oriental y un rítmico batir de palmas. En otras palabras: habíamos llegado demasiado pronto; nuestra campaña para conocer a dos mil almas en diez días se resentía desde el inicio. Apurados, nos trasladamos al jardín trasero de la casa. Sentados en un banco de piedra, con la trágica oda todavía resonando débilmente en nuestros oídos, desviamos nuestra atención hacia el espectáculo que a media distancia suponía un caballero de cabello cano sentado en una silla de ruedas y rebozado en chales de colores brillantes. Se trataba de Jean Perraye; describí a la princesa cómo *madame* Agaropoulos había encontrado al anciano y pío poeta francés al borde de la muerte, envuelto en rebozos en un diminuto y decrépito hotel de Pisa, y cómo, aportándole un tierno interés, leche y un grupo de mascotas, había recuperado su musa, logrado una vida cómoda en sus últimos años y alcanzado el ingreso en la Academia Francesa. En ese momento estaba dedicado a conversar con un círculo de atentas gatas. Estas seis gatas, que intermitentemente se lamían la fina seda de los hombros y lanzaban educadas miradas a su patrón, eran de Angora, grises como la ceniza de los cigarrillos. Habíamos leído el último libro del poeta y conocíamos sus nombres: seis reinas de Francia. Prácticamente dormitamos sobre el banco: la cálida luz solar, los coros de *Antígona* a nuestra espalda y el exordio de Jean Perraye hacia las reinas de Francia (y anteriormente de Persia) habrían amodorrado incluso a quien no hubiera pasado una noche de confesiones y lágrimas.

Cuando recuperamos la plena consciencia, la audición había concluido y la compañía, doblemente ruidosa tras la música, gritaba su entusiasmo. Regresamos a la casa, hambrientos de repostería y presentaciones. Un mar de sombreros, con decenas de tímidos ojos que miraban alrededor en perpetua búsqueda de nuevas presentaciones, señalando a la princesa como futura presa; ocasionalmente, el prominente estómago de un senador o un embajador envuelto en sarga y encadenado en oro.

¿Quién es la señora del sombrero negro?, susurró Alix.

Signora Daveni, la esposa del gran ingeniero.

¡Vaya! Me la traerás hasta mí o deberías llevarme hasta ella. No, iré yo. Acompáñame.

Signora Daveni era una mujer pequeña y sencilla dotada de la frente alta y elevada y los ojos limpios de un chico idealista. Su marido era uno de los más destacados ingenieros italianos, inventor de muchas nimiedades para la construcción de aviones y defensor de los métodos conservadores ante la

creciente tormenta del movimiento obrero. La *signora* estaba en todo comité filantrópico de cierta relevancia de cualquier punto del país y durante la Gran Guerra había dirigido incontables grupos de asistencia. La consciencia de sus responsabilidades, combinada con el toque de brusquedad de sus humildes orígenes, la habían conducido a numerosas disputas menores saldadas a su favor con miembros del consejo de ministros y el senado; se dice que rechazó groseramente las imprecisas y no obstante bienintencionadas interferencias de las damas reales de la Casa de Saboya. Sin embargo, estas distinciones solo habían convertido sus maneras en más sencillas y su rápida cordialidad continuamente contribuía a relajar la cortesía con que se la trataba. Vestía con poca delicadeza, caminaba con poca delicadeza, con sus grandes pies posándose ante ella como los de un aguador en tierras altas. Había parecido suficientemente refinada en uniforme, pero ahora que había de regresar a los sombreros y los anillos, la consciencia de su carencia de elegancia la deprimía considerablemente. Tenía su residencia en Turín, si bien pasaba gran parte del año en Roma, entre los solares vacíos de la vía Nomentana; conocía a todo el mundo en la capital. La princesa, con el carácter inesperado que descansa en la propia definición de la genialidad, giró la conversación hacia el uso del esfagno como vendaje quirúrgico. La distinta excelencia de las dos mujeres sorprendió a ambas: la princesa quedó asombrada al encontrar tan calmada maestría en una mujer sin «de» en su apellido, mientras que la *signora* estaba admirada por encontrar la misma cualidad en una noble.

Me alejé, pero más tarde la princesa volvió a buscarme. Es genial esa mujer. Voy a cenar con ella el viernes. Y tú también.

Encuéntrame a alguien más. ¿Quién es esa rubia con tanta voz?

No quiere conocerla, princesa.

Debe de ser importante, con esa voz, ¿quién es?

Es la mujer más opuesta a usted en todo el mundo.

En ese caso, debo conocerla. ¿Me invitará a té y me presentará a una decena de personas?

Oh, sí, claro que lo hará. Aunque no tienen nada en común. Es una británica estrecha de miras, princesa. Su único interés es la iglesia protestante. Vive en un pequeño hotel británico…

Pero ¿de dónde obtiene tanta «autoridad»?, preguntó la princesa realizando un gesto de perfecta mímica.

Bueno, reconocí, ha recibido los más altos honores que una mujer inglesa puede recibir. Escribió un himno y la nombraron *dame* del Imperio

británico.

Tengo que salir de mí misma. Tengo que conocerla ahora mismo.

Así pues, la conduje hasta *dame* Edith Steuert, la señora Edith Foster Prichard Steuert, autora de «Alejada de su sendero, perdida quedo», el himno más importante desde el de Newman[75]. Hija, esposa, hermana, familiar en todo grado de clérigos, vivía en la más exaltada corriente del anglicanismo. Su conversación versaba sobre vidas vacías y prometedores jóvenes de Shropshire, así como sobre los editoriales de los últimos números de *La bandera de san Jorge y El grito anglicano*. Se subía a plataformas, recaudaba donativos y hacía listados de nombres. Parecía estar siempre rodeada por un *ballet* de curas y viudas que, a sus órdenes, se levantaban, se balanceaban y pasaban a los invitados los dulces. Puesto que ella era la responsable del himno más destacado de los tiempos modernos, al mirarla uno se planteaba cuándo podía haber sacudido la inspiración a esta mujer chillona y engreída, la inspiración que había generado esos ocho versos de desesperación y humildad. El himno podría ser obra de Cowper[76], esa alma tierna expuesta a la llama de un evangelismo demasiado ardiente incluso para la raza negra. Durante un minuto de su agitada juventud, toda la intermitente sinceridad de generaciones de clérigos debió de combinarse en ella y, ya muy entrada la noche, llena de un desánimo que era incapaz de comprender, debió de haber destinado a su diario esa confesión desconsolada. Entonces se apagó el arrebato, se apagó para siempre. Se trata de un ejemplo ilustrativo del gran misterio en la experiencia religiosa y artística: la ocasional profundidad de un don nadie. *Dame* Edith Steuert, al ser presentada, se irguió visiblemente para mostrar que no estaba impresionada por el título. Con un candor que fue otra sorpresa, Alix le preguntó si podría utilizar su nombre como referencia en la solicitud de acceso a Eton de su sobrino. Por supuesto, el sobrino estaba en Lyon, pero si *dame* Edith permitiera a la princesa visitarla alguna tarde, ella podría llevar algunas de las cartas del chico, fotografías y suficiente material para convencerla de que era un estudiante recomendable. Se eligió la tarde del viernes y la princesa volvió a sumarse a mí para nuevas presentaciones.

Así continuamos durante una hora. La princesa no tenía método alguno; cada nuevo encuentro era un nuevo problema. En tres minutos la recién presentada se convertía en una conocida, y la conocida en una amistad. Poco podían adivinar las nuevas amigas de lo extraño que todo resultaba para la princesa. Me interrogaba continuamente sobre qué «hacían» sus maridos. Disfrutaba pensando que sus maridos hacían algo;

nunca había pensado que se pudiera conocer a gente como aquella y sonreía llena de asombro, como una chica que está a punto de conocer a un verdadero poeta. La mujer de un médico, la mujer de un hombre dedicado al negocio del caucho; la imaginación… Hacia el final de la tarde su entusiasmo decayó. Me siento un tanto polvorienta, me susurró. Me siento muy Bovary. Y pensar que todo esto ha estado sucediendo en Roma sin que yo lo supiera. Me acercaré a despedirme de *madame* Agaropoulos… *tiens*, ¿quién es esa mujer tan hermosa? Es estadounidense, ¿a que sí? Rápido.

Por primera y única vez en mi vida vi a la bella e infeliz señora Darrell, que había llegado para despedirse de sus amigos romanos. Al entrar en el salón, el silencio se hizo entre los presentes; había algo antiguo, algo que Platón habría aprehendido en el efecto de su belleza. Ella era perfectamente consciente, con ese toque de vanidad que permitimos a un gran músico que presta exagerada atención a su propio fraseo perfecto, o al actor que deja a un lado al autor, a sus compañeros de reparto y la propia obra para improvisar los últimos y desmesurados momentos de la escenificación de la muerte. Se vestía, miraba, se movía y hablaba como solo las bellezas sin parangón pueden: también ella recuperaba un arte perdido. A este virtuosismo al presentarse, su enfermedad y sufrimiento habían añadido una cualidad que ni siquiera ella podía estimar, una magia de melancolía implícita. Pero toda esta perfección suya era inaccesible; ninguna de sus más queridas amigas, tampoco la señorita Morrow, se atrevían a besarla. Era como una estatua en soledad. Sufría su propia muerte con antelación, y su espíritu estaba presto al desafío. Odiaba cada átomo de una creación en la que tal situación era posible. La semana siguiente se retiraría a su villa en Capri, con su colección de Mantegnas y Bellinis, para vivir cuatro meses con su traicionero amante y morir. Sin embargo, aquel día, en la serenidad del egoísmo que era su perfección y su enfermedad, hizo desaparecer el resto del salón.

Me amaría si yo tuviera ese aspecto, me susurró Alix al oído, y hundiéndose en una silla aislada se cubrió la boca con una mano.

Madame Agaropoulos tomó a Helen Darrell de la yema de los dedos de forma un tanto tímida y la guio hacia la silla más elegante. Nadie parecía capaz de pronunciar palabra. Luigi y Vittorio, los hijos de la anfitriona, se acercaron y besaron su mano; el embajador estadounidense se aproximó para saludarla.

Es bella. Es bella, murmuraba para sí Alix. El mundo es suyo. Nunca tendrá que sufrir como yo debo. Ella es bella.

No habría consolado a la princesa que yo le hubiera explicado que Helen Darrell, habiendo sido profusamente admirada desde la cuna, nunca se había visto obligada a cultivar su intelecto para conservar a sus amigos, por lo que, si se me permite decir esto de modo respetuoso, su mente era aún la de una colegiala.

Afortunadamente, el flautista todavía seguía allí para tocar y durante su interpretación de la paradisiaca música de *Orfeo* apenas un par de ojos de la habitación se alejaron del rostro de la recién llegada. Descansaba perfectamente erguida, sin permitirse ninguna de las actitudes apropiadas que la música sugiere a las personas de su índole, nada de atención ferviente, nada de ensoñación cariacontecida. Recuerdo haber pensado que mostraba en demasía una actitud contra todo sentimentalismo. Cuando concluyó la música, pidió ser llevada a despedirse, por el momento, de Jean Perraye. Desde la ventana los pude ver a los dos solos, con las gatas grises, reinas de Francia, moviéndose sin sentido a su alrededor. Me planteé qué se dirían el uno al otro cuando ella se agachó junto a su silla; como señaló el mismo Perraye más tarde, se amaban porque estaban enfermos.

Alix d'Espoli no se mostró dispuesta a moverse hasta que supo que la señora Darrell había abandonado la casa y el jardín. Todo su sufrimiento se había precipitado de nuevo sobre ella. Fingía sorber una taza de té mientras se recomponía. Ahora lo entiendo, murmuró roncamente. Dios nunca pretendió que yo fuera feliz. Otros pueden ser felices juntos. Pero yo nunca lo seré. Ahora lo sé. Vámonos.

Entonces comenzó el periodo que desde aquellos días fue conocido en la Cábala como *Alix aux Enfers*[77]. Comía en una diminuta pensión con unas solteronas inglesas; se detenía en un estudio de la vía Margutta[78]; pasaba por una recepción en alguna embajada; bailaba hasta las siete en el Hotel Russie como invitada de la esposa de algún fabricante de cosméticos; cenaba con la Reina Madre[79]; escuchaba los dos últimos actos de la ópera en el palco de Marconi[80]. Incluso tras tanta agitación, podía sentir la necesidad de concluir el día en el cabaré ruso, quizá participando ella misma en el programa con un monólogo. Nunca tenía ya tiempo para ver a la Cábala y esta asistía a sus avances con terror. Le rogaron que regresara a ellos, pero la princesa se limitaba a reírse con sus brillantes ojos febriles y se marchaba a toda prisa hacia su vorágine recién estrenada. Mucho tiempo después, cuando algún nombre de la sociedad romana aparecía en sus conversaciones, todos exclamaban: ¡Alix lo conoce!, a lo que ella respondía secamente: Por supuesto que lo conozco, y una carcajada se elevaba desde la

mesa. A las relaciones que entonces buscaba para distraerse las había yo perseguido para estudiarlas o por sencilla simpatía; si bien pronto me superó en centenares. Asistí a algunos compromisos con ella, pero muy a menudo nos encontrábamos el uno con el otro en situaciones absurdas, momento en el que nos escondíamos detrás de una puerta y comparábamos nuestras notas para ver cómo habíamos llegado hasta allí. ¿Que el *commmdatore* Boni[81] invitaba a un pequeño grupo de personas al Palatino[82]?, allí estaba ella. ¿Que Benedetto Croce[83] ofrecía una lectura privada de un texto sobre George Sand[84]?, nos mirábamos el uno al otro con seriedad en tan solemne atmósfera. Perdió una peineta defendiendo la Realidad en el tormentoso estreno de *Sei personaggi in cerca d'Autore*, de Pirandello[85]; en la fiesta de Casella en honor de Mengelberg, quien se había superado a sí mismo en el Teatro Augusteo, el viejo Bossi[86] se situó a su espalda y el sonido del satén al desgarrarse despertó el extasiado oído de una decena de organistas.

Cuando la burguesía descubrió que estaba aceptando invitaciones, se produjo el tumulto propio de la coincidencia de varios ríos. Muchas de sus anfitrionas asumieron que no habría aceptado la invitación de no ser por el hecho de que mejores puertas comenzaban a cerrarse para ella; no obstante, fuera como fuera, la aceptaban. Y la conseguían en su mejor versión; el ligero toque de frenesí que la impulsaba solo hacía su presencia aún más deslumbrante. Gente que había pasado la vida riéndose de bromas aburridas recibía por fin algo de lo que reír. Le rogaban que hiciera una u otra «escena» que se había hecho famosa. ¿Has visto a Alix hacer el caballo parlanchín? No, pero imitó al príncipe heredero en Frascari para nosotros el viernes pasado. ¡Vaya! ¡Menuda suerte!

Por primera vez estaba viendo a los artistas en primera persona y entre ellos estaba disfrutando del más alegre de los éxitos. La sombra de su tristeza, que tan particularmente confería aquellos días magia a su ingenio, era mucho más evidente para ellos que para los industriales. Nunca dejaban de mencionarlo y su cariño los llevaba a ofrecerle los tributos más extraños, los cuales, en esos días, la princesa era incapaz de valorar y detenerse en ellos, debido a lo aturdida que se encontraba.

Durante un tiempo pensé que estaba disfrutando con todo aquello. Reía con tanta naturalidad con los incidentes de aquellos días… Por otra parte, percibí que estaba estableciendo los vínculos más extraños y deseé que la amistad de la *signora* Daveni, de Duse o de Besnard[87] fuera capaz de consolarla y finalmente reconciliarla consigo misma. Pero una noche asistí a

la constatación repentina de lo completamente ineficaz que era este salto sin paracaídas.

Tras un mes de ausencia, James Blair me escribió desde España para anunciarme que había de regresar a Roma, aunque solo fuera por una semana. Me prometía no ver a nadie, alejarse de las calles principales y marcharse lo antes posible.

Respondí, con la mayor crudeza, que era imposible. Vete a cualquier otro lado. No juegues con estas cosas.

Contestó, no menos airado, que podía moverse por el planeta con tanta libertad como cualquier otro. Me gustara o no, llegaría a Roma el miércoles siguiente y nada podría detenerlo. Estaba siguiendo la pista de los alquimistas. Quería saber cuánto quedaba de las antiguas sociedades secretas y su búsqueda lo conducía a Roma. Puesto que no podía hacer nada para evitar su llegada, al menos podía destinar mis esfuerzos a ocultarlo. Tomé precauciones casi ridículas. Me encargué incluso de que *mademoiselle* de Morfontaine invitara a Alix a pasar el fin de semana en Tívoli, así como de que Besnard la tuviera posando para un retrato la mayor parte de las mañanas. Pero existe una cierta ley espiritual que requiere de nuestras trágicas coincidencias. ¿Quién no la ha sentido? De nada sirven las precauciones.

Blair había regresado para visitar a un vidente, Sareptor Basilis, que vivía en un apartamento de tres habitaciones en el piso superior de un antiguo palacio en la vía Fontanella di Borghese. Decían los rumores que era capaz de hacer que brotaran rayos de su mano izquierda; que, cuando sus meditaciones se aproximaban al éxtasis, podía vérselo sentado entre los arcos quebrados de una decena de arcoíris; y que al ascender las oscuras escaleras que conducían a su apartamento había que vérselas a trompicones con la bienvenida de los fantasmas, que se abalanzaban como un enjambre de abejas. En la habitación donde celebraba los encuentros (miércoles para adeptos, sábados para principiantes) quedé impresionado al descubrir un agujero circular en el techo que jamás se tapaba. Una concavidad revestida de zinc había sido dispuesta bajo este para expulsar el agua de lluvia. Era en esta concavidad donde descansaba el sillón del maestro.

Las prolongadas horas de meditación y trance extático habían sin duda dulcificado su rostro. Sus ojos turquesa, no exentos de una repentina agudeza, vagaban distraídamente bajo una suave frente rosada; tenía las pobladas cejas y barba blancas del Creador de Blake[88]. Excepto por sus largos paseos, parecía no tener vida privada, pasaba los días y las noches

sentado bajo el agujero del techo, prestando oídos a los susurros de una visita, escribiendo lentamente con su mano izquierda o mirando el firmamento. Una multitud de todos los sectores de la vida venía en su búsqueda y lo reverenciaba. No concedía importancia a las necesidades prácticas, si bien sus admiradores, movidos por la espiritualidad, dejaban continuamente sobres de aspecto significativo a su lado, en la concavidad cubierta de zinc. Algunos dejaban botellas de vino y barras de pan, así como camisas de seda marrón. La única ocupación humana que atraía su atención era la música, y se cuenta que se quedaba junto a la puerta del Augusteo las tardes en que había concierto sinfónico a esperar a que algún viandante, movido por la espiritualidad, le comprara una entrada. Si no llegaba ninguno, continuaba su camino sin amargura. Él mismo componía música, himnos para voces sin acompañamiento que afirmaba haber oído en sueños. Estaba escrita en una notación similar a la nuestra, pero no lo suficiente como para permitir su transcripción. Pasé horas perplejo ante la partitura de algo llamado *Mirad, aquí donde la rosa de la dispersión amorata el amanecer*. Este motete para diez voces, un coro de ángeles en el último día, comenzaba sencillamente con la clave de sol en cinco pentagramas, sin embargo, ¿cómo interpretar una repentina reducción de las líneas horizontales a solo dos en todos ellos? Me dirigí al maestro humildemente para preguntarle por esta cuestión. Me respondió que el efecto de la música en ese punto podía únicamente expresarse con un abandono radical de la notación estandarizada; que la economía de líneas mostraba una agudeza de tono; que la nota sobre la que descansaba mi pulgar era mi, un mi violeta, un mi con las cualidades de una amatista recientemente calentada… música incapaz de expresar… ah… la rosa de la dispersión amorata. Inicialmente el sinsentido en el que se movía y pensaba me enfureció. Creaba oportunidades para provocar sus absurdos. Improvisé una historia sobre un peregrino que se había dirigido a mí en la nave de San Juan de Letrán y me había dicho que era la voluntad divina que yo regresara con él a una colonia de leprosos en Australia. Querido maestro, exclamé, ¿cómo puedo saber si esta es mi verdadera vocación? Su respuesta fue poco clara. Me dijo que el destino mismo era la madre de toda decisión y que mi vocación sería establecida por los acontecimientos, no por la reflexión. Instantes después se me ordenó que no me precipitara, que descansara mi oído sobre el laúd de la eternidad y planificara mi vida en consonancia con la armonía cósmica. Durante el transcurso de un año eran miles de mujeres las que lo visitaban, de toda clase y en todo tipo de confusión, y a cada una le ofrecía

el consuelo de la metáfora. Se despedían de él con rostros radiantes; las expresiones que utilizaba eran hermosas y profundas para ellas, las escribían en sus diarios y las murmuraban en su interior cuando se sentían cansadas.

Basilis era atendido por dos prosaicas hermanas, las chicas Adolfini. Lise debía de tener unos treinta años y Vanna alrededor de veintiocho. Decían que se las encontró en el barrio italiano de Londres, donde trabajaban como sirvientas en una escuela de *ballet*. Las penurias y los abusos las habían desprovisto de todo excepto de su aspecto humano. Todas las noches, a las once, cuando habían desatado la última zapatilla de la clase nocturna, tratado el suelo con sebo, pulido las barras y atado la lámpara de araña, se dirigían hasta la esquina, al Café Roma, para tomar unas gotitas de café con que acompañar su pan. Aquí se podía encontrar a Basilis, el asistente de un fotógrafo con grandiosas pretensiones. Era vicepresidente de los Misterios Rosicrucianos[89], cabildo de Soho, un grupo de oficinistas, camareros y barberos idealistas que encontraban compensación a las humillaciones que sufrían de día en las glorias que se atribuían a sí mismos por la noche. Se reunían en habitaciones oscuras, realizaban juramentos con una mano sobre las obras de Swedenborg[90], leían manuales sobre la fabricación de oro y sus implicaciones metafísicas, y se nombraban los unos a los otros con gran formalidad para los puestos de archiadepto y *magister hieraticorum*. Se carteaban con sociedades similares de Birmingham, París y Sídney, y enviaban colectas al último de los magos: Orzinda-Mazda del monte Sinaí. Basilis descubrió inicialmente su poder sobre la mente de las mujeres cuando estableció el hábito de charlar con las dos hermanas mudas en el café. Escuchaban boquiabiertas sus historias sobre cómo unos obreros en las inmediaciones de Roma, adentrándose por casualidad en la tumba de la hija de Cicerón, Tulliola, descubrieron un candil en inagotable incandescencia suspendido en el aire, su mecha alimentada por el Principio Perpetuo; sobre cómo Cesarión, hijo de Cleopatra, era conservado en un líquido translúcido, «aceite de oro», y podía aún ser visto en un altar subterráneo de Viena; y cómo Virgilio nunca murió, sino que seguía vivo en la isla de Patmos, comiendo las hojas de un árbol extraño. Las historias maravillosas, los ojos apocalípticos del narrador, la excitación por ser tratadas sin rencor y el ocasional obsequio de una copa de vermú cautivaron a las hermanas. Se convirtieron en sus esclavas incondicionales; con el dinero que habían ahorrado, Basilis abrió un templo donde su talento logró un éxito extraordinario. Las chicas abandonaron la escuela de *ballet* y se hicieron porteras en la vivienda de su amo. El nuevo espacio para el ocio

que habían encontrado, la suficiente comida, el privilegio de servir a Basilis, sus confidencias y su amor se combinaron para constituir una carga de felicidad casi imposible de soportar. La felicidad mantiene una relación de proporcionalidad con la humildad: la humildad de las chicas Adolfini era tan profunda que no había en ella espacio para la expresión de gratitud o sorpresa; ante esta, el alimento no podía engordarlas ni el amor suavizar sus afilados rostros; ni siquiera cuando, tras ciertos altercados con la policía de Londres, Basilis y sus sirvientas se trasladaron a su Roma natal. Por supuesto, el maestro, por su parte, nunca confesó su deuda con las chicas por su callada y habilidosa asistencia. Incluso para el amor era impersonal; ellas sencillamente le facilitaban ese estado de ánimo de amable saciedad de los sentidos que es elemento indispensable para la meditación del filósofo.

Fue esta luz natural bajo la que Blair y yo nos sentamos en torno a las once y media, esperando a que la sesión pública comenzara. Llegamos pronto y, apoyados con la espalda en la pared, observamos al pequeño grupo de visitantes que, uno a uno, se adentraron en el confesionario abierto que era el oído del maestro. Un oficinista de ojos llorosos y manos temblorosas; una robusta mujer de clase media, asida a una enorme bolsa de la compra y charlando sin descanso sobre su *nepote*; una elegante trabajadora, posiblemente la asistenta de una dama, que se introducía un pequeño pañuelo en la boca mientras sollozaba. Los ojos de Basilis en rara ocasión se dirigían hacia los rostros de sus visitantes; mientras los despedía con un puñado de medidas expresiones serias, su mirada no mostraba más que una serena abstracción. Finalmente, una mujer joven, profusamente cubierta de velos, cruzó la sala rápidamente hacia la silla vacía situada junto al maestro. Debía de haber estado allí con anterioridad, puesto que no perdió tiempo en saludos. Con gran emoción conversó con Basilis. Un tanto sorprendido por su vehemencia, este la interrumpió en varias ocasiones con las palabras: «*Miajiglia*». Los reproches únicamente lograron incrementar la agresividad de la joven y, retirándose el velo con una mano para acercar el rostro al del sabio, mostró ser Alix d'Espoli. El terror se apoderó de mí; tomé a Blair del brazo y gesticulé que teníamos que escapar. Pero entonces la princesa, con un gesto de rencor, como si hubiera llegado hasta allí no tanto para pedir consejo al sabio, sino para anunciar una decisión, se levantó y se dirigió a la puerta. Como no podía ser de otro modo, sus ojos se encontraron con los nuestros y la mirada rebelde se apagó para ser reemplazada por el temor. Por un momento, los tres quedamos suspendidos de una hebra de pavor. Entonces la princesa se serenó lo

suficiente como para tintar la desesperada contracción de sus labios con una sonrisa; nos hizo una reverencia deliberada a cada uno y salió con movimientos casi majestuosos de la habitación.

Inmediatamente regresé a casa y le escribí una larga carta, utilizando toda la verdad como un cirujano en situación extrema guiaría el bisturí con sus mejores intuiciones. Jamás recibí respuesta. Y nuestra amistad se dio por concluida. Me encontré con ella en varias ocasiones y acabamos incluso manteniendo conversaciones agradables, pero nunca mencionamos el asunto y sus ojos siempre mostraron una gélida pátina de impersonalidad.

Desde la noche que nos encontró en el salón de Basilis, la princesa abandonó sus investigaciones sociales de modo tan abrupto como las había iniciado. Ni siquiera volvió a ir al rosicruciano de nuevo. Oí que se estaba centrando en los escasos consuelos que quedan a los desamparados: se dedicó a las bellas artes; subía escaleras respetuosamente situadas para ella en la Capilla Sixtina y observaba los frescos mediante lupas; retomó el cuidado de su voz y hasta cantó algo en público. Comenzó un viaje a Grecia, si bien regresó sin explicación alguna la semana siguiente. Pasó una temporada hospitalizada durante la que se cortó el pelo y paseaba de puntillas por los pabellones.

Al fin, el batir de alas, el revoloteo en la jaula, remitió. Había alcanzado la segunda fase de la convalecencia: el dolor mental que, por su intensidad, había devenido en dolor físico que se manifestaba en forma de movimiento, se había reducido ahora lo suficiente como para permitirle pensar. Toda su vivacidad la abandonó y pasó a descansar durante horas en los salones de sus amigos escuchando a las visitas.

Poco a poco sus antiguos dones comenzaron a reaparecer. Inicialmente a través de contadas muestras de irónico sarcasmo que se deslizaba suavemente; más tarde mediante tristes narrativas en las que aparecía desenfocada; muy gradualmente regresaron el ingenio, la energía y, finalmente, el humor.

Toda la Cábala vibraba de alegría, aunque fingía no haber notado nada. Solo una noche, cuando por primera vez durante la cena la princesa retomó su magnífico hábito de burlarse del cardenal por sus costumbres chinas, solo en aquella ocasión, al levantarse de la mesa el religioso le tomó las manos y la miró fijamente a los ojos con una sonrisa que mostraba el reproche por su larga ausencia y la celebración de su regreso. La princesa enrojeció ligeramente y besó el zafiro.

Yo, que no sé nada de estas cosas, asumí que la gran pasión había

llegado a su fin y temía verla en cualquier momento interesándose por un nuevo norteño. Pero un pequeño incidente me enseñó lo profunda que puede llegar a ser una herida.

Una tarde, en la villa de Tívoli, estábamos asomados al balcón oteando las cascadas. Siempre que se quedaba a solas conmigo, su calidez se enfriaba; parecía temer que yo pudiera intentar abordar una confidencia; los músculos de los extremos de su boca se tensaban. Desde la casa llegó hasta nosotros un arqueólogo danés muy reputado que comenzó a perorar sobre las cascadas y sus asociaciones clásicas. Repentinamente se detuvo y, girándose hacia mí, exclamó:

Oh, tengo un mensaje para usted. ¿Cómo he podido olvidar algo así? Conocí a un amigo suyo en París. Un joven estadounidense llamado Blair… déjeme recordar, ¿era Blair?

Sí, doctor.

¡Menudo joven! ¿Cuántos de ustedes, los estadounidenses, son así? Supongo que usted no lo conoce, princesa…

Sí, respondió Alix, también yo lo conozco.

¡Qué inteligencia! Es sin duda el mayor intelectual instintivo que jamás he conocido y, créanme, quizá es aún mejor al no redactar nunca nada en papel. Y tal modestia, princesa… la modestia de un gran investigador que es consciente de que todo el conocimiento que una mente humana puede retener no es más que un grano de arena. Pasé dos noches completas sobre sus cuadernos y, honestamente, sentí como si acabara de toparme con un Leonardo, de veras, un Leonardo.

Ambos quedamos embelesados, escuchando las oleadas de felices halagos, cuando, de pronto, fui consciente de que la princesa se había desmayado junto a mí con una sonrisa de felicidad en el rostro.

LIBRO CUARTO

Astrée-Luce y el cardenal

Circulaba entre los miembros de la Cábala la vaga idea de que yo estaba dedicado a la composición de una obra teatral sobre san Agustín. Ninguno de mis amigos había visto jamás el manuscrito (yo mismo me sorprendía de encontrarlo cada cierto tiempo en el fondo de mi baúl), pero era tratado con enorme respeto. *Mademoiselle* de Morfontaine, especialmente, preguntaba insistentemente por él, se paseaba de puntillas a mi alrededor y lo miraba de reojo. A esto aludía en la nota que recibí poco después de la marcha aterrorizada de Blair: Intenta organizar tu estancia en mi villa durante unas semanas. Está en perfecta calma hasta las cinco cada tarde. Puedes trabajar en tu poema.

Había llegado mi turno para un poco de paz, tras haber pasado tan recientemente por las desesperaciones de Marcantonio y Alix. Me senté con la nota en las manos durante un buen tiempo, con mi precavido sistema nervioso pidiéndome que fuera cauto, rogándome que no se escondieran detrás de la propuesta más noches histéricas. Allí tenía un lugar donde todo estaba en perfecta calma todos los días hasta las cinco de la tarde. Sin embargo, era sobre las cinco de la madrugada sobre lo que necesitaba garantías. Podrás trabajar en tu poema. Seguramente la única molestia que podía proceder de tan maravillosa dama descansaba exactamente ahí… estaría interrogándome cada mañana por los avances en el tercer acto. Sería buena idea que alguien me presionara a propósito de mi obra. Y además, ¡menuda era la bodega de mi anfitriona! Estaba claro que esta mujer estaba loca, sin duda. Pero loca de un modo agradable, con perfecta dignidad: decentemente loca con un dineral a sus espaldas. Le respondí que lo haría.

¿Qué podría haber sido más tranquilizador que aquellos primeros días? Mañanas luminosas en las que el polvo se asentaba sobre las hojas de los olivos; cuando la ladera aterrazada parecía alejarse entre la polvareda; cuando ningún sonido alcanzaba el jardín más allá del grito de un carretero

en el camino, los arrullos de las palomas posadas en las alturas a lo largo de los aleros del cobertizo del jardinero y el ruido de la cascada con su misteriosa demora, un sonido de bronce. Almorzaba a solas bajo una pérgola cubierta de parras. El resto del día lo pasaba vagando por las colinas o rodeado por los altos sillones de la poblada y curiosa biblioteca de Astrée-Luce.

Desde media tarde se podía sentir la llegada de la cena. Era patente el gradual aumento de la tensión en la hebra de la formalidad, hasta que, como la explosión de una bomba pirotécnica llena de asombrosas luces y fascinantes detalles, comenzaba la ceremonia. Durante horas se había percibido un murmullo como de abejas proveniente del ala de la casa en la que estaba ubicada la cocina; entonces se desataban las carreras de las camareras y las peluqueras por los corredores, del responsable de encender la velas, de los encargados de las flores.

El crujir de la gravilla bajo la ventana anuncia la llegada del primer invitado. El mayordomo abrocha el cierre de su cadena de oro y ocupa su lugar con los lacayos en la puerta. *Mademoiselle* de Morfontaine desciende de su torre dando ligeras patadas a la cola de su vestido para dotarlo de flexibilidad. Un cuarteto de cuerda comienza en el balcón un vals de Glazunov[91] tan apagado como si de un ensayo furtivo se tratara. La noche asume el tono de un espectáculo de Reinhardt[92].

Los invitados pasan después al salón. En la presidencia de la mesa, entre montañas de fruta y helechos o cascadas de cristal y flores, se sienta la anfitriona, habitualmente vestida de satén amarillo, con su alto y feo rostro iluminado por una sorpresa medio lunática. Habitualmente sostiene un tocado de plumas enramadas y parece poco menos que un pájaro de los Andes desaliñado por la más fría de las brisas del Pacífico.

He descrito cómo *miss* Grier daba vuelta tras vuelta a la mesa y se ubicaba en posición de oír hasta la última palabra susurrada por el más alejado de sus invitados. Astrée-Luce realizaba el procedimiento contrario y escuchaba tan poco de lo que se decía que hasta el mismo invitado de honor a menudo se veía obligado a renunciar a toda esperanza de captar su atención. Parecía haber entrado en trance; sus ojos se fijaban en algún rincón del techo como si estuviera intentando percibir el lejano cerrar de una puerta. Generalmente alguno de los cabalistas se situaba en el extremo contrario de la mesa: *madame* Bernstein, cubierta por su exquisita esclavina de pieles, con el aspecto de un chimpancé enfermo y girando de un lado a otro su animoso y afable rostro; o la duquesa d'Aquilanera, un retrato de

Moroni[93], con el vestido un tanto manchado, el rostro un tanto descuidado, pero evocando de algún modo todos los apasionados, deshonestos y espléndidos barones de su genealogía; o Alix d'Espoli haciendo magia con sus exquisitas manos y transformando a los invitados en ingeniosas, adorables y entusiastas almas. *Miss* Grier en rara ocasión asistía, pues tenía fiestas propias que dirigir. Tampoco era a menudo posible invitar al cardenal, puesto que el resto de la compañía de la noche había de ser escogida en ese caso con infinita prudencia.

Casi cada noche, tras haber abandonado la colina el último invitado o haberse marchado a la cama, cuando el último sirviente había ajustado hasta los últimos detalles, Astrée-Luce y yo descendíamos hasta la biblioteca y manteníamos largas conversaciones acompañados de unas gotas de *brandy*. Fue entonces cuando comencé a comprender a esta mujer y a ver en qué habían errado mis juicios iniciales. No se trataba de una estúpida solterona con muy abundantes medios que alimentaba una quimera regia, tampoco la ligeramente ingeniosa sentimental de los comités filantrópicos, sino una cristiana del siglo II. Una chica tímida y religiosa tan escasamente apegada a cuanto la rodeaba que podría haberse despertado cualquier día para descubrir que había olvidado su nombre y dirección.

Astrée-Luce había siempre ilustrado para mí la futilidad de la bondad sin inteligencia. La adorable criatura vivía envuelta en una bruma de verdadera devoción; su mente jamás se alejaba mucho tiempo de la contemplación de su Creador; hasta el último de sus impulsos era fruto de la más pura bondad, pero carecía de cerebro. Sus obras de caridad eran inmensas aunque irracionales, era presa de cualquiera que le escribiera una carta. Afortunadamente, sus donaciones eran limitadas, no contaba con la conciencia necesaria para ser avariciosa ni despilfarradora. Creo que habría sido muy feliz trabajando de sirvienta; habría comprendido su papel, habría encontrado belleza en este y, si su trabajo se hubiera visto colmado de humillaciones y padecimientos, esto la habría nutrido considerablemente. La santidad es imposible sin obstáculos y ella jamás pudo encontrar uno. Había escuchado una y otra vez las amenazas contra los pecados de la vanidad, la duda y la ira, pero al no haber sentido ni siquiera el más mínimo remordimiento, había atravesado las primeras etapas de la vida espiritual en pleno desconcierto. Estaba convencida de ser una cruel mujer pecadora, si bien no sabía cómo proceder para lograr reformarse. ¿Pereza? Llevaba una hora de rodillas cada mañana antes de que su asistenta apareciera. Tan complejo, es tan complejo el proceso de convertirse en una persona buena.

¿Soberbia? Finalmente, después de un intenso análisis interno, pensó que había aislado en su corazón ciertos vestigios de soberbia. Los atacó con furia. Se obligó a realizar horrorosas actuaciones en público para lograr desenraizar esta propensión. ¿Vanidad por su apariencia o su riqueza? Ensuciaba deliberadamente el corpiño y las mangas de sus prendas y sufría la silenciosa consternación de sus amistades.

Entendía la religión de modo tan literal que la vi entregar su abrigo una vez tras otra. La vi caminar kilómetros con un amigo que le pidió que lo acompañara hasta la carretera. En su villa aprendería que sus arrebatos de abstracción eran retiradas al interior de sí misma para el rezo y la adoración, muy a menudo causados por incidentes casi ridículos. En adelante ya nunca me preguntaría por qué todas las referencias a peces y la pesca la dejaban colgada de las nubes; me di cuenta de que la palabra griega para el pescado era el monograma de su Señor y actuaba en ella como la llamada del muecín lo hace en un mahometano. Un viajero hablaba a la ligera del pelícano e inmediatamente *mademoiselle* de Morfontaine se dirigía a su altar mental y suplicaba a su morador que no se afligiera por la falta de respeto hacia uno de sus símbolos más vividos. La más extraña ejemplificación de todo ello se me presentó algo más tarde. Un día encontró por casualidad sobre la consola de la entrada de mi apartamento un sobre que yo dirigía a la señorita Irene H. Spencer, profesora de latín de enseñanza secundaria en Grand Rapids, quien había llegado hasta Roma para tocar el Foro con sus propias manos. Astrée-Luce insistió inmediatamente en conocerla. Nunca expliqué a la señorita Spencer por qué había sido invitada a tan magnífico almuerzo, por qué su anfitriona había escuchado tan ensimismada su trivial discurso de viajera, ni por qué al día siguiente una cadena de oro adornada con zafiros la esperaba en su pensión. De hecho, la señorita Spencer era metodista devota y se habría escandalizado al saber que «IHS» tenía un significado.

Si bien extraña, *mademoiselle* de Morfontaine nunca era ridícula. Tan absoluta negación del ser puede, por puro exceso, convertirse en un sustituto de la inteligencia. Sin duda alguna, era capaz de realizar juicios de valor con destacable perspicacia, juicios que procedían de la intuición sin atravesar los confusos pasillos de la razón. Aunque exasperante en ocasiones, en otras abundaba en percepciones casi milagrosas de las necesidades de su interlocutor. Personas tan dispares como *donna* Leda y yo teníamos que quererla, en ocasiones, prácticamente con la condescendencia que dirigimos a un niño que no atiende a razones y, un instante después,

con admiración, con temor ante la presencia de algo con infinito potencial. ¿Con quién compartíamos, inconscientes, la velada? ¿Podía, ¡realmente!, ser…?

Esta es, pues, la persona a la que llegué a conocer durante aquellas conversaciones nocturnas en la biblioteca, acompañados por unas gotas de *brandy*. La conversación era relajada, llena de pausas y sin objetivo, sin embargo, mi apaleado instinto no podía ya obviar la convicción de que existía una cuestión de profunda importancia que deseaba sugerirme. Pronto asumí que no descansaría. Mi temor ante la revelación se vio, no obstante, incrementado por la obvia dificultad que Astrée-Luce encontraba en alcanzar el meollo de la cuestión. Finalmente, en lugar de tratar de evitar la conversación, intenté provocarla; pensé que podría contribuir aquí y allá abriendo senderos al diálogo que terminaran por conducir a sus preocupaciones. Pero no. El momento esperado quedó pendiente.

Una noche me preguntó repentinamente si supondría una gran interrupción de mi trabajo que nos marcháramos a Anzio a pasar unos días. Respondí que nada me agradaría más. Todo lo que sabía de Anzio era que se trataba de uno de los destinos turísticos costeros, a unas horas de Roma, el lugar donde se encontraba una de las villas de Cicerón, cerca de Nettuno. Añadió un tanto nerviosa que tendríamos que alojarnos en un hotel, un hotel bastante pobre; no obstante, estábamos fuera de temporada y había modos en los que podía suplir algunas de las deficiencias del servicio. Una cierta previsión podría evitar que me sintiera demasiado incómodo.

Así pues, una mañana nos subimos a un gran automóvil corriente que reservaba para los viajes y nos dirigimos hacia el oeste. El asiento trasero servía de almacén. Pude ver a una sirvienta, un reclinatorio, un gato, un verdadero panel de Fra Angélico, una caja de vino, cincuenta libros y unas cortinas. Descubrí luego que también contábamos con una abundante dotación de caviar, paté, trufas e ingredientes para elaboradas salsas con los que, en una desalentadora falta de comprensión de mis gustos, pretendía complementar los recursos de un hotel para turistas. Condujo ella misma y nada podría ser una muestra mayor de la protección celestial de que gozaba. Por el camino nos detuvimos en Ostia para que yo pudiera ver el lugar exacto en el que acontecía la última escena de mi lamentable obra. Leímos en voz alta la página de Agustín[94] y en silencio me prometí renunciar para siempre a cualquier intención de reescribirla.

En nuestra primera tarde en Anzio un viento frío sopló insistente desde el mar. Las parras y los arbustos azotaban las casas; las lámparas de los cafés

que rodeaban la plaza bailaban tristes sobre las mesas mojadas; era imposible escapar del desolador batir de las olas contra el malecón. Pero a nosotros nos gustaban esas condiciones meteorológicas. Decidimos sobre las seis pasear hasta Nettuno y regresar para la cena a las nueve y media. Nos envolvimos en plástico y comenzamos a caminar, inclinados ante el viento cargado de espuma y sintiendo un extraño entusiasmo. Durante un tiempo caminamos en silencio, sin embargo, al incorporarnos a la última porción de la carretera que descansa entre los altos muros de las villas, Astrée-Luce comenzó a hablar:

Ya te lo he contado antes, Samuele (toda la Cábala se había unido a la princesa en llamarme Samuele), la ilusión de mi vida es ver a un monarca reinando en Francia. ¡Qué imposible parece algo así ahora! Nadie lo sabe mejor que yo. Pero todo lo que más amo es improbable. Y es el hecho de que parezca tan inoportuno lo que más nos ayudará cuando nos dispongamos a preparar la inclusión del derecho divino de los reyes entre los dogmas de la Iglesia. ¡Cuánta ira se desencadenará!, ¡cuántas burlas! Incluso clérigos de relevancia vendrán a toda prisa a Roma y nos rogarán que no entorpezcamos el avance del catolicismo con una acción tal. Se producirá una gran controversia. Todos los periódicos y las revistas aullarán, sollozarán y se carcajearán; y la base del gobierno democrático en su conjunto, la locura de las repúblicas, quedará expuesta. Europa se verá libre del veneno de su interior. No tenemos nada que temer de los debates. La gente regresará a Dios y pedirá ser gobernada por esas familias que Él eligió… No obstante, no estoy tratando de convencerte de todo esto ahora, Samuele; solo lo estoy exponiendo para llegar a otra cuestión. Eres protestante, ¿te impacienta todo esto?, ¿estás cansado de mí?

No, no, por favor. Estoy muy interesado, respondí.

Llegados a este punto nuestro camino nos llevó de nuevo hasta el rompeolas. Nos detuvimos un momento en un pretil mirando el ruidoso mar que se zambullía sobre los guijarros. Comenzó a llover. Astrée-Luce se mantenía aferrada a la barandilla de hierro mirando el vapor que se elevaba de las olas; lloraba en silencio.

Quizá, continuó cuando regresamos a nuestro paseo, puedas imaginarte la décima parte de mi decepción al ver al cardenal envejecer, y a mí misma, mientras las naciones se sumen más y más profundamente en su error y tan poco se hace para evitarlo. El cardenal puede ayudarnos. Me parece que es una persona especialmente creada para ayudarnos. No olvido su trabajo en China. Fue heroico. ¡Pero menudo trabajo, mucho más importante, le

espera en Europa! Los años se suceden y él aún sigue allí, en el Janículo, leyendo y paseando por su jardín. Europa se muere. Él ni se inmuta.

En aquel momento quedé profundamente conmovido. La lluvia, sus lágrimas, los charcos y el azotador ruido del agua contra el rompeolas habían comenzado a afectarme. Todas las voces de la naturaleza continuaban repitiendo: Europa se muere. Me hubiera gustado detenerme y disfrutar yo mismo de un buen llanto sin sentido, pero tenía que escuchar la voz que resonaba a mi lado:

No puedo entender por qué no escribe. Quizá no estoy hecha para comprender. Sé que cree que la universalidad de la Iglesia es inminente. Sé que cree que una corona católica es la única forma posible de gobierno. Y sin embargo, no hace nada para ayudarnos. Lo único que le pedimos es un libro sobre la Iglesia y los estados. Piensa, Samuele, su saber, su lógica, su estilo… aunque quizá tú nunca lo has oído predicar… ¡Su ironía en la controversia y sus extraordinarios discursos! ¿Qué quedará de Bosanquet[95]? Las constituciones de las repúblicas del mundo serán arrojadas por la borda —ya me disculparás si parezco irrespetuosa hacia tu gran país— arrojadas por la borda como cáscaras de huevo. Su libro no sería solamente un libro más nacido de las imprentas; sería una fuerza de la naturaleza; sería el nacimiento simultáneo de una idea en un millar de mentes. Sería ubicado inmediatamente en el canon y encuadernado con la Biblia. Y, aun así, él pasa los días entre rosales y conejos y leyendo historias de esto y de lo otro. Quiero lograr esto durante mi vida; quiero despertar a este gran hombre a su cometido. Y tú puedes ayudarme.

Estaba entusiasmado. El aire estaba lleno de un absurdo divino. Ahí había alguien que no temía utilizar superlativos.

Esto era estar loca a gran nivel. Sería difícil regresar a la vida habitual tras estas embriagadoras amenazas contra los presidentes del planeta y los talleres de encuadernación de la Sociedad Bíblica Británica. Traté de pensar algo que decir. Murmuré algo sobre la buena voluntad.

Ella no percibió mi ineptitud. Me parece, continuó, que he descubierto finalmente una de las causas de su renuencia a unirse a nosotros. Aunque, primero, dime cómo lo valoran los distintos romanos que has conocido. ¿Cuál es su leyenda entre la gente que no lo conoce?

Aquí tuve cierto temor. ¿Podía ella estar al tanto, precisamente ella? ¿Cómo podía ninguno de esos extraños rumores haber llegado hasta sus oídos?

Pero no iba a oír nada de mi boca. Dejando a un lado la plena

sinceridad, le conté todos los comentarios favorables que había oído. Las almas sencillas quedaban cautivadas por la idea de que, exceptuando algunas obligaciones mayores, vivía con sesenta y cinco liras a la semana; que hablaba doce lenguas; que disfrutaba comiendo polenta; que pasaba tiempo en determinadas viviendas de Roma (la suya, en particular) sin ceremonial alguno; que estaba traduciendo las *Confesiones* y la *Imitación*[96] a un chino exquisito. Conocía a romanos que amaban tanto la mera idea de su existencia que paseaban por la colina del Janículo únicamente para echar un vistazo entre las verjas de su jardín y deambular alrededor de su casa con la esperanza de ofrecer a sus hijos la oportunidad de besar su anillo.

Astrée-Luce esperó en silencio. Cuando concluí, dijo con solo un ligero reproche:

Estás tratando de protegerme, Samuele. Pero lo sé todo. Hay otras historias sobre él. Sus enemigos han estado trabajando sistemáticamente para envenenar su prestigio. Sabemos que no hay nadie en Roma que sea más amable, más humilde, más magnánimo; sin embargo, entre la gente común tiene casi la reputación de un monstruo. Alguna gente se ha esforzado en difundir estos rumores deliberadamente. Y han llegado a oídos del cardenal; mediante los susurros de los sirvientes o los gritos desde la calle, por cartas anónimas, por todos los medios. Él exagera su actitud. Siente que habita un mundo hostil. Todo esto ha hecho de su vejez una tragedia. Y por eso no escribe. Pero está aún en nuestras manos salvarlo… ¡Pero mira! Ahí hay un *jirancobollo*. Vamos a comprar cigarrillos y a buscar un sitio donde sentarnos. ¡Me hace tan feliz hablar de esto!

Provistos de cigarrillos, buscamos una taberna. Nuestro anhelo evocó una en la siguiente curva de la carretera, un túnel nada atractivo cargado de humo, no obstante, nos sentamos ante dos copas de agrio vino negruzco y continuamos nuestra conspiración. Astrée-Luce confesó que si el aroma a putrefacción que estaba vinculado al nombre del cardenal hubiera sido resultado de verdaderos delitos, no podríamos aspirar a disiparlo. La verdad en cuestiones tan sutiles como los rumores sería inalterable. Pero ella sabía que las calumnias eran en su caso el resultado de una inteligente campaña y estaba segura de que una contraofensiva podría todavía endulzar su reputación. En primer lugar, nuestros enemigos se habían aprovechado de los prejuicios de los italianos contra Oriente. Un italiano obtiene el mismo escalofrío delicioso al ver a un chino que un niño estadounidense ante la mención de una presa en un río. El cardenal había regresado amarillo del Este, sin una arruga. Su forma de caminar los inquietaba. Era sencillo

construir sobre esto, hacer circular en susurros por los bajos fondos del Trastevere que custodiaba extrañas imágenes, que podían oírse animales (su jardín lleno de conejos, patos y gallinas de Guinea) agonizando ya entrada la madrugada, que su fiel sirviente chino había sido visto en todo tipo de actitudes terroríficas. Por otra parte, la frugalidad de su vida avivaba la imaginación. Todo el mundo creía que era fabulosamente rico. Rubíes tan grandes como un puño y zafiros como pomos de una puerta. ¿Dónde estaban? ¿Fuiste alguna vez a la verja del *Villino* Wei Ho?, decían. Ven conmigo el domingo. Si aspiras con suficiente fuerza podrás percibir el olor más extraño, un olor que te dejará mareado durante días y te provocará pesadillas.

Nosotros íbamos a ser los encargados de cambiar todo esto. Permanecimos sentados eligiendo un comité de rehabilitación. Tendríamos artículos en las revistas y columnas en los periódicos. Su ochenta cumpleaños se acercaba. Habría obsequios. *Mademoiselle* de Morfontaine iba a donar un retablo de Rafael a la iglesia de la que era titular. Pero, por encima de todo, nos dedicaríamos a infiltrar a nuestros agentes entre la población para hablarles de su bondad, de su sencillez, sus donaciones a los hospitales y, con la mayor de las sutilezas, de su simpatía hacia las ideas socialistas: sería el cardenal del pueblo. Conocíamos anécdotas sobre su rechazo de los arrogantes miembros del Colegio, de su defensa de un pobre que había robado el cáliz de su iglesia. China sería recreada ante los ojos de los trasteverinos. Y así en adelante. Íbamos a elevar al cardenal para que el cardenal pudiera elevar Europa.

Cuando regresamos al hotel aquella noche, Astrée-Luce parecía haber rejuvenecido diez años. Aparentemente, yo era la primera persona ante la que había esbozado su estrategia. Estaba tan deseosa de ponerse manos a la obra que, de pronto, me preguntó si me importaría volver a cerrar las maletas y regresar a Tívoli esa misma noche. Lo mejor que podíamos hacer era comenzar a trabajar la mañana siguiente. Sin embargo, lo que realmente ella deseaba era la excitación y el agotamiento que le brindaba el volante (su terrible forma de conducir) antes de marcharse a la cama. Así que volvimos a cargar el coche con la asistenta, el Fra Angélico, los ingredientes para salsas y el gato, y regresamos a Villa Horacio en torno a las dos de la madrugada.

El cardenal no podía saber que estábamos construyendo todo un andamiaje en torno a su buen nombre para darle una capa de pintura; pero tendríamos que convencerlo para que no hiciera algunas de esas cosas que

contrariaban especialmente a sus vecinos romanos. La misma mañana siguiente Astrée-Luce me rogó tímidamente que fuera a visitarlo. No sabía por qué, sencillamente tenía una vaga idea de que, puesto que ya conocía sus esperanzas, mis ojos estarían atentos a detalles significativos.

Lo encontré como podía hacerse todo día soleado del año: sentado en el jardín, con un libro sobre la rodilla, una lupa en la mano izquierda, una estilográfica en la derecha, una col y una liebre belga a sus pies. Un montón de libros descansaba sobre la mesa más cercana: *Apariencia y realidad*[97], Spengler[98], *La rama dorada*[99], Ulises, Proust, Freud. Sus márgenes habían comenzado a mostrar las anotaciones como fina red de araña en tinta verde que indicaban una atención tan extrema que avergonzaría incluso a los grandes escritores.

Dejó a un lado su lupa cuando me aproximé por el camino de polvo de conchas marinas. *Eccolo, questo figliolo di Vitman, di Poe, di Vilson, di Guglielmo James… di Emerson, che dico*![100] ¿Qué te trae por aquí?

Mademoiselle de Morfontaine desea que venga a cenar con nosotros la noche del viernes, solo nosotros tres.

Muy bien. Muy bien. ¿Qué más?

¿Qué desea para su cumpleaños, padre? *Mademoiselle* de Morfontaine quiere que lo sondee delicadamente.

¡Delicadamente!… Samuelino, pásate por la trasera de la casa y dile a mi hermana que te quedarás a comer. Voy a tomar unas verduras chinas. ¿Prefieres eso o un poco de *risotto* y crema de castañas? Puedes comprarte algo más contundente en el camino de regreso. ¿Qué tal está Astrée-Luce?

Muy bien.

Una pequeña enfermedad le vendría bien. Me siento incómodo cuando estoy con ella. Hay algunos médicos, Samuele, que no están satisfechos cuando hablan con gente con buena salud. Están completamente acostumbrados a los suplicantes ojos de los pacientes que dicen: ¿Viviré, doctor? Del mismo modo, yo nunca estoy cómodo en compañía de personas que jamás han sufrido. Astrée-Luce tiene ojos de porcelana azul. Tiene un corazón de una pureza hermosa. Es agradable estar en compañía de un corazón hermosamente puro, pero ¿qué se le puede decir?

Tenemos a san Francisco, padre…

Había sido un libertino en su juventud, o pensaba que lo había sido… *Senta!* ¿Quién puede comprender la religión si no ha pecado? ¿Quién puede comprender la literatura si no ha sufrido? ¿Quién puede entender el amor si no ha amado sin reciprocidad? *Ecc!* El primer síntoma de que Astrée-Luce

tiene problemas fue el pasado mes. Hay un cierto *monsignore* que quiere los millones de ella para sus iglesias en Baviera. Cada pocos días sube la colina hasta Tívoli y le susurra al oído: *y a los ricos los despide vacíos*[101]. La pobre criatura tiembla y bien pronto Baviera tendrá varias iglesias enormes, demasiado feas para ser descritas. Oh, ya sabes, para todo ser humano hay un texto en la Biblia que lo puede hacer temblar, al igual que todo edificio tiene una nota musical que lo puede derrumbar. No te contaré el mío, pero ¿quieres saber el de Leda d'Aquilanera? Es una persona con un gran rencor y dicen que durante el Padre Nuestro aprieta con fuerza los dientes cuando llega aquello de: *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*[102].

Tras pronunciar estas palabras, se echó a reír un largo tiempo, con el cuerpo temblando en silencio.

¿Acaso Astrée-Luce no estaba muy unida a su madre?, pregunté.

No, no ha conocido pérdidas. Eso sucedió cuando tenía diez años. La ha idealizado, eso es todo.

Padre, ¿por qué esa fe literal suya no la lleva a un convento?

Le prometió a su agonizante madre que viviría para poner a un Borbón en el trono de Francia.

¿Cómo puede usted, padre, reírse de su devoción hacia…?

Nosotros, los viejos, podemos reírnos de cosas por las que vosotros, los jóvenes estudiantes, quizá no lleguéis siquiera a sonreír. Oh, oh, la Casa de Borbón. ¿Te sorprendería si dedicara mi vida a revivir los matrimonios reales entre hermanos y hermanas de Egipto? ¡Vaya! Pues no es más imposible.

Querido padre, ¿no escribirá usted un libro más? Mire, tiene a su alrededor todos los grandes libros del primer cuarto de mi siglo…

Y bien estúpidos son también.

¿No nos haría uno? Un libro magnífico, padre Vaini. Sobre usted, ensayos como los de Montaigne… sobre China y sobre sus animales y san Agustín…

¡Detente! ¡No! Detente inmediatamente. Me asustas. ¿No ves que el primer signo de infantilización en mí sería la lunática idea de que debería escribir un libro? Sí, podría escribir un libro mejor que esta basura que tu siglo nos ha ofrecido (y con un golpe seco derrumbó la torre de libros; la liebre belga soltó un chillido y escapó por los pelos de quedar aplastada por el *Skizze* de Schweitzer[103]). Pero un Montaigne, un Maquiavelo… un… un… Swift, eso no seré nunca. Qué terrible, qué terrible sería si llegaras un día y me encontraras escribiendo. Dios me guarde de la última locura. Oh,

Samuele, Samuelino, qué mal hiciste en venir aquí esta mañana y despertar todos los vulgares orgullos de un viejo campesino. No, no los recojas. Deja que los animales los manchen. ¿Qué es lo que le sucede a este siglo XX tuyo?… ¿Queréis que os alabe porque habéis roto el átomo y dominado la electricidad? Bien, os alabo, os alabo… Puedes decirle a nuestros adinerados amigos, delicadamente, que por mi cumpleaños me gustaría tener una pequeña alfombra china que descansa ahora mismo en el escaparate de una tienda en el Corso. Sería indecoroso por mi parte que fuera más allá de decir que se encuentra en la acera izquierda al acercarte a la plaza del Popolo… El suelo de mi dormitorio está más frío cada mañana y siempre me prometí que cuando alcanzara los ochenta podría tener una alfombra en mi habitación.

¿Qué marchó mal?

La primera hora fue agradabilísima. El cardenal siempre comía muy poco (nunca carne) y lo hacía con una lentitud ridícula. Si la sopa le llevó diez minutos, el arroz requirió media hora. Sin duda, los elementos que generaron los problemas estaban presentes, sencillamente, en el carácter de estos amigos. Eran tan diferentes que el simple hecho de escucharlos conversar tenía un aire a la alta comedia. Para comenzar, Astrée-Luce cometió el error de mencionar al *monsignore* bávaro. Sospechaba que el cardenal no simpatizaba con ningún plan que pudiera ella tener de ayudar a la Iglesia en ese sentido; Astrée-Luce deseaba comentar con él el problema de su riqueza y su utilización, pero este se negaba a darle el menor consejo. El cardenal contaba con ilimitados recursos en su ingenio para evitar la cuestión. Tal y como Roma funcionaba en aquel momento, era de la mayor importancia que no ejerciera ninguna influencia en ese sentido sobre la vida de su amiga. Aun así, permitía que fuera evidente que él consideraba que Astrée-Luce gestionaría la cuestión tontamente. Lo afligía ver un instrumento para el progreso de tal calibre arrastrado por el viento de la administración eclesiástica.

Debemos recordar que estábamos en la víspera de su octogésimo cumpleaños. Ya hemos visto que la cuestión había suscitado un alud de entretenida amargura. Como diría más tarde, debería haber muerto a la hora de abandonar su trabajo en China. Los ocho años que habían transcurrido desde entonces habían supuesto un sueño de creciente confusión. Vivir es luchar y, alejado de su campo de trabajo, los más

aterradores cambios estaban teniendo lugar en su mente. La fe es una lucha, y llegado el momento en el que ya no estaba luchando, no podía encontrar su fe por ninguna parte. Tan continua lectura estaba afectándolo… Pero, ante todo, debemos recordar su pavor ante la idea de que la gente de Roma lo odiaba. Dejaría al morir un recuerdo sin afecto y sin dignidad. Una carta anónima lo había informado de que incluso en Nápoles controlaban el comportamiento de los niños con amenazas de que el Cardenal Amarillo los despellejaría. Para una persona joven, tal rumor no supondría más que una carcajada, sin embargo, un anciano se quedaba frío. Estaba abandonando un mundo en el que su imagen hacía temblar a la gente por otro mundo que no era tan nítido como lo había sido, pero que aún podía contener el consuelo de que no sería capaz de mirar desde allí y ver a gente escupiendo subrepticiamente en las terminaciones en —*issimus* que compondrían su epitafio.

Antes de que me diera cuenta estábamos en plena disputa a propósito del acto de la oración. Astrée-Luce siempre había deseado escuchar al cardenal conversar sobre cuestiones abstractas. Había tratado a menudo de conducirlo a discusiones sobre la frecuencia de la comunión y la invocación de los santos. Me había susurrado en una ocasión que estaba tratando de obtener de él material para un calendario, para un manual tan dulce como los que podía comprar en la Place Saint Sulpice. Cualquier palabra suya era sagrada. Astrée-Luce no hubiera dudado a la hora de ponerlo en una cristalera de una iglesia junto a san Pablo. Solo tras unos instantes fue consciente de que el cardenal estaba diciendo algo bastante extraño. ¿Podía ser eso parte de la Doctrina? Si cualquier palabra que el cardenal pronunciaba era difícil, lo que ella tenía que hacer era intentar comprenderla con más empeño. Verdad, nueva verdad. Y así lo escuchaba, primero con sorpresa, después con creciente pavor.

El cardenal se abalanzó sobre la paradoja de que en la oración uno jamás debería pedir nada. Su dialéctica estaba realizando un trabajo increíble. Había decidido ser socrático y planteaba preguntas a Astrée-Luce. La hizo naufragar en varios supuestos ortodoxos. Dos veces cayó en la herejía y fue condenada por los concilios. Astrée-Luce se aferró a san Pablo, sin embargo, la epístola se deshizo en sus manos. Logró salir a la superficie por tercera vez, pero fue golpeada por un fragmento de santo Tomás de Aquino. La semana anterior el cardenal había sido llamado al lecho de muerte de una tal *donna* Matilda della Vigna, y era la pobre *donna* Matilda la que ahora más pesaba en la argumentación. ¿Por qué era

exactamente por lo que los familiares habían estado rezando? Astrée-Luce era fácilmente alejada de las posiciones más obvias. Quedó aterrada. Finalmente, se levantó:

No lo entiendo. No lo entiendo. Está usted bromeando, padre. ¿No le da vergüenza decir tales cosas para desconcertarme cuando sabe cuánto valoro cuanto usted dice?

Bien, mira, continuó el cardenal. Preguntaré a Samuele sobre esto. Puesto que no es más que un protestante, será muy fácil enredarlo. Samuele, ¿debo asumir que Dios pudiera haber previsto que *donna* Matilda muriera en poco tiempo de cualquier modo?

Sí, padre, puesto que murió aquella misma noche.

Sin embargo, pensamos que si rezamos con toda sinceridad podemos hacerlo cambiar de idea…

Pero… existe una autoridad en nuestra esperanza de que en situaciones extremas nuestras oraciones pueden…

Y, no obstante, murió. ¡Por lo que no fuimos lo suficientemente sinceros! ¡O perseverantes! ¡Vaya! A veces cede y a veces no, y se espera de los cristianos que recen decididamente ante la posibilidad de que esta sea una de esas ocasiones en las que Dios puede ablandarse. ¡Menuda idea! Astrée-Luce, ¡menuda idea!

Padre, no puedo quedarme aquí y oírlo hablar de esta forma…

Menuda imagen de estas cosas. Escucha. Es inconcebible que Dios pueda cambiar de idea. ¿Por qué? ¿Porque nosotros, asustados mortales, estamos de rodillas? ¡Oh! Eres esclava de la idea del regateo. ¡Los mercaderes aún están en el templo!

En ese momento, Astrée-Luce, bastante pálida, regresó al cuadrilátero con una última y arriesgada maniobra: Pero, padre, usted sabe que Dios responde a las solicitudes de un buen católico. Entonces añadió en un tono de voz más bajo, con lágrimas en los ojos: Usted estaba allí, querido padre. Si usted lo hubiera deseado vehementemente podría haber alterado el…

Ante estas palabras el cardenal se levantó de su silla gritando con ojos terroríficos: ¡Lunática cría! ¿Qué estás diciendo? ¿Yo? ¿¡Acaso yo no he sufrido pérdidas!?

Astrée-Luce se arrojó al suelo ante el cardenal. Usted ha dicho todo esto para probarme. ¿Cuál es la respuesta? No lo dejaré marchar hasta que me lo diga. Querido padre, usted sabe que las oraciones son respondidas. Pero sus inteligentes planteamientos han desbaratado todo mi viejo… mi viejo… ¿Cuál es la respuesta?

Ven, siéntate, hija mía, y dímelo tú misma. ¡Piensa!

Así continuamos durante otra media hora. A cada instante yo estaba más sorprendido. La mera oración como problemática fue pronto dejada atrás. Era la idea de una fuerza benigna tras el mundo la que era cuestionada. Para el cardenal se trataba de un ejercicio de retórica, afilado por su temperamental escepticismo por una parte y por su latente resentimiento hacia Astrée-Luce por otra. Era un tipo de cuestionamiento que no hubiera tenido efecto alguno en creyentes instruidos y cuerdos. Era un desastre para Astrée-Luce porque esta era una mujer sin razonamiento que solo en aquella ocasión estaba tratando de razonar. Le habría encantado ser una profunda pensadora, por lo que cuando se precipitó, lo hizo por su deseo de ser una persona diferente.

Y continuaba y continuaba. Ante cada nueva propuesta, el cardenal exclamaba: ¡Regateo! ¡Puro regateo!, y señalaba que las oraciones de Astrée-Luce provenían del miedo o del desmesurado deseo de consuelo. Astrée-Luce estaba desmoronándose. Me situé detrás de su silla e intercedí con el cardenal por señas. ¿La estaba atormentando por capricho? ¿Era consciente de la devoción que ella le guardaba?

Finalmente, Astrée-Luce pareció ver una luz:

La cabeza no para de darme vueltas, aunque ahora sé lo que pretende que conteste. No debemos pedir cosas, o por otras personas, o alivio de la enfermedad, pero podemos rogar cualidades espirituales; ¿por ejemplo por el avance de la Iglesia?…

¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Cuántos años hemos pasado orando por una determinada buena intención? ¿Qué nos han mostrado las estadísticas?… Me refiero a la conversión de Francia.

Con un grito, Astrée-Luce se levantó y salió de la habitación. Me atreví a protestar.

Es una estupidez, Samuelino. No puedes llamar profundas convicciones a algo que se demuele con paja. No, créeme. Esto es por su bien. He sido confesor demasiado tiempo como para equivocarme en esto. Tiene las ideas espirituales de una colegiala. Debería soportar cargas mayores. Comprende que ella nunca ha sufrido. Es buena. Es devota. Pero como te decía el otro día, solo la casualidad le ha evitado que se las vea con verdaderos problemas.

De cualquier modo, Eminencia, la conozco suficientemente bien como

para saber que en este momento está en su capilla, pegada a la barandilla del altar. Estará semanas deprimida.

Sin embargo, justo entonces Astrée-Luce regresó. Sus gestos eran nerviosos y artificialmente refinados. ¿Me excusa que me marche a la cama?, se disculpó (nunca volvió a llamarlo «padre» de nuevo). Por favor, quédese y charle con Samuele.

No, no. Debo marcharme. Aunque, antes de irme, déjame que te diga una última cosa. Las verdades reales son difíciles. Inicialmente resultan intimidatorias. Pero valen más que todo lo demás.

Pensaré lo que hemos comentado… Yo… Yo… Disculpe, ¿puedo preguntarle algo?

Claro, hija. ¿De qué se trata?

Prométame que no estaba bromeando.

En absoluto bromeaba.

¿De veras lo oí decir que las oraciones de los hombres buenos no tienen…? No importa. Buenas noches. ¿Me disculpa que me marche ahora?

Y ambos se marcharon.

Yo me fui a la cama preocupado. Estaba preocupado por Astrée-Luce. ¿Iba a perder su fe? ¿Qué hacen los testigos en tal caso? La pérdida de la fe es siempre cómica para aquellos ajenos a la cuestión, especialmente cuando el afectado se encuentra en buen estado de salud, cuenta con medios económicos y una mente razonablemente estructurada. La pérdida de cualquiera de estas tiene una cierta grandeza; Astrée-Luce debería tener vinculada su pérdida de fe a una de estas cuestiones. No es algo que uno pierde en un día soleado.

Me despertó de un sueño atormentado un discreto pero continuo golpeteo en mi puerta. Era Alviero, el mayordomo.

Madame pide que se vista y acuda a verla en la biblioteca, por favor.

¿Qué sucede, Alviero?

No lo sé, *signorino. Madame* no ha dormido nada. Ha estado arrodillada en la iglesia.

De acuerdo, Alviero. Estaré allí en un minuto. ¿Qué hora es?

Las tres y media, *signorino*.

Me vestí rápidamente y salí a toda prisa hacia la biblioteca. Astrée-Luce llevaba aún el mismo vestido de la cena. Tenía el rostro pálido y demacrado; el cabello, desaliñado. Vino hacia mí con los dos brazos extendidos: Me disculparás que te mandara buscar, ¿verdad? Quiero que me ayudes. Dime: ¿te incomodaron las extrañas cosas que el cardenal Vaini dijo tras la cena?

Sí.

¿Tenéis los protestantes ideas sobre estas cosas?

Oh, sí, *mademoiselle* de Morfontaine.

¿Eran nuevas sus ideas? ¿Es lo que todo el mundo piensa?

No.

Oh, Samuele, ¿qué me ha sucedido? He pecado. He cometido el pecado de la duda. ¿Volveré a tener paz en algún momento? ¿Puede volver a aceptarme el Señor después de haber tenido tales pensamientos? Por supuesto, por supuesto, creo que mis oraciones se ven respondidas, pero he perdido… la… la razón por la que creo en ello. Sin duda tiene que haber una clave aquí. Quizá se trata solo de una palabra. Lo único que hay que hacer es encontrar un pequeño argumento que hace de todo ello una cuestión natural. ¿No es extraño? He estado buscando aquí (y señaló a la mesa, que estaba cubierta de libros abiertos: la Biblia, Pascal, la *Imitación*) pero parece que no soy capaz de colocar el dedo en el lugar adecuado. Siéntate e inténtalo, y dime, mi querido amigo, qué argumentos existen que defiendan que Dios nos escucha y nos responderá.

Hablé con ella durante bastante tiempo, aunque no logré nada. Quizá solo conseguí empeorar la situación. Le dije que estaba seguro de que ella aún creía. Le mostré que el mismo hecho de que estuviera afligida por todo ello demostraba que era una furiosa creyente. Tras una hora sumidos en este combate, Astrée-Luce pareció un tanto consolada, no obstante, y tomando un abrigo de pieles, regresó a su fría capilla y rezó diligentemente por su fe hasta que llegó la mañana.

En torno a las diez apareció en el jardín y me pidió que leyera una nota que enviaba al cardenal. Quería hacerla pasar por mis manos. «Querido cardenal Vaini, siempre lo respetaré por encima del resto de mis amigos. Creo que me ama y desea lo mejor para mí. Pero en su gran sabiduría y múltiples intereses ha olvidado que los que no somos brillantes debemos aferramos a nuestras creencias infantiles lo mejor que sepamos. He sufrido una indescriptible desazón desde la noche de ayer. Quiero pedirle un favor: que consienta mi debilidad hasta el punto de no abordar cuestiones de fe cuando me encuentre en su presencia. Es para mí muy doloroso tener que pedirle esto. Le ruego que lo comprenda como algo completamente alejado de cualquier sentimiento personal de hostilidad. Espero alcanzar la suficiente fortaleza para dialogar sobre estas cuestiones con usted de nuevo».

Era una carta bastante pobre, si bien quizá se debía al contenido. Le

sugerí tímidamente que omitiera la última oración. Así que, la pasó a limpio y la envió mediante un mensajero especial.

Pronto llegó el día en el que concluía mi estancia en la villa. Astrée-Luce vino a mi habitación para una última conversación.

Samuele, has estado conmigo en los días más tristes de mi vida. No puedo negar que todo interés por la vida se ha evaporado para mí. Sigo creyendo, sin embargo, no creo del modo que solía. Quizá no fue correcto que viviera del modo que lo hice. Ahora sé que me levantaba cada mañana repleta de una felicidad indescriptible. Muy difícilmente me abandonaba. Nunca había pensado con antelación que mis creencias fueran en sí mismas increíbles. Solía presumir de que lo eran, pero no sabía lo que estaba diciendo. Ahora paso horas en las que oigo una voz que me dice: No existe oración. No hay Dios. Hay personas y árboles, millones en ambos casos, muriendo a cada momento… Volverás a visitarme de nuevo, ¿verdad, Samuele? ¿Te he hecho muy desagradable la estancia en la casa?

Cuando llegué a mi apartamento en Roma, encontré tres cartas del cardenal en las que me pedía que fuera a verlo de inmediato. En cuanto crucé la verja, vino hacia mí impaciente:

¿Cómo está? ¿Está bien?

No, padre, está muy apesadumbrada.

Entra, hijo mío. Debo hablar contigo.

Cuando entramos en su estudio, cerró la puerta a su espalda y dijo con gran emoción: Quiero decirte que he pecado, he cometido un gran pecado. No podré descansar hasta que haya tratado de reparar el daño que he provocado. Mira, mira esta carta que me ha escrito.

Sí, la he visto.

Su carta me prohíbe explicarle lo que quiero decir. ¿No hay modo en que pueda tranquilizarla?

Solo queda una forma ya. Debe recuperar toda su confianza antes de abordar cuestiones como aquellas de nuevo. Debe entrar y salir de su casa como si nada hubiera pasado…

Oh, ¡pero no volverá jamás a invitarme!

Sí, los invitará a cenar bien pronto, a *donna* Leda, a Alix, a *monsieur* Bogard, a todos.

¡Gracias a Dios! Gracias, Dios mío, gracias, Dios mío, gracias, Dios mío…

¿Puedo hablarle con franqueza, Eminencia?

Sí. Soy un pobre anciano, todo errores. Háblame como te plazca.

Si acude a la cena, tenga cuidado con no dejar caer ningún comentario sobre cuestiones religiosas. Se lo ruego, no lo intente, no lo haga, no trate de recuperar su posición con algún comentario ortodoxo. Ella puede malinterpretar cualquier palabra y pensar que está usted de nuevo atacando su fe. Esto es muy serio. Sus ideas no son ortodoxas, padre, y si pronuncia algo ortodoxo, no sonará sincero, y eso sería lo peor de todo. Pero si entra y sale sencillamente y con cariño, perderá su pavor hacia usted…

¡Pavor hacia mí!

Sí, y muy gradualmente, quizá transcurrido un año, usted pueda…

¡Quizá no llegue a vivir un año!

Es muss sein![104]

Mis últimas palabras le parecieron graciosas y tristemente tarareó a Beethoven, tras lo que añadió: Todos los senderos de la vida conducen a esto.



Es muss sein. Tendría que haberme quedado en China. (En ese momento quedó en silencio durante un tiempo, exhalando profundos suspiros y mirando fijamente sus amarillas manos). Dios ha decidido llevarse mi razón. Soy un idiota, caigo en cada trampa. Oh, si hubiera muerto mucho tiempo atrás… y sin embargo no puedo morir hasta que haya enmendado esto. Acércame ese libro rojo que tienes a tu espalda. Hay dos obras sobre ancianos, Samuelino, que para un viejo se hacen cada día más queridas. Ahí está tu rey Lear y (abriendo *Edipo en Colono*, tradujo lentamente):

¡Oh, queridísimo hijo de Egeo! La vejez y la muerte a su tiempo solo a los dioses no alcanza. El tiempo, que todo lo puede, arrasa todas las demás cosas. Se consume el vigor de la tierra, se consume el del cuerpo, perece la confianza, se origina la desconfianza y no permanece el mismo espíritu ni entre los hombres amigos…[105] E inclinando su cabeza dejó el libro caer al suelo. *Es muss sein*.

No acudí a aquella cena. Cené a solas con *miss* Grier en la ciudad, pero

en torno a las diez fuimos hasta Tívoli para compartir la sobremesa. Mientras nos dirigíamos hacia allí, le describí discretamente la relación que ahora existía entre dos de sus mejores amigos. ¡Oh, qué estúpido es!, se lamentó. ¡Qué cruel! Cuánto ha olvidado. ¿No ve que todo descansa, no tanto en la cuestión abstracta de si sus oraciones obtendrán respuesta, sino en la cuestión de si una, ¡una!, oración puede ser respondida? Sus oraciones por Francia… ¿Acaso no cree él que esas cosas son reales para otra gente?

Piensa que una pequeña duda será buena para ella. La describe como la mujer que nunca ha sufrido.

Chochea. Estoy tan enfadada que me siento enferma.

Mientras pronunciaba estas palabras, nuestro coche se hizo a un lado para dejar pasar a otro que se dirigía a toda prisa hacia Roma. Era el inmenso y feo coche de los viajes de *mademoiselle* de Morfontaine. El cardenal viajaba en él.

¡Ahí está!, exclamó *miss* Grier. Deben de haber terminado pronto.

Algo ha pasado, dije yo.

Sí, es muy posible que haya pasado algo, Dios nos coja confesados. Si todo fuera bien, Alix estaría en el coche con él. Nuestro maravilloso grupo se disuelve. Alix ya no nos cree. Leda está perdiendo su habitual sentido común. Astrée-Luce se ha peleado con el cardenal. Mejor abandono Roma y me vuelvo a Greenwich.

Al acercarnos a la villa fuimos conscientes de que algo tenía de hecho que haber sucedido. La puerta frontal estaba abierta. Los sirvientes estaban reunidos en el vestíbulo susurrando frente a las puertas cerradas de los salones. Cuando entramos, estas se abrieron y Alix, *donna* Leda y *madame* Bernstein aparecieron sosteniendo a una llorosa Astrée-Luce. La guiaron escalera arriba hacia su torre. *Miss* Grier, sin preguntar a los sirvientes qué había sucedido, les pidió amablemente que regresaran a sus habitaciones. Pasamos al salón a tiempo para ver a *monsieur* Bogard salir por otra puerta con aspecto considerablemente afectado. Nos sentamos en silencio, con la mente llena de presentimientos. Simultáneamente, fuimos conscientes de un ligero olor a pólvora y humo, y mirando a mi alrededor mis ojos se posaron sobre una hendidura cercana al techo bajo la que se había acumulado en el suelo un montoncito de polvo blanco. *Madame* Bernstein entró a la carrera y, tras cerrar la puerta cuidadosamente a su espalda, se dirigió a nosotros:

Ni un alma puede saber esto. Oh, hay que guardarlo tan en secreto… ¡Lo que ha sucedido! Todo es posible después de esto. Menuda bendición

que no hubiera criados en la habitación cuando…

Miss Grier le preguntó varias veces qué había sucedido.

Yo no sé nada. Difícilmente puedo creer a mis propios sentidos, exclamó. Astrée-Luce debe de haberse vuelto loca. Elizabeth, ¿me creerás si te digo que estábamos aquí sentadas tan tranquilas con nuestro café…? ¡Mira, mira! ¡No había visto ese agujero en el techo antes!… ¿No es todo terrorífico?

¡Por favor, Anna, por favor, dinos qué ha pasado!

Lo haré… Estábamos sentadas tomando café, charlando en voz baja de esto y de lo otro, cuando de pronto Astrée-Luce se dirigió al piano, tomó un revólver de entre las flores y disparó al bueno del cardenal.

¡Anna! ¿Está herido?

No. Ni siquiera se le acercó. Pero ¡qué cosa! ¿¡Qué puede haberla llevado a hacer algo así!? Éramos amigos… éramos todos tan buenos amigos… No entiendo nada.

Intenta recordar, Anna: ¿dijo ella algo cuando disparó al cardenal o antes de disparar?

Eso es lo más extraño de todo. No me creerás. Gritó: El demonio está aquí. El demonio ha venido a esta habitación. ¡Al cardenal!

¿De qué estaba hablando él?

¡De nada! Solo de cosas cotidianas. Habíamos estado contando historias sobre los campesinos. Nos había estado hablando acerca de ciertos agricultores que se había encontrado en sus paseos en los alrededores de San Pancrazio[106].

Alix apareció repentinamente: Elizabeth, sube a verla rápidamente. Quiere verte. Está sola.

Miss Grier se marchó corriendo.

Alix se giró hacia mí:

Samuele, tú conoces al mayordomo mejor que nosotras. ¿Te importa salir y decirle que Astrée-Luce ha sufrido una crisis nerviosa? Que creyó ver a un ladrón en la ventana y que le disparó. Es muy importante por el bien del pobre cardenal que nada de esto se sepa.

Salí y encontré a Alviero. Este sabía que la explicación era insuficiente, pero, gracias a su devoción total a la Cábala, podíamos confiar en él para que adornara la historia en los puntos exactos y que esta convenciera al resto de sirvientes.

Alix no entendía lo que se ocultaba detrás del disparo, sin embargo, era capaz de recordar la conversación que había conducido a este. El cardenal

había contado la siguiente historia sencilla, un incidente que había presenciado en uno de sus paseos por el exterior de la muralla de la ciudad:

Un campesino trataba de que su hija de seis años dejara de llorar constantemente. Una tarde la llevó de la mano al centro de un baldío pantanoso, con mucha vegetación y nudosos juncos bien por encima de la cabeza de la niña. Una vez allí, soltó de pronto la mano de su hija diciendo: Entonces, ¿vas a seguir llorando? La niña, con un último envite de orgullo contrariado y comenzando a sentir miedo, se puso a llorar. De acuerdo, gritó el padre, no queremos niñas malas en nuestra casa. Te voy a dejar aquí con los tigres. Adiós. Y, dando un salto fuera de la vista de la niña, se dirigió a una cantina en las estribaciones del baldío y se sentó durante una hora a jugar a las cartas. La niña se extravió de montículo en montículo, gimiendo. En su debido momento el padre reapareció y, tomándola con cariño de la mano, la llevó a casa.

Eso era todo.

Pero Astrée-Luce nunca había aprendido, como nos ha sucedido al resto, a endurecer su corazón ligeramente ante historias de crueldad o injusticia. Podía no haber sufrido pérdidas en carne propia, sin embargo, siempre había estado dispuesta a exponer su imaginación al envite brutal de los pérfidos actos de terceros. Una anécdota como esta habría generado en otros un suspiro, una ligera contracción de los labios a modo de protección y una sonrisa de gratitud por su feliz conclusión. Pero para Astrée-Luce era el más vivo recuerdo de que el dios cuya tarea era velar por el mundo, atendiendo a las necesidades de los desalentados y los maltratados, ya no existía. El cardenal lo había matado. No había nadie que pudiera tranquilizar al caballo que había sido apaleado hasta la muerte. Las crías de gato que los niños arrojaban contra la pared no tenían quien hablara en su nombre. El perro atormentado que mantenía los ojos fijos en el rostro de ella y le lamía las manos incluso cuando sus ojos se nublaban no tendría más consuelo que el que pudiera ofrecerle ella. Esta historia que contaba el cardenal no era casual: escondía una alusión encubierta a su conversación de la semana anterior. Era una mofa. Era una suerte de maldición. Mira el mundo sin Dios, estaba diciendo el cardenal. Acostúmbrate. Si ella había perdido a Dios, oh, con cuánta claridad se había quedado con el demonio. Aquí estaba, triunfando en esta historia lacerante. Astrée-Luce se dirigió al piano, tomó el revólver de entre las flores y disparó al cardenal gritando: ¡El demonio está en esta habitación!

Conduciendo de regreso esa noche, el cardenal se repetía una y otra vez

las palabras: ¡Entonces estas cosas son reales! Había necesitado el disparo de Astrée-Luce para demostrarle que la fe se había convertido mucho tiempo atrás en un juego delicioso para él. Un silogismo apilado sobre otro silogismo, pero con cimientos diáfanos. Se esforzó en recordar cómo era la fe cuando la había tenido. Hacía pasar una y otra vez ante su mente la imagen del joven sacerdote exhortando en China a las familias de los mandarines. Ese era él. Oh, desandar el camino. Regresaría a China. Si fuera capaz de mirar de nuevo a esos rostros serenos con la serenidad que él les había entregado, quizá podría recuperarla de nuevo. Sin embargo, junto a esta esperanza descansaba una certeza terrible: ninguna palabra podría describir la convicción con la que se vio a sí mismo culpable del mayor de los pecados. El asesinato era un juego de niños comparado con lo que él había hecho.

El movimiento del dedo sobre el gatillo había hecho otro tanto por Astrée-Luce. Al despertar, temió haberlo herido, más tarde, el miedo a haberse alejado más allá de la capacidad de perdón del cardenal fue superior de lo que habría sido su tristeza en un mundo sin fe. Me fue encargado a mí portar de uno a otro los primeros mensajes de ansioso afecto. Cuando Astrée-Luce y el cardenal descubrieron que vivían en un mundo en el que estas cosas podían perdonarse, que ninguna acción era tan compleja como para que el amor las entendiera o las ignorara, ese día comenzaron sus vidas de nuevo. Esta reconciliación no fue nunca puesta en palabras, de hecho se mantuvo hasta el final en un mero estado de esperanza. Deseaban verse el uno al otro, no obstante, habría sido imposible. Soñaban con una de esas largas conversaciones que nunca suceden sobre la tierra, pero que se proyectan con tanta facilidad a medianoche, a solas y en plenas facultades mentales; palabras que no son lo suficientemente ricas, besos que no son lo suficientemente convincentes para reparar todos nuestros estragos.

El cardenal recibió permiso para regresar a China y partió pocas semanas más tarde. Varios días después de zarpar de Adén, cayó preso de una fiebre y supo que iba a morir. Llamó al capitán y al médico de a bordo y les dijo que si lo arrojaban al mar tendrían que afrontar la indignación de la Iglesia, sin embargo, estarían cumpliendo con su más profundo deseo. Tomó cuantas medidas pudo para hacer recaer sobre sí la responsabilidad de tal irregularidad. Mejor, mejor verse sacudido por las corrientes del mar de Bengala y ser olfateado por algún tiburón que descansar, pecador de

pecadores, bajo una tumba de mármol con el inevitable *insignis pietate*, el ineludible *ornatissimus*.

LIBRO QUINTO

El ocaso de los dioses

Cuando llegó mi hora de dejar Roma, dispuse varios días para las últimas acciones de piedad, piedad en el sentido romano. Escribí una nota a Elizabeth Grier para fijar una larga charla tardía en la víspera de mi partida. Hay algunas preguntas que me gustaría plantearle, le escribí, que nadie puede responder. Más tarde fui al *Villino* Wei Ho y estuve una hora con la hermana del cardenal. Las gallinas de Guinea estaban menos locuaces que anteriormente y los conejos andaban aún a saltos por el jardín buscando brotes de violetas. Fui a Tívoli y miré a través de la verja de hierro de Villa Horacio. Ya tenía el aspecto de haber estado deshabitada durante años. *Mademoiselle* de Morfontaine había regresado a sus propiedades en Francia y vivía en el más cerrado retiro. Decían que no abría carta alguna, pero yo le escribí una nota de despedida. Pasé incluso una tarde en los sofocantes salones del palacio Aquilanera, donde *donna* Leda me transmitió a modo de gran confidencia la noticia del compromiso de su hija. Aparentemente, el joven era incapaz de demostrar que tuviera un primo entre las ventosas cortes europeas, su familia era simplemente italiana, no obstante, poseía un moderno palacio. Finalmente, un cuarto de baño haría su aparición en la Casa de Aquilanera. ¡Cómo pasa el tiempo!

Mi actividad final de más entidad fue un viaje para visitar la tumba de Marcantonio. La encontré junto al cementerio local cercano a la Villa Colonna-Stiavelli. Al chico le habían negado suelo sagrado, sin embargo, en su desconcierto y amor la madre había construido una pared falsa de piedra y escaramujo que parecía incluir la tumba entre aquellas almas quela Iglesia consideraba encomendadas con seguridad el Día del Juicio Final. Tomé asiento y me dispuse a pensar en él. Yo era quizá la única persona del mundo que comprendía lo que lo había llevado hasta allí. La última obligación de la amistad sería pensar en él. Pero algunos pájaros cantaban, un hombre y su mujer cultivaban la tierra en la parcela colindante, el sol

brillaba con fuerza. Por mucho que lo intentara, no era capaz de conservar mis pensamientos vinculados a mi amigo, no era difícil recordar su rostro o meditar en torno a la disipación; sin embargo, la reflexión verdaderamente elegiaca se me escapaba, Marcantonio. Conduje de regreso a Roma avergonzado de mí mismo. Aunque había sido un maravilloso día de campo en el inolvidable clima de junio.

Existía una amistad a la que no podía regresar; no podía ir a visitar a Alix. Siempre que me la encontraba por azar, la barrera de sus párpados entrecerrados me anunciaba que nunca volveríamos a mantener largas charlas de nuevo.

Cerrar el apartamento fue suficiente melancolía. Ottima y yo pasamos horas empaquetando, con las cabezas inclinadas sobre las cajas y repletas de inminentes despedidas. Ella regresaría a su taberna de la esquina. Mucho antes de que yo comprara mi pasaje, Ottima había comenzado a rezar por aquellos en peligro en alta mar y a tomar nota de los días ventosos. Tras una agotadora lucha conmigo mismo, decidí entregarle el pastor alemán. El cariño de Kurt estaba dividido a partes iguales entre nosotros dos; en Europa o en Estados Unidos suspiraría por un amigo ausente. Ottima y Kurt envejecerían juntos en una vida llena de exquisitas atenciones mutuas. Estoy seguro de que antes de que me marchara al hotel para la última noche, Kurt sabía que me estaba despidiendo de él. Hubo una grandeza que no pude igualar en el modo en el que afrontó la inevitable situación. Colocó una pata sobre mi rodilla y miró a derecha e izquierda profundamente turbado. Entonces se tumbó, colocó el morro entre las patas y ladró dos veces.

Encontré a Elizabeth Grier a medianoche, sentada en la biblioteca que Blair había catalogado. Su pequeño y bien proporcionado rostro parecía cansado y, después de algo de conversación poco entusiasta, me dispuse a marcharme. Me recordó que yo le había señalado mi intención de hacerle algunas preguntas.

Mis preguntas son más difíciles de plantear que de responder.

Inténtalo.

Miss Grier, ¿sabía que usted y su grupo de amigos eran llamados la Cábala?

Sí, por supuesto.

Nunca conoceré amistades como estas. Y, sin embargo, parece existir un último secreto sobre ustedes que nunca he sido capaz de desvelar. ¿Tiene algo que contarme que me muestre cuál era su propósito, cómo se

encontraron los unos a los otros y qué los hace tan diferentes de todos los demás?

Miss Grier se tomó unos minutos para reflexionar. Permaneció sonriendo de forma extraña y acariciando con la yema de los dedos las raíces de su cabello junto a la sien izquierda. Sí, dijo, pero solo logrará enfurecerte si te lo cuento. Es además una larga historia.

No es larga, *miss* Grier, si bien usted insistirá en prolongarla porque odia que sus invitados se marchen antes del amanecer. No obstante, la escucharé durante horas si me promete arrojar algo de luz sobre la Cábala y las cenas en Villa Horacio.

Bueno, en primer lugar, Samuele, debes saber que los dioses de la Antigüedad no murieron con la llegada del cristianismo… ¿Por qué te sonríes?

Es usted adorable. Ha decidido que su explicación será eterna. Me intereso por el cardenal y usted se remonta a Júpiter. ¿Qué sucedió con los dioses de la Antigüedad?

Como es natural, cuando comenzaron a perder creyentes, empezaron también a perder algunos de sus atributos divinos. Incluso se vieron capaces de morir si así lo deseaban. Pero cuando uno de ellos moría, su divina cabeza era transferida a otra persona; en cuanto Saturno muere, un hombre de algún otro lugar siente una nueva personalidad descender sobre él como una camisa de fuerza. ¿Me sigues?

¡Venga, *miss* Grier!

Te advertí que te enfadaría.

No pretenderá decir que todo esto es cierto…

No te voy a decir si esto es cierto, una alegoría o un completo sinsentido… Ahora te voy a leer un extraño documento que cayó en mis manos. Fue escrito por un holandés que se convirtió en el dios Mercurio en 1912. ¿Me estás escuchando?

¿Tiene algo que ver con la Cábala?

Sí. Y contigo. Porque a veces creo que tú eres el nuevo dios Mercurio. Sírvete un poco de ese clarete y escucha en silencio.

Nací en una parroquia holandesa en 1885. Traía locos a mis padres y era el terror del pueblo, era un pequeño mentiroso y ladronzuelo que disfrutaba por completo de su salud y su ingenio. Mi verdadera vida comenzó una mañana de mi vigésimo séptimo año, cuando experimenté el

primero de una serie de violentos dolores en el centro de mi cabeza. Esta fue mi deificación. Alguna mano poco cuidadosa estaba vaciando el fondo de mi cráneo de su estúpido cerebro gris y rellenándolo con el gas divino del instinto. Mi cuerpo también tenía su parte en todo esto: toda célula microscópica había de ser transformada; no enfermaría, envejecería ni moriría, excepto cuando yo así lo decidiera. Como historiador de los dioses, tengo que dejar constancia de un accidente mediante el que, a través de una monstruosidad en las leyes espirituales, un Apolo del siglo XVII no llegó a deificarse completamente: un brazo permaneció corruptible.

Fue entonces cuando descubrí el primer gran atributo de nuestra naturaleza, esto es: desear algo es lograrlo. No cae repentinamente en tus manos o desciende en una rosada neblina sobre tu alfombra. Pero las circunstancias inician un discreto baile a tu alrededor y aquello deseado te es dado mediante la más ingeniosa imitación posible de las leyes naturales y de la probabilidad. Los científicos dirán que nunca han visto la secuencia de causa y efecto interrumpida a instancias de la oración, la recompensa divina o el justo castigo. ¿Creen estos estúpidos que sus capacidades de observación son más inteligentes que los mecanismos de un dios? Las pobres leyes de causa y efecto son tan a menudo dejadas a un lado que pueden ser definidas como meras aproximaciones. No soy solo un dios, sino también un planeta, y hablo de cuestiones que conozco. Así que robé los ahorros que mi madre guardaba debajo de la almohada y me marché a París.

Pero fue en Roma donde fuimos por última vez adorados con nuestros propios nombres y es allí hacia donde somos irresistiblemente convocados. Durante el viaje descubrí gradualmente otros elementos de mi nuevo ser. Despertaba por la mañana y percibía que ciertas dosis de información habían sido depositadas en mi mente durante la noche, el envidiable conocimiento, por ejemplo, de que tenía la capacidad de «pecar» sin remordimientos. Crucé la Puerta del Popolo[107] una medianoche de junio de 1912. Recorrí a toda velocidad el Corso, salté la valla que rodea el Foro y me lancé hacia las ruinas de mi templo. Tras toda la noche en mitad de una fina lluvia, me arranqué la ropa alegre y angustiado, mientras valle arriba llegaba una interminable y fantasmal procesión cantando mis himnos y ocultándome en una torre de incienso. Con la llegada del alba, mis fieles se desvanecieron y las alas dejaron de batir en mis talones. Escalé de nuevo para salir de las hundidas ruinas y me lancé a la neblina de las calles en busca de algo de café.

Nunca tengo reflexiones divinas: todas mis acciones llegan por sí mismas. Si me detengo a pensar, caigo en el error.

Durante el año siguiente logré mucho dinero en las carreras de Parioli[108]. Especulé con trigo africano y películas de cine. Me dediqué al periodismo y las tergiversaciones que sembré habrán aplazado la recuperación europea de la guerra muchas décadas. Me encanta sembrar la discordia entre dioses y hombres. Siempre he sido feliz. Soy el más feliz de los dioses.

Había sido llamado a Roma para servir como mensajero y secretario de los dioses, pero más de un año transcurrió antes de que lograra reconocer a uno solo de ellos. La Iglesia de Santa María sobre Minerva está construida sobre un antiguo templo dedicado a esa diosa. Allí la encontré un día. Estaba tan impaciente por descubrir al resto que desobedecí las leyes de mi naturaleza y me lancé a su búsqueda. Pasé horas merodeando por la estación a la caza de divinidades recién llegadas. Una noche paseaba por el andén a la espera del expreso de París. Una premonición me tenía temblando. Me había ataviado con un sombrero de seda y sus complementos, una camelia de coral y un pequeño bigote rubio. Envuelto en humo azul y liberando aullidos espléndidos, el tren se apresuró a entrar en la estación. Los viajeros bajaron de sus vagones a un mar de *facchini* y familiares. Me incliné ante un diplomático escandinavo y una prima donna wagneriana. Me devolvieron el saludo dubitativos; un vistazo a sus ojos me mostró que eran brillantes pero no sobrenaturales. No había ningún incipiente Baco entre los estudiantes de Oxford que iniciaban sus vacaciones; las monjas belgas en peregrinación no me descubrieron ninguna Vesta. Analicé rostros durante media hora hasta que el adoquinado quedó desierto y apareció una larga fila de ancianas con baldes. Me acerqué a la locomotora para preguntarle a un guardia si llegaría después otra sección del tren. Entonces me giré para ver un extraño rostro que me miraba desde una ventanilla de la locomotora: deforme, cubierto de hollín, brillando a causa del sudor y la felicidad, y sonriendo de oreja a oreja. Era Vulcano.

Tras leer esto, *miss* Grier levantó la cabeza: Ahora siguen cincuenta páginas en las que describe sus encuentros con el resto. ¿Tienes algo que decir? ¿Reconoces algo?

Pero, *mus* Grier, ¡yo no sufro dolores de cabeza! ¡No obtengo lo que deseo!

¿No?

¿Qué es lo que tengo que entender? Me ha confundido aún más. Explíqueme algo más.

El autor continúa diciendo que los dioses tenían miedo de ser humillados por lo que habían perdido. La capacidad de volar, por ejemplo, y la invisibilidad, la omnisciencia y la ausencia de inquietud. La gente olvidaba que todavía contaban con algunos poderes envidiables: su extraño júbilo; su poder sobre la materia; su capacidad para vivir o morir cuando así lo decidieran, así como de vivir más allá del bien y del mal, entre otras.

¿Qué terminó pasando con él?

Finalmente decidió morir, como hacen todos. Todos los dioses y los héroes son por naturaleza los enemigos de la cristiandad: una fe que arrastra sus aspiraciones y remordimientos y en cuya presencia todo hombre es un fracaso. Solo una voluntad quebrada puede entrar en el Reino de los Cielos. Agotados a la postre con el culto a sí mismos, acaban por rendirse. Abandonan. Renuncian a sí mismos.

Estaba estupefacto ante la desolación de su voz. Esto me contuvo a la hora de pedirle ansioso que me explicara la aplicación de todos estos principios a la Cábala. Pasamos al salón contiguo, donde sus músicos estaban esperando para ofrecernos algunos madrigales ingleses. Las implicaciones de la historia aún regresan a mí de cuando en cuando, especialmente cuando estoy deprimido. Se rinden. Abandonan.

La noche en que mi vapor partió de la bahía de Nápoles permanecí insomne en mi tumbona de cubierta hasta la mañana. ¿Por qué no me mostraba más reticente a abandonar Europa? ¿Cómo podía estar allí repitiendo la *Eneida* y añorando la individualidad de Manhattan? Era el mar de Virgilio el que estábamos cruzando; las mismas estrellas eran suyas: Arturo y las lluviosas Híades, las dos Osas y Orion en su arnés de oro. Todas ellas pasaban ante mí en un cielo sin nubes, mientras en el agua, murmurando ante un ligero viento, las constelaciones en movimiento se veían reflejadas a retazos.

Mercurio no es solo el mensajero de los dioses; es también quien guía a los muertos. Si, al menos mínimamente, sus poderes me habían sido transmitidos, debería ser capaz de invocar espíritus. Quizá Virgilio pudiera leer mi estado de ánimo por mí, por lo que, elevando las palmas de las manos, dije en voz baja (no lo suficientemente alta como para que alcanzara las portillas situadas detrás de mí):

Príncipe de los poetas, Virgilio, uno de tus invitados y el último de los

bárbaros te invoca.

Por un instante pensé ver tremolar una toga y el reflejo de la luz de luna en el lado brillante de una hoja de laurel. Insistí:

O anima córtese mantovana[109], ser más destacado entre todos los romanos, abandona la eternidad de ese limbo al que los florentinos, quizá erróneamente, te enviaron, y otórgame una pizca de tiempo.

Entonces la sombra se situó claramente en el aire, justo sobre la barandilla. Las estrellas y el agua brillaban, y la gran sombra, pespunteada de chispas, refulgía con furia. Pero la imagen había aún de clarificarse. Existía un título con el que podía obtener un mejor resultado que con aquel de poeta o romano.

Oh, espíritu mayor de la Antigüedad y profeta del mundo nuevo, por esa afortunada intuición por la que anunciaste la llegada de Él, que te admitiría en su montaña, tú, primer cristiano de Europa, ¡háblame!

En ese momento el elegante espíritu se hizo completamente visible con pulsos de luz, mitad plata, mitad oro, y habló:

Sé breve, importuno bárbaro. De no ser por este último saludo en el que has tocado mi único orgullo, no me detendría aquí. No me distraigas de los absorbentes juegos de mis compañeros. Erasmo está debatiendo con Platón y Agustín ha descendido de la montaña y se sienta con nosotros, si bien el aire es gris. Sé breve, te ruego, y pon atención en tu latín.

Ante esto, fui consciente de que no tenía una pregunta clara que plantearle a mi invitado. Para ganar tiempo y prolongar una entrevista tan inusual, le di conversación:

¿Tenía yo razón entonces, maestro, al asumir que Dante no tenía toda la confianza de Dios?

La indignación tintó de azafrán la noble figura de oro y plata: ¿Dónde, dónde está ese corazón avinagrado que decidió juzgar las almas de los muertos con más dureza que Dios? Dile que, aunque pagano, yo también conoceré la dicha. Nada es que antes tenga que pagar un castigo de diez mil años. Observa este momento en el que muestro el pecado de la ira; ¿dónde sufre él, ¡él!, el dolor por el pecado de la soberbia?

Quedé un tanto sorprendido al descubrir que ni la genialidad ni la muerte nos alejan de la tentación de la aspereza, pero dije: Maestro, ¿ha llegado a sus arboledas algún poeta de habla inglesa?

Seamos breves, amigo mío: llegó uno que había quedado antes ciego y me honró sumamente. Hablaba un latín noble. Aquellos que estaban a su alrededor me aseguran que en sus líneas las mías rara vez se reflejaban.

Milton era en realidad su hijo…

Aunque antes que él vino otro, aún mejor que este, un escritor de obras de teatro. Era orgulloso y atribulado y paseaba entre nosotros sin vernos. No me saludó. La vanidad ya no existe entre nosotros, pero es agradable intercambiar saludos con los poetas.

Sabía poco latín, maestro, y quizá jamás leyó sus páginas. Por otra parte, durante su vida no fue el enemigo ni el abogado de la gracia y, habiendo llegado a su región, toda su mente pudo haberse consumido por la ansiedad relativa a su eterna residencia. ¿Está todavía entre ustedes?

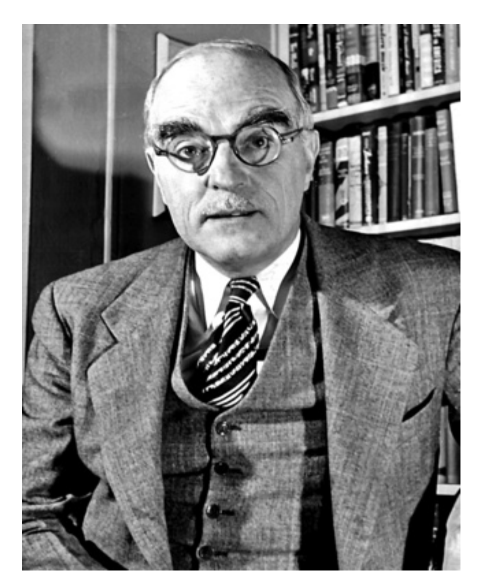
Se sienta a un lado, con las manos sobre los ojos, y solo levanta la cabeza cuando, en las largas tardes verdes, Casella[110] canta para nosotros, o cuando el viento trae desde el Purgatorio el coro que un tal Palestrina prepara.

Maestro, acabo de pasar un año en la ciudad que fue toda su vida. ¿Me equivoco al marcharme?

Seamos breves. Este mundo en el que existe el tiempo me enoja. Mi corazón casi ha comenzado a latir de nuevo… ¡qué horror! Has de saber, importuno bárbaro, que pasé toda mi vida bajo una gran ilusión: que Roma y la casa de Augusto eran eternas. Nada es eterno excepto el Cielo. Existieron Romas antes que Roma y, cuando Roma sea un vertedero, habrá Romas tras ella. Busca alguna ciudad que sea joven. El secreto reside en crear una ciudad, no en descansar en ella. Cuando hayas encontrado una, brinda por la ilusión de que esta también es eterna. Es más, he oído hablar de tu ciudad. Sus cimientos han golpeado nuestro techo y las torres proyectan una sombra en las sandalias de los ángeles. Roma también era magnífica. Oh, para orgullo de tu ciudad, y cuando ella también comience a producir grandes hombres, no olvides la mía. ¿Cuándo podré borrar de mi corazón este amor hacia ella? No puedo entrar en Sion hasta que no haya olvidado Roma… Permíteme marcharme ahora, amigo mío, te lo ruego. Estas vanas emociones me han afectado… (El poeta fue consciente repentinamente del Mediterráneo). Oh, hermosas son estas aguas. ¡Observa! Por muchos años he llegado casi a olvidar el mundo. ¡Hermoso! ¡Hermoso!… Pero ¡no! ¡Qué horror!, ¡cuánto dolor! ¿Sigues vivo? ¿Vivo? ¿Cómo puedes soportarlo? Todas tus ideas son meras suposiciones, todo tu cuerpo tiembla con solo respirar, todos tus sentidos son endebles y tu mente está siempre llena de los vapores de una u otra pasión. ¡Oh, qué tristeza ser hombre! ¡Apresúrate a morir!

¡Adiós, Virgilio!

El reluciente fantasma se desvaneció entre las estrellas y los motores situados bajo mi tumbona vibraron anhelantes hacia el Nuevo Mundo y la última y mayor de todas las ciudades.



THORNTON NIVEN WILDER (17 de abril de 1897, Madison, Estados Unidos - 7 de diciembre de 1975, Hamden, Estados Unidos) fue un dramaturgo, escritor, novelista y guionista estadounidense, ganador de tres Premios Pulitzer, uno de ellos otorgado por su novela *El puente de San Luis Rey* y los otros dos por las obras de teatro *Nuestro pueblo* y *La piel de nuestros dientes* respectivamente, además de un Premio Nacional del Libro de los Estados Unidos por la novela *El octavo día*.

Notas

[1] Los más de dos mil kilómetros cuadrados de tierras bajas que rodean Roma aparecen representados en numerosísimas obras de los siglos XVIII y XIX. <<

[2] El entomólogo y poeta francés Jean-Henry Fabre (1823-1915) es especialmente reconocido por su compilación de textos *Souvenirs Entomologiques*. <<

[3] *Santa Maria Maggiore*, nombrada Patrimonio de la Humanidad en 1990, es el principal templo de adoración mariana de Roma y una de las cuatro basílicas mayores de la ciudad. <<

[4] *Palazzo* del siglo XVII construido por la familia Barberini, es en la actualidad una de las sedes del Museo Nacional de Arte Antiguo. <<

[5] Bautizada en honor de Camillo Benso, conde de Cavour (1810-1861), primer ministro inaugural del unificado Reino de Italia, une la estación de ferrocarril Termini con el Foro romano. <<

[6] La Archibasílica de san Juan de Letrán, la catedral de la diócesis de Roma, otorga su nombre al área circundante. <<

[7] Los historiadores interpretan que Dante visitó Roma para participar en el jubileo del año 1300. En la *Divina comedia* (Infierno, Canto XVIII) compara una procesión de pecadores con el tráfico de peregrinos durante el año santo. <<

[8] El monte Palatino es la más céntrica de las siete colinas históricas de Roma, en él fija la tradición la ubicación de la cueva en la que fueron amamantados Rómulo y Remo. En la actualidad se conserva todo un conjunto monumental de la alta sociedad del periodo republicano. <<

[9] El humanista francés Michel de Montaigne (1533-1592) recorrió Italia en 1581. En Roma se alojó en la posada de un español, frente a la iglesia de Santa Lucia della Tinta. A lo largo de todo su Diario de viaje a Italia son muy frecuentes las referencias a su estado de salud, aquejado de trastornos renales y digestivos. <<

[10] La *Basilica di Santa Maña in Trastevere* es la iglesia más importante del barrio del Trastevere y, posiblemente, la primera de Roma en la que se celebró abiertamente la ceremonia de la misa. <<

[11] Tomado de la *Primera epístola a los corintios*, el Privilegio Paulino permite la disolución del matrimonio cuando los contrayentes no estaban bautizados al casarse, uno de ellos decide bautizarse y el otro abandona la pareja al negarse a aceptar la conversión. <<

[12] Patrón de la ciudad de Nápoles, san Jenaro fue un obispo martirizado a inicios del siglo IV. En lo que es considerado un milagro por la iglesia católica, la sangre de san Jenaro que se conserva en un relicario en la Catedral de Nápoles pasa cada año en tres ocasiones de estado sólido a líquido. <<

[13] No se conoce ninguna obra con ese nombre realizada por el pintor cuatrocentista Andrea Mantegna (1431-1506). <<

[14] Uno de los centros de educación superior más selectivos de Estados Unidos, el Vassar College, situado en el estado de Nueva York, fue una universidad exclusivamente femenina hasta 1969. Son famosos los relojes de sol presentes en los jardines del centro educativo. <<

[15] Gran renovador de la pintura veneciana y maestro de Tiziano, Giovanni Bellini, «Giambellino», (1433-1516) era cuñado de Andrea Mantegna. <<

[16] El arquitecto, pintor y escritor italiano Giorgio Vasari (1511-1574) es considerado el fundador de la historia del arte por su obra conocida como *Vida de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*. <<

[17] Antigua ciudad de la Campaña romana conocida por haber sido enterrada, como Pompeya, por las cenizas de la erupción del Vesubio. <<

[18] El Pontificio Colegio Norteamericano es una institución dedicada a la formación de seminaristas para las diócesis de Estados Unidos. Estuvo ubicado en la Plaza de España hasta 1928. <<

[19] El autor alude a Isabel I de Inglaterra (1533-1603) y Federico I de Prusia (1657-1713). <<

[20] Domenico Zampieri, «Domenichino», (1581-1641) fue uno de los más destacados pintores del clasicismo romano-boloñés. <<

[21] Aleksandr Nikoláyevich Scriabin (1872-1915) es considerado uno de los compositores más influyentes de la música clásica contemporánea. Su habilidad sinestésica lo llevó a crear un modelo de asociación de tonalidades musicales y colores. <<

[22] Contemporáneo de Rajmáninov y Scriabin, Nikolái Kárlovich Médtner (1880-1951) fue un compositor ruso conocido por sus obras para piano. <<

[23] Nombre que reciben dos ciclos de preludio y fugas compuestos por Johann Sebastian Bach en todas las tonalidades mayores y menores de la gama cromática. <<

[24] André Ernest Modeste Grétry (1741-1813) compuso medio centenar de óperas. <<

[25] Harold Víctor Bauer (1873-1951) fue un conocido pianista de la época que concluyó su carrera en Estados Unidos. <<

[26] Cuarteto de cuerda neoyorquino de gran fama hasta su disolución en 1928. <<

[27] Charles Martin Loeffler (1861-1935), violinista y compositor germano-estadounidense. <<

[28] Distrito histórico de Roma situado en la orilla occidental del Tíber. <<

[29] Vincent d'Indy (1851-1931), compositor francés. <<

[30] Ópera-*ballet* con música de Jean-Philippe Rameau y libreto de Louis Fuzelier, considerada símbolo de la despreocupación y divertimento de la corte de Luis XV <<

[31] La concurrida localidad francesa de Modane se encuentra muy próxima a la frontera italiana y sirve de nudo ferroviario entre ambos países. <<

[32] El pintor italiano Giotto di Bondone (1266-1337), es considerado el primer precursor del Renacimiento italiano. <<

[33] El autor realiza un guiño a la historia personal del gran poeta romántico inglés John Keats (1795-1821), quien, acompañado por el pintor Joseph Severa (1793-1879), falleció a causa de la tuberculosis en una vivienda situada en el mismo lugar en el que sitúa la acción, con vistas a la famosa *Fontana della Barcaccia*. <<

[34] Colina situada fuera de los límites originarios de Roma, aunque dentro de la muralla construida por Aureliano en el siglo III. No forma parte de las siete colinas de Roma. <<

[35] El río Piave desempeñó un papel fundamental en la Primera Guerra Mundial. El ejército italiano hizo del río la línea de defensa contra los alemanes y austríacos y resistió hasta la firma del armisticio en 1918. <<

[36] Alexander Moissi (1879-1935) fue uno de los actores que con más éxito encarnaron a Fausto. <<

[37] El teólogo y predicador anglicano Jeremy Taylor (1613-1667) es a menudo considerado un modelo de redacción en prosa. <<

[38] El poeta, traductor y dramaturgo inglés George Chapman (1559-1634) es particularmente conocido por sus traducciones de Homero. John Keats mostró vehementemente su admiración por el traductor mediante uno de sus primeros sonetos: «Al hojear por vez primera el Homero de Chapman». <<

[39] Lago situado a veinte kilómetros de Roma, en la localidad de Castel Gandolfo. <<

[40] Ildebrando Pizzetti (1880-1698), compositor, musicólogo y crítico musical italiano. <<

[41] Narra Luciano de Somosata que los tracios de Abdera quedaron tan ensimismados por la *Andrómeda* de Eurípides, (de la que solo han llegado fragmentos a nuestros días), que deambulaban como en un sueño murmurando un verso de la obra que comenzaba: «Oh, amor, príncipe de dioses y hombres…». <<

[42] Publio Terencio Africano tuvo que estrenar su obra *La suegra* en tres ocasiones porque el público se marchó a ver otros espectáculos: un funambulista en primer lugar y un combate de gladiadores en la segunda. <<

[43] Una de las composiciones más conocidas del poeta francés François Villon (1431-1463) es la «Balada para rezar a Nuestra Señora», una oración compuesta para su madre e inspirada en la parisina Catedral de Notre Dame. <<

[44] El gran poeta inglés John Milton (1608-1674) recorrió entre 1638 y 1639 Francia e Italia. <<

[45] El autor reproduce el epitafio que, siguiendo los deseos de John Keats, puede leerse en la lápida del poeta en el cementerio protestante de Roma: «*Here lies one whose name was writ in water*». <<

[46] La familia Colonna logró gran poder durante la Edad Media y el Renacimiento, llegando a contar con un Sumo Pontífice entre sus miembros, el papa Martín V. <<

[47] Dotada con una famosa fuente, la *Piazza Araceli* se sitúa en la base de la Colina Capitolina, una de las siete colinas históricas de Roma. <<

[48] La familia aristocrática y de banqueros de los Odescalchi (o Erba-Odescalchi) logró una posición prominente en el siglo XVII, llegando a contar entre sus miembros con un Sumo Pontífice, el papa Inocencio XI. El actual cabeza de familia posee el título de Grande de España. <<

[49] La *Via del Corso*, conocida popularmente como el Corso, es la calle principal que atraviesa el centro histórico de Roma. <<

[50] «… la morada de Albúnea, resonante, y el Aniene impetuoso; el sagrado soto de Tiburno y las pomaradas que riegan arroyos saltarines». Horacio, *Odas*, I.VII. La traducción corresponde a José Luis Moralejo, para la editorial Gredos (2007). <<

[51] Considerada la única iglesia gótica de Roma, la iglesia dominica de *Santa María sopra Minerva* alojó el Colegio de Santo Tomás, que posteriormente (y en distinta ubicación) pasaría a ser la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino. <<

[52] Decreto por el que emperador Constantino I donaba al papa Silvestre I la ciudad de Roma y el resto del Imperio romano de Occidente. Cuestionado ya en la Edad Media, a inicios del Renacimiento se demostró que se trataba de un documento falso. <<

[53] Ubicada en el famoso barrio del Trastevere, la colina del Janículo no pertenece a las siete colinas tradicionales de Roma. <<

[54] El acueducto Acqua Paola supuso la reconstrucción del conocido como Aqua Traiana que, construido en el siglo I, recogía las aguas de los montes Sabatinos y recorría unos 40 kilómetros para llegar a Roma. <<

[55] El pianista y compositor polaco Karl Tausig (1841-1871) fue alumno favorito de Franz Liszt. <<

[56] Considerado por algunos el iniciador del soneto italiano, el papa Silvestre I ocupó el cargo entre los años 314 y 335. <<

[57] El dramaturgo veneciano Cario Goldoni (1707-1793) es considerado uno de los padres de la comedia italiana. <<

[58] Conocida en español como *Los novios*, la obra de Alessandro Manzoni (1783-1873), publicada en 1827, supone el inicio de la novela moderna italiana. <<

[59] El polifacético intelectual francés Ernest Renan (1823-1892) es fundamentalmente conocido por sus obras de carácter histórico y religioso, así como por sus posicionamientos políticos y filosóficos, en los que se enmarca la obra teatral *L'Abbesse de Jouarre* (La abadesa de Jouarre). <<

[60] El actual Teatro de la Opera de Roma fue conocido hasta 1926 como Teatro Costanzi. <<

[61] Se conoce con este nombre a uno de los mayores parques de Roma, situado en el Pincio y en cuyo interior se encuentra la famosa Galería Borghese. <<

[62] James Boswell (1740-1795), autor de la célebre biografía del escritor Samuel Johnson. El apellido «Boswell» y sus derivaciones han pasado en inglés a tener el significado de «compañero cercano». <<

[63] Protagonistas respectivas de *Así va el mundo*, de William Congreve (1670-1729); *Como gustéis*, de William Shakespeare (1564-1616); y *El misántropo*, de Moliere (1622-1673). <<

[64] Inmortalizada en varias ocasiones por Touluse-Lautrec, la cabaretera Yvette Guilbert (1867-1944) es uno de los símbolos de la Belle Epoque. <<

[65] Considerada una de las más altas figuras de la literatura francesa, Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696), es uno de los mejores exponentes de la literatura epistolar. <<

[66] Cristina de Suecia (1626-1689) se trasladó a Roma para pasar el resto de sus días en 1655, tras abdicar el año anterior al trono sueco y convertirse al catolicismo. Su padre, Gustavo II Adolfo de Suecia (1594-1632) es uno de los monarcas más destacados de la historia del país escandinavo. Apodado «El león del norte» por su belicosidad, logró situar a Suecia entre las potencias mundiales. <<

[67] Fundado por san Ignacio de Loyola en 1550 y ubicado en la plaza del mismo nombre, se trata de la primera institución jesuita destinada a facilitar el estudio, desde los niveles elementales hasta los universitarios. <<

[68] La *Piazza Venezia* es uno de los nudos de comunicación donde convergen algunas de las arterias principales de Roma. Situada en la base de la Colina Capitolina, toma su nombre del *Palazzo Venezia* <<

[69] Opera con música de Richard Strauss estrenada en 1905 y conocida por su «Danza de los siete velos», muy polémica en su estreno. <<

[70] *Ballet* con música del compositor ruso Igor Stravinsky estrenado en 1911 por los entonces famosísimos *ballets* rusos de Diáguilev. <<

[71] El *Palazzo della Cancellería* albergó hasta 1973 la Cancillería Papal. Aunque situado fuera del Vaticano, es uno de los espacios sobre los que la Santa Sede goza de derecho de extraterritorialidad. <<

[72] Trilogía de comedias de Cario Goldoni. <<

[73] Christoph Willibald Ritter von Gluck (1714-1787), compositor alemán fundamental en la transformación de la ópera al fusionar las óperas italiana y francesa. *Armida* fue señalada como ópera favorita del compositor. <<

[74] La más meridional de las siete colmas de la antigua Roma. Es en la actualidad una zona residencial con gran dotación arquitectónica. <<

[75] Una de las figuras religiosas de más relevancia en Inglaterra en el s. XIX, el cardenal John Henry Newman (1801-1890) ejerció de presbítero anglicano hasta su conversión al catolicismo en 1845, donde alcanzó el rango de cardenal. Su himno más famoso es sin duda «*Lead, Kindly Light*» (Guíanos, amable luz), musicado de muy diversas formas, con nuevas versiones incluso en el siglo XXI. <<

[76] El poeta William Cowper (1731-1800) es el creador de algunos de los himnos religiosos más conocidos en la tradición anglosajona. Religiosamente atribulado, se refugió en un ferviente evangelismo del que nacieron sus composiciones más conocidas. <<

[77] Referencia a la ópera cómica *Orphée aux enfers (Orfeo en los infiernos)*, de Jacques Offenbach, estrenada en 1858. <<

[78] Estrecha vía situada cerca de la plaza del Popolo. Originalmente albergaba talleres artesanos y establos, si bien en la actualidad, en parte gracias a la popularización que supuso el éxito de la película *Vacaciones en Roma*, acoge locales de moda y galerías de arte. <<

[79] Margarita Teresa de Saboya (1851-1926), madre del entonces rey de Italia, Víctor Manuel III, y viuda de Humberto I, asesinado en 1900. <<

[80] Guillermo Marconi (1874-1937), uno de los inventores europeos más conocidos gracias a su trabajo en el campo de la radiotransmisión, recibió en Premio Nobel de Física en 1909. <<

[81] Giacomo Boni (1859-1925), arqueólogo italiano, director de las excavaciones del Foro romano entre 1899 y 1922. <<

[82] La más céntrica de las siete colinas de Roma, alberga una de las áreas más antiguas de la ciudad. <<

[83] Benedetto Croce (1866-1952), filósofo idealista italiano que logró considerable influencia en la política italiana de principios del siglo XX <<

[84]. George Sand, seudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin (1804-1876), escritora francesa conocida por su libertad de pensamiento y de actuación. <<

[85] *Seis personajes en busca de autor* es, sin duda, la obra más célebre del dramaturgo italiano Luigi Pirandello (1867-1936), galardonado en 1934 con el Premio Nobel de Literatura. El estreno de la obra fue muy controvertido, logrando indignar a una parte considerable del público. <<

[86] Alfredo Casella (1883-1947), compositor italiano. Félix Mengelberg (1871-1951), director de orquesta holandés. Enrico Bossi (1861--925), organista y compositor italiano. <<

[87] Eleanora Duse (1858-1924), reconocida actriz italiana. Albert Besnard (1849-1934), pintor francés. <<

[88] El arquetipo del Creador anciano, de barba y cabellos canos, recorre toda la obra pictórica del poeta y pintor inglés Wiliiam Blake (1757-1827). <<

[89] La Orden Rosacruz fue una sociedad filosófica secreta supuestamente fundada en la Alemania medieval por Christian Rosenkreuz. En la actualidad, diversas organizaciones esotéricas afirman ser herederas de la orden. <<

[90] El científico sueco Emanuel Swedenborg (1688-1772), tras una prolífica carrera como inventor, alcanzó un «despertar espiritual» a los 53 años en el que recibió una revelación divina. Desde entonces, publicó numerosas obras, la más famosa, la conocida como *Del cielo y del infierno*. <<

[91] Aleksandr Konstantínovich Glazunov (1865-1936), compositor ruso.
<<

[92] El productor y director de cine y teatro estadounidense de origen austríaco Max Reinhardt (1873-1943) ejerció un papel de relevancia en la renovación del teatro moderno. En 1938 dirigiría la puesta en escena de *The Merchant of Yonkers* (El mercader de Yonkers), escrita por el propio Thornton Wilder. <<

[93] El pintor renacentista Giovanni Battista Moroni (1520-1579) es conocido por sus retratos de la nobleza y el clero. <<

[94] En Ostia, puerto muy cercano a Roma, tiene lugar un momento clave en la historia de san Agustín, tal y como relata en sus *Confesiones* (libro IX). En dicha ciudad, en el año 387, muere su madre, santa Mónica, muy poco tiempo después de que finalmente Agustín hubiera abrazado la fe cristiana, cometido al que con tanto empeño se había dedicado su madre. <<

[95] El filósofo inglés Bernard Bosanquet (1848-1923) fue uno de los mayores exponentes del movimiento neohegeliano y del conocido como idealismo absoluto, sus posicionamientos tuvieron gran relevancia en materia de política social. <<

[96] La Imitación de Cristo es uno de los textos cristianos más influyentes de la historia, redactado en forma de consejos breves con Jesucristo como modelo. Publicado en la primera mitad del siglo XV su autoría se ha atribuido a diversos escritores, si bien en la actualidad se considera a Tomás de Kempis como autor más probable. <<

[97] *Appearance and Reality* es la obra más conocida del filósofo británico Francis Herbert Bradley (1846-1924), exponente junto con Bosanquet del idealismo absoluto. <<

[98] El filósofo e historiador alemán Oswald Spengler (1880-1936) es conocido principalmente por su obra *La decadencia de Occidente*. <<

[99] Contribución esencial al pensamiento contemporáneo europeo, *La rama dorada: magia y religión (The Golden Bough: A Study in Magic and Religión)* es un estudio comparativo entre mitología y religión del antropólogo escocés James George Frazer (1854-1941), en él la aproximación a la religión se realiza desde el punto de vista de un fenómeno cultural, en lugar de emplear la perspectiva teológica. <<

[100] El cardenal italianiza los nombres de ilustres estadounidenses: Whitmen, Poe, Wilson, William James y Emerson. <<

[101] Lucas 1:53. <<

[102] «Así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». <<

[103] Premio Nobel de la Paz en 1952, el médico, filósofo y teólogo alemán Albert Schweitzer (1875-1965) logró su primer reconocimiento con sus investigaciones sobre la vida de Jesús. El autor alude a la obra *Das Messianitatsund Leidensgeheimnis: eine Skizze des Lebens Jesu*. <<

[104] En alemán: «¡Así debe ser!». La expresión aparece anotada en el cuarteto de cuerda nº 16 de Beethoven, el último trabajo importante del compositor. <<

[105] Sófocles, *Edipo en Colono*. La traducción corresponde a Assela Alamillo, para la editorial Gredos (1981). <<

[106] La Basílica de san Pancrazio se encuentra también en el Janículo. <<

[107] Una de las puertas de las murallas aurelianas, da acceso a la conocida Plaza del Popolo. <<

[108] El autor se refiere a las carreras del hipódromo de Campanelle, situado en las inmediaciones del barrio de Parioli, que también da nombre a una de sus famosas carreras. <<

[109] «Oh, gentil alma mantuana», fórmula con la que Beatriz se dirige a Virgilio en el canto segundo del Infierno en la *Divina Comedia*. <<

[110] El compositor y cantante Casella (fallecido en Florencia en 1299, nombre propio desconocido) aparece como protagonista principal en el segundo canto del Purgatorio de la *Divina Comedia*. <<